

Selecta

EL LADRÓN
de reflejos



MARTA LUJÁN

El ladrón de reflejos

Marta Luján

Selecta

Índice

[El ladrón de reflejos](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[Autora](#)

**Un viaje a una dimensión atemporal.
Una historia donde la magia del presente y del pasado
se entrecruzan.
Un amor y una amistad puestas a prueba en medio de
los peligros y la traición.**



¿Qué puedes hacer cuando has perdido tu reflejo, ese que ves todas las mañanas en un espejo?

Malco pertenece a una antigua familia de magos y estudia alquimia en la universidad. Cuando unas vacaciones regresa a casa, descubre una mañana que su reflejo ha desaparecido del espejo. Decidido a descubrir qué ha pasado, le pide ayuda a su hermana Lyra. Esta, junto con su amiga Akara —una preciosa chica que hace que el corazón de Malco se detenga

cada vez que la mira—, descubrirán que alguien ha manipulado el espejo transformándolo en una puerta a otra dimensión.

Cuando descubren cuál es la llave que abre la puerta, tendrán que decidir si atravesarla, y asumir el riesgo de que tal vez no puedan regresar a su mundo, o dejar las cosas como están. La decisión final los llevará a un viaje interdimensional hacia el pasado, hasta descubrir cuál es la identidad del ladrón de reflejos y cuál es el precio que han de pagar para regresar a su propio tiempo.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A mis sobrinos, Marcos y Paula,
que me inspiraron esta maravillosa historia.*

El ladrón de reflejos

La melodía volvió a sonar y las notas se esparcieron por el aire como invisibles gotas de lluvia que caían y se alzaban suavemente. La música envolvió el silencio en un abrazo maternal, protector, pero al no hallar respuesta se fue desvaneciendo hasta que el silencio reinó de nuevo.

El hombre que esperaba en la sala escuchó los pasos que se acercaban y suspiró. Creía conocer la respuesta, pero de todas formas tenía que preguntar.

—¿Lo habéis conseguido?

El sirviente negó con la cabeza apesadumbrado, pero al darse cuenta de que su señor se encontraba de espaldas y no podía verlo, se apresuró a responder:

—No, señor.

—Es una lástima —aseguró mientras suspiraba de nuevo. Luego se volvió para mirar fijamente a aquel mensajero de tan malas noticias—. Creo que tendremos que hacerlo de nuevo.

El sirviente le devolvió la mirada y supo con certeza que sus palabras no aludían a la música que acababa de sonar, sino a algo más, a algo que había quedado enterrado en el pasado.

—Eso creo yo también —convino. Probablemente era el único modo de solucionar el problema.

El hombre asintió aliviado al ver que su sirviente no protestaba. Caminó hacia uno de los rincones de la sala donde descansaba un enorme objeto cubierto con una tela. La retiró con suavidad, dejando que resbalase, y se quedó contemplando su imagen en el espejo.

—Esta vez no podemos equivocarnos.

I

Salió fuera del edificio y tuvo que entrecerrar los ojos para evitar el resplandor del sol. A su alrededor se elevaba una inquietante algarabía. Multitud de voces se mezclaban en una alegre cacofonía.

—¡Por fin se acabaron las clases! —exclamó mientras estiraba los músculos.

Su amigo le sonrió.

—¿Y qué piensas hacer ahora, Malco? —le preguntó.

El muchacho, alto y de anchas espaldas, se encogió de hombros como si la respuesta fuese obvia.

—Volver a casa —le contestó sonriente mientras le daba una palmada en la espalda y echaba a correr para poder alcanzar el autobús que acababa de detenerse en la parada.

Se sentó junto a la ventanilla y contempló las calles y los edificios que desfilaban rápidamente ante sus ojos. Aún tenía que recoger sus cosas del apartamento antes de regresar a casa. Vuelta al hogar y a un verano tranquilo.

Allí todo seguiría como siempre. El baño ocupado todo el tiempo, lo mismo que el ordenador; su habitación, compartida a medias con su hermano, hecha un desastre, y su madre corriendo de aquí para allá mientras su padre solo la miraba y suspiraba.

A pesar de todo, Malco estaba dispuesto a disfrutar de las vacaciones y a olvidarse, al menos por unos meses, de las lecciones de alquimia que había recibido durante ese año en la universidad. No es que no le gustase la carrera que había escogido, sin embargo, no se trataba de una disciplina bien considerada entre los magos, más bien la tenían como algo de segunda categoría. Malco en cambio creía firmemente que no habría ciencia si no

existiese la alquimia.

Él podría haber escogido cualquier otra carrera, como su hermana Lyra, que estudiaba numerología, o su hermano Arti, que estudiaba el dominio de los espíritus, pero a él siempre le había atraído la alquimia. Había nacido en el seno de una familia de magos. Su madre era una bruja —en el sentido literal de la palabra—, descendiente de una larga generación de brujas y hechiceros de la vieja escuela, y experta en hechizos, especialmente amorosos. Desde niño, le había inculcado el amor por los libros antiguos. Un día cayó en sus manos un libro sobre la historia de la alquimia, lo leyó y se apasionó por esa rama de la magia.

Aunque en la actualidad los no magos convivían en paz con los magos, estos tenían sus propias escuelas y universidades para no perder los arcanos conocimientos heredados de siglos de estudio y experiencia de sus ancestros. Por eso, cuando tuvo que elegir carrera, aunque pudo haber escogido cualquiera en una de las universidades de los no magos, se decidió por la alquimia. A veces tenía la sensación de no encajar en su propio mundo, como si la alquimia fuese más propia de otro tiempo, de otra época.

Al día siguiente de su llegada a casa, se levantó por la mañana con algo de confusión en la mente mientras se preguntaba dónde se encontraba. Cuando su cabeza se aclaró, salió de la habitación y se dirigió hacia el cuarto de baño bostezando. Vio la sombra de Lyra proyectarse por debajo de la puerta de su dormitorio, escuchó el clic que hizo esta al abrirse, y se apresuró para llegar primero.

—¡Venga ya, Malco! No puedes hacerme esto —le gritó Lyra al ver que él se introducía en el cuarto de baño.

—¿Hacerte qué? —preguntó Malco a su vez elevando el tono de voz para hacerse oír mientras su hermana golpeaba la puerta—. Yo he llegado primero. Tendrás que esperar tu turno.

—Si no has salido dentro de diez minutos —lo amenazó—, volveré a aporrear de nuevo la puerta hasta que se caiga, ¿me has oído?

—Te he oído, y ahora, déjame en paz —le gruñó él.

Se giró hacia el espejo donde esperaba encontrarse con la misma cara de siempre; un rostro normal, de mandíbula firme, que le miraba con sus grandes ojos del color del chocolate. Sin embargo, no vio nada, ni su alta figura, ni su

pelo castaño dorado, ni unos ojos somnolientos. Nada.

—¡Lyra! —gritó enfadado sabiendo que su hermana se encontraba todavía al otro lado de la puerta. Seguramente se reía con ganas—. ¡Deja de hacer eso! Sabes que en casa no podemos manipular la materia.

—No estoy haciendo nada —replicó ella irritada—, y a ti ya solo te quedan ocho minutos.

Malco volvió de nuevo su mirada hacia el espejo, pero su reflejo seguía sin aparecer. Abrió la puerta bastante enfadado.

—¿Quieres dejarlo ya? —le espetó.

—¿Dejar qué?, ¿de contar? —le replicó con burlona suavidad—. Ni hablar, que luego te pasas más de media hora ahí dentro.

El negó con la cabeza a punto de perder la paciencia.

—No, quiero que dejes de manipular la materia.

—Yo no he manipulado nada, listillo; tú eres el alquimista, no yo.

—¡Devuélveme mi reflejo! —le soltó de golpe.

Lyra abrió mucho los ojos y lo miró como si hubiese perdido el juicio. Malco comprendió en ese momento que aquello no había sido obra de ella; de haberlo hecho, ya habría estallado en carcajadas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lyra con curiosidad ladeando la cabeza.

Malco no respondió. La tomó de la mano y de un tirón la introdujo en el cuarto de baño. Quedaron los dos frente al enorme espejo colocado sobre el lavabo.

—Mira —le pidió Malco.

Ella dirigió primero su mirada hacia él y luego la volvió hacia el espejo. Malco vio cómo sus ojos redondeados se agrandaban al contemplar en el límpido cristal únicamente su propio reflejo, como si solo ella se encontrase en el interior del cuarto de baño.

—Pero ¿qué...? —espetó mientras alargaba la mano y tocaba el cristal. Tan sólido como de costumbre. Lanzó un silbido de admiración—. ¿Cómo lo has hecho?

—Pensé que habías sido tú —repuso con una mueca de fastidio.

—¿Yo? —inquirió sorprendida; luego negó con la cabeza—. ¿Eso quiere decir que no tienes ni idea de dónde se encuentra tu reflejo ni de lo que ha pasado con él? Bueno, míralo por el lado positivo, ya no tendrás que ver tu fea cara todas las mañanas —le dijo mientras esbozaba una de esas sonrisas

dulces que ponen las hermanas solo para fastidiar.

—¡Lyra! —le advirtió él.

—Está bien, está bien —repuso ella levantando las manos en son de paz—. Veamos. La cuestión es que tu reflejo ha desaparecido del espejo y quieres recuperarlo, aunque primero tendremos que saber qué ha pasado. Tú eres el alquimista. ¿Puede ser que el espejo haya sufrido una transmutación?

Malco sacudió la cabeza negando.

—Tu reflejo aparece, y también todo lo que hay en el baño. Una transmutación afecta a todo el objeto, no solo a una parte de él. Al cambiar su esencia, cambia el objeto completo. No creo que se trate de manipulación de la materia.

—¿Entonces qué puede haber sucedido? —preguntó Lyra volviendo a extender su mano hacia el espejo.

Le resultaba raro verse a sí misma, con su pelo largo suelto y alborotado y sus ojos somnolientos, sintiendo a su lado la presencia de su hermano, pero sin poder verlo en el espejo.

—No lo sé, Lyra —dijo Malco—, pero voy a averiguarlo.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—Lo primero, darme una ducha —le respondió al tiempo que la empujaba fuera del cuarto de baño sin miramientos—; así que sal de aquí

—¡Eh, que ya se pasaron tus diez minutos!

Cerró la puerta e ignoró los golpes y las protestas. Se giró hacia el espejo. Resultaba curioso ver reflejado en él todas las cosas excepto su propio cuerpo. Cuanto más lo miraba, más se sentía como si le faltase una parte, como si estuviese incompleto. Estiró el brazo y comenzó a tantear la superficie. Lisa, sin irregularidades. Estaba fría, excepto en algunos puntos donde se notaba una suave tibieza, lo que le hizo pensar en una pérdida de masa molecular. Alguien había actuado sobre ella con algún tipo de magia, pero ¿cómo habían podido eliminar su reflejo?

Cuando terminó de vestirse en su habitación, y asegurándose de que Lyra había salido ya del cuarto de baño, decidió descolgar el espejo y trasladarlo a un laboratorio que sus padres le habían construido junto al garaje. No tenía ni idea de por dónde empezar a investigar el asunto. Su habilidad como alquimista servía de poco en este caso, y en su familia no había nadie con dotes adivinatorias.

—Supuse que estarías aquí.

Se giró sobresaltado al escuchar la voz de Lyra. Concentrado en el problema del espejo no se había percatado de su presencia. Venía acompañada por una chica alta y delgada, con largo cabello negro ondulado y unos ojos de color gris que le recordaron al mercurio líquido. No la había visto antes entre el grupo de amigas de su hermana.

—Hola —lo saludó ella.

Su voz era agradable; tenía un timbre suave y profundo.

Él no respondió inmediatamente. Apretó con más fuerza el espejo que custodiaba entre sus brazos mientras miraba como un tonto a la muchacha. No se consideraba tímido, pero le costaba un poco el trato con la gente y por ello prefería la soledad.

Lyra, viendo que su hermano no decía nada, suspiró resignada y se apresuró a hacer las presentaciones.

—Akara, este es mi hermano Malco —dijo—. Malco, esta es Akara. Estudia numerología, pero va mucho más avanzada que yo. He pensado que quizás podría ayudarnos a averiguar qué ha pasado con tu reflejo.

—¿Se lo has contado? —inquirió molesto mientras fulminaba a su hermana con la mirada y apoyaba el espejo contra una pared.

Akara trató de disculpar a su amiga

—Sí, aunque no le quedó más remedio —admitió mientras se acercaba despacio al espejo—. En cuanto la oí quise saber más, porque he escuchado ya de otros dos casos como el tuyo.

—¿De reflejos desaparecidos? —le preguntó con incredulidad.

Akara asintió.

—Así es, pero no conocía a los afectados personalmente y no pude ir a investigar qué podía haber sucedido, pero ahora...

Se encogió de hombros. Estiró la mano y tocó con cierta reverencia la superficie del espejo en el que podía contemplar su rostro, pero no el de Malco.

—¿De verdad crees que puedes averiguar algo? —quiso saber él.

—Bueno, no estoy segura —respondió volviéndose a mirarlo—, pero puedo intentarlo.

Malco no pudo evitar sonreír ante su respuesta. Nunca le habían gustado las chicas que creían saberlo todo ni las que pensaban que nunca se equivocaban, porque probablemente se equivocaban en mucho de lo que creían saber.

—¿Cómo lo harás? —quiso saber.

Ella sonrió. Una sonrisa sincera que provocó que se le marcasen unos hoyuelos en las mejillas.

—Con la numerología —respondió.

Malco abrió los ojos asombrado y su hermana compuso esa cara de «ya te lo había dicho». Akara se echó a reír con una risa musical que a él le agradó.

—¿Es posible?

La muchacha se giró hacia el espejo y contempló su propia imagen pensativa.

—Ya sabes que existe una relación entre los números, los seres vivos y las fuerzas físicas o espirituales —le explicó.

—Sí —afirmó él—. Fue Pitágoras el primero que estableció una relación entre los planetas y su vibración numérica.

—Así es —convino ella—, y la llamó la música de las esferas. Todos los objetos, incluso nuestras mismas palabras, emiten un sonido que vibra en consonancia con la frecuencia de los números. Si tienes la melodía o armonía que producen, tendrás los números; y si tienes los números, podrás identificar el objeto, la persona o las palabras.

—Así que —intervino Lyra—, si descubrimos los sonidos que emite el espejo, podremos averiguar si algo o alguien actuó sobre él.

—Comprendo —les aseguró—. Muy bien, pues hagámoslo.

—He venido preparada —dijo Lyra con una amplia sonrisa mientras mostraba el maletín que llevaba en la mano.

Lo abrió y extrajo su violín.

II

Malco situó el espejo en un rincón de la habitación, sobre una silla. Tenía forma rectangular y era bastante grande. Puesto en posición vertical casi podía ver completas las figuras de Lyra y Akara que permanecían de pie a su lado.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó mirando a Akara.

—Yo haré que los sonidos que haya emitido el espejo últimamente se ordenen en un pentagrama, luego Lyra tocará la melodía y yo interpretaré los números.

—Parece fácil —dijo.

Akara sacudió la cabeza.

—No lo será. Ten en cuenta que el espejo habrá emitido muchas vibraciones que, además, se habrán mezclado con otras provenientes de los objetos de alrededor o de las personas que se hayan mirado en él.

Malco frunció el ceño.

—Entonces tendrás que discriminar los sonidos para ver cuáles nos interesan y cuáles no —comentó pensativo.

—Así es, y eso puede llevarnos tiempo.

—Bueno, pues entonces comencemos de una vez —las instó.

Akara comenzó a usar el vocabulario mágico ritual. Mientras pronunciaba cada palabra, se iban formando unos finos hilos de oro que se colocaron uno sobre otro hasta formar un pentagrama que quedó flotando en el aire.

—Ahora, Malco, necesito que me ayudes agitando levemente las moléculas del espejo para que salgan los sonidos —le pidió Akara—. No debes transmutarlo o perderíamos todo lo que contiene, porque tendríamos un objeto distinto.

Él asintió. Apoyó su mano sobre la superficie y utilizó sus poderes de

alquimista para agitar las moléculas. El espejo comenzó a vibrar. Akara cerró los ojos y continuó pronunciando las palabras mágicas. Conforme los sonidos surgían del espejo, se concentraban formando pequeñas esferas azules que flotaban en el aire y se situaban sobre las líneas del pentagrama.

Cuando el espejo dejó de vibrar, Akara abrió los ojos.

—Ya está. Creo que hemos extraído todos los sonidos que había.

Miró el pentagrama, que se había ido alargando conforme se colocaban sobre él las esferas. Formaba una partitura hermosa, esferas azules sobre líneas doradas.

—Ahora es mi turno —señaló Lyra.

Abrió el estuche, tomó el violín y se colocó en posición. Siguiendo las líneas del pentagrama comenzó a tocar. Las notas subían y bajaban expresando sentimientos y experiencias que Akara interpretaba. Terminó de sonar la primera melodía y todo quedó en silencio. Malco miró expectante a Akara para ver si había podido deducir alguna cosa de ese primer pentagrama. Había cuatro melodías. En una de ellas tenía que haber algo que pudiese darles una pista.

Akara lo miró muy seriamente y Malco tragó saliva.

—¿Y? —quiso saber.

—¿Cantas en la ducha? —preguntó ella alzando las cejas en actitud burlona.

Las dos muchachas estallaron en carcajadas y Malco sintió que el color le subía al rostro. Esperaba que no hubiera ningún detalle más íntimo en aquellas dichas melodías.

Akara se secó las lágrimas y le pidió a Lyra que continuase. Tocó las notas del segundo pentagrama, pero no encontraron nada interesante. En la tercera Malco vio primero que sonreían y luego se sonrojaban, así que cuando dejó de sonar la música evitó preguntar de qué se trataba. Por fin terminó la cuarta melodía. Akara y Lyra intercambiaron una mirada de asombro.

—¿Qué? —preguntó impaciente—. ¿Habéis encontrado algo?

—Sí —admitió Akara mientras contemplaba el espejo como si fuese un rompecabezas—, pero resulta extraño.

—¿El qué es extraño? —quiso saber.

—Normalmente los sonidos se traducen en números, y los números en palabras, así es como he sabido que habías cantado una canción mientras te duchabas —explicó. Malco se sonrojó de nuevo, pero Akara estaba demasiado pensativa para notarlo—. Sin embargo, en este caso no se trata de

palabras.

—¿Y qué es?

—Un objeto —respondió Lyra con un brillo emocionado en sus ojos color miel.

—Se trata de una llave —reveló Akara.

Las espesas cejas de Malco se arquearon en un gesto de asombro.

—¿Qué quieres decir con que se trata de una llave?

—Lo que quiero decir —repuso Akara— es que alguien ha usado una llave mágica en tu espejo.

Él sacudió la cabeza.

—No lo comprendo —declaró—. El espejo está intacto. Yo mismo exploré toda la superficie y no hay ningún agujero ni grieta mágica. Sigue siendo solo un espejo.

—Por este lado —contestó Akara de forma enigmática.

—¿Qué quieres decir?

—Que alguien —se adelantó Lyra— ha abierto una puerta desde el otro lado del espejo, desde otra dimensión.

—Y ha robado tu reflejo —concluyó Akara.

Los tres miraron el espejo como si pudieran descubrir sus secretos y encontrar la clave para acceder a la puerta que daba entrada a otra dimensión.

—¿Y para qué querría alguien robar los reflejos de otras personas? —preguntó Malco más para sí mismo que para sus oyentes—. No tiene sentido. Un reflejo es solo una proyección de la luz; es como una ilusión.

—Quien lo hizo sabe de magia o tiene un mago a sus órdenes —señaló Akara—. Si ha usado la magia ceremonial habrá dejado un rastro que podríamos seguir, pero...

—Pero para ello —continuó Malco comprendiendo lo que ella quería decir—, tendríamos que entrar en esa dimensión desconocida.

Akara asintió.

—La cuestión es —planteó Lyra—, ¿queremos entrar en esa dimensión para recuperar tu reflejo?

—No, Lyra, la cuestión no es entrar para recuperar mi reflejo, sino para averiguar quién es el ladrón de reflejos y qué pretende al robarlos —repuso Malco frunciendo el ceño—. Akara dijo que al menos conocía otros dos casos. Tiene que haber un plan detrás de estos robos, pero ¿cuál? ¿Y si afecta a nuestro mundo?

—Pero ¿cómo vamos a entrar en esa otra dimensión? —quiso saber su hermana—. ¿Y qué pasa si se trata solo de un espacio vacío, atemporal? Podríamos quedar suspendidos en él por toda la eternidad.

—Lyra tiene razón —convino Akara—. Además, aunque lográsemos entrar, ¿qué podríamos hacer nosotros tres?

—¿Quién ha hablado de entrar los tres? —inquirió el muchacho—. Pienso entrar yo solo. Si no regreso, alguien tendrá que avisar de lo que ha sucedido.

—¡Ni hablar! —protestó su hermana fulminándolo con la mirada.

Lyra era bastante testaruda, y Malco ya conocía los efectos de esa testarudez. Cuando se le metía una cosa en la cabeza, no había quién la moviera de ahí.

—No vas a dejarnos aquí —intervino Akara en tono apaciguador—. Nos necesitas.

—No os necesito —aseguró él.

—Claro que sí. Recuerda que la llave solo puedes obtenerla a través de la música —declaró ella con una sonrisa triunfante.

Malco esbozó una mueca de fastidio. Tenían razón.

—¿Y qué pasará si ninguno de nosotros regresa? —preguntó intentando hacerlas reflexionar.

Lyra se encogió de hombros y sonrió.

—Pues, entonces, tendremos que esforzarnos por regresar.

—Ya —fue la lacónica respuesta de Malco mientras soltaba un suspiro de frustración.

No sabía qué encontrarían al otro lado del espejo, pero sabía que no resultaría tan fácil arreglar las cosas y regresar a casa. Se planteó la idea de no seguir adelante y que el ladrón se quedase con su reflejo. Miró de nuevo hacia el espejo, sin su imagen, y aquello le desagradó. Le parecía como si hubiese desaparecido una mitad de sí mismo. Si quería recuperarla no tenía otra opción, tendría que llevarlas consigo. La pregunta de Akara interrumpió sus reflexiones.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos?

Malco se volvió hacia ella. Era casi tan alta como él; de tez rosada, rostro ovalado, labios finos, nariz algo respingona y ojos que lo miraban con una expresión decidida en espera de su respuesta. Él dejó escapar un suspiro resignado.

—Tendremos que interpretar la clave para poder abrir la puerta. Cuando

entremos —comentó con un encogimiento de hombros—, veremos con qué nos encontramos.

—¿Nos iremos así, sin más? —preguntó Lyra—. Creo que deberíamos dejar una carta para nuestra madre explicando lo que haremos.

—Sí, yo haré lo mismo para la mía —convino Akara—. Además, tendríamos que escribir la melodía y llevárnosla.

Extendió su brazo y movió la mano en círculo mientras pronunciaba en voz baja unas palabras. Los tres pentagramas de líneas doradas se desvanecieron quedando solo el cuarto.

Lyra transcribió la melodía en un papel y Akara hizo desaparecer el último pentagrama. Escribieron las cartas y las dejaron sobre una de las mesas de trabajo seguros de que su madre pasaría a buscarlos al laboratorio si no aparecían para la hora de la cena. Intercambiaron miradas llenas de excitación por el deseo de entrar en aquella dimensión desconocida.

—Bien, ahora vamos a colocarnos delante del espejo —indicó Malco—. No sabemos por cuánto tiempo se quedará abierta la puerta cuando termine de sonar la música. Lo mejor será que permanezcamos unidos. Akara, dame una mano, con la otra sostendrás la partitura. Lyra, cuando termines de tocar sueltas el violín y te agarras a Akara. ¿Estáis listas? —quiso saber. Ambas asintieron—. Pues comienza a tocar.

Lyra respiró hondo. Deslizó el arco sobre las cuerdas y las notas comenzaron a flotar en el aire.

III

Colocó la palma de la mano sobre el espejo y se concentró para poder percibir los cambios en su superficie. Si la puerta se abría, las moléculas comenzarían a agitarse y él sabría cuándo atravesarla.

Mientras la música sonaba, sintió el movimiento en el interior del espejo. La transmutación había comenzado. Trató de percibir dónde se encontraba la cerradura y esperó la vibración del clic de la puerta, pero esta no llegó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lyra preocupada.

Había dejado de tocar y lo miraba esperando una respuesta. La melodía había terminado y los tres continuaban en el interior del laboratorio.

—La puerta se ha abierto —explicó pensativo—, pero solo por el otro lado, que es por donde roban los reflejos.

—Entonces, ¿no podremos entrar aunque tengamos la llave? —inquirió Akara.

—Podemos —respondió Malco mirándolas con atención. Quería que fuesen muy conscientes de las palabras que iba a pronunciar a continuación—. Puedo manipular la cerradura e invertirla para que se abra por los dos lados y podamos entrar, pero eso significaría forzarla. Cuando entremos al otro lado, no podremos regresar por esta misma puerta.

Las dos se miraron y luego se volvieron hacia él.

—Está bien —convino Akara—, buscaremos otra salida cuando estemos dentro.

Malco suspiró. «Si es que hay otra salida», pensó. Le daba miedo pensar en dónde se estaba metiendo, pero asintió.

—Pues venga, intentémoslo otra vez —dijo Lyra.

—Me llevará algo de tiempo hacer la inversión de la cerradura, Lyra —

explicó—, así que tendrás que repetir la melodía varias veces seguidas hasta que lo consiga.

—Muy bien, adelante.

Se colocaron otra vez en posición y escucharon sonar las primeras notas del violín. Malco se había familiarizado ya con la melodía y permanecía atento a cada cambio en el interior del espejo. Notó el burbujeo molecular y cómo se formaba la imagen de la cerradura. Usó los conocimientos de su mente para transmutarla también a la superficie del espejo de modo que la entrada se abriese por ambos lados.

La música continuaba sonando. Una vez abierta la puerta tendrían un tiempo limitado para entrar en la otra dimensión, sin contar con que no sabían qué se encontrarían al otro lado, si es que había algo.

—Estad preparadas —les susurró. No quería que su voz alterase las vibraciones—. La puerta está a punto de abrirse.

Al terminar la melodía por tercera vez, se escuchó el nítido clic de la cerradura. Una diminuta grieta de luz surgió en el centro del espejo y se fue expandiendo hasta formar un agujero negro. La entrada a una dimensión desconocida.

—¡Ahora! —gritó.

Lyra soltó el violín y se agarró a Akara. Malco se introdujo en el espacio negro y tiró de ellas. El tiempo pareció detenerse mientras flotaban en el abismo de la nada. Los envolvía un silencio total. En ese momento no se encontraban ni en su mundo ni en ningún otro, sino en un espacio intermedio. Finalmente distinguieron una luz a lo lejos, la gravedad volvió a sus cuerpos y aumentó la velocidad de su caída.

Aterrizaron sobre un suelo húmedo y la puerta se cerró a sus espaldas. Se pusieron de pie sacudiéndose el agua del charco en el que habían caído y que había servido como contrapunto de la superficie del espejo.

«Así es como se han conectado las dos puertas», pensó Malco. Otro espejo o cualquier superficie reflectante serviría de puerta de regreso. Solo necesitarían otro violín, si es que la misma melodía servía de llave para todas las puertas.

Echó un vistazo alrededor. Se encontraban en el campo, en medio de un camino polvoriento, rodeados de cultivos de trigo y de hortalizas. A lo lejos podían distinguirse algunas casas dispersas. Se quedaron mirando sorprendidos aquel paisaje tan conocido. ¿Se encontraban todavía en su

propio mundo? De ser así, ¿en qué parte?

Echaron a andar en dirección a las viviendas. Si había en ellas algún habitante, quizá podría decirles cómo se llamaba aquel lugar. Conforme se fueron acercando a lo que parecía una granja, se dieron cuenta de que la casa había sido construida con piedras, por eso daba la sensación de antigua. Cerca se escuchaba el cacareo de algunas gallinas y el graznido de los gansos. Nada les resultaba extraño o desconocido.

Un sonido metálico les llamó la atención. Probablemente algún campesino se encontraba trabajando cerca. Se encaminaron hacia la parte trasera de la casa y se toparon con una huerta. Un hombre revolvía con una horquilla un montón de heno. Vestía de forma un tanto extraña, pantalones negros que le llegaban hasta debajo de las rodillas y sujetos con un fajín rojo; unas medias, que debieron haber sido blancas en algún momento, le cubrían las pantorrillas. Llevaba una camisa blanca con las mangas arremangadas hasta los codos, y encima un chaleco negro con bordados. No los había oído llegar.

—Perdone —le gritó Malco.

El hombre volvió la cabeza y se quedó mirándolos, de arriba abajo, con la boca abierta. Era cierto que vestían un poco más modernos que él, pensó Malco, pero tampoco era nada del otro mundo. Los tres llevaban vaqueros y unas camisetas sencillas.

—¿Habla nuestra lengua? —le preguntó Akara.

—¿Qué quieren? ¿Quiénes son ustedes? —les espetó el granjero en un francés cerrado al tiempo que los apuntaba con la horquilla blandiéndola como arma de defensa.

—Oiga, tranquilo —repuso Malco mostrándole las manos para que viese que no llevaban armas—. Solo queremos saber hacia dónde nos lleva este camino.

—Todo el mundo lo sabe —gruñó el hombre—. Solo hay un lugar adonde puede conducir. A París. ¡Y ahora, largo de mis tierras!

Malco abrió los ojos lleno de asombro. ¿De verdad estaban en Francia? Miró a Akara y a Lyra, que se mostraron tan sorprendidas como él. Se despidieron del desconfiado campesino y se encaminaron hacia París.

Avanzaron durante largos kilómetros y atravesaron la última aldea antes de divisar a lo lejos la ciudad. Cuando llegaron allí se encontraban cansados, con hambre y sedientos. El lugar en el que acababan de entrar a través de grandes bulevares, no se parecía en nada a la capital de Francia que ellos conocían.

—¿Has visto eso? —le preguntó Akara a Lyra señalando a dos mujeres que acababan de pasar a su lado y que las miraban igual de sorprendidas que ellas por su aspecto.

—¡No puede ser posible! —exclamó Malco asombrado—. Estamos en el París del siglo XVIII, creo. Esos trajes...

—Sí —corroboró Akara—, son como los que he visto en algunas películas.

—¿Quieres decir que hemos viajado al pasado? —inquirió Lyra.

—Eso parece —respondió Malco—. Einstein dijo que el espacio, el tiempo y la materia no son propiedades independientes del cosmos, sino que forman con él una única estructura. Lo que significa que estos elementos se encuentran interrelacionados. Nosotros, que somos materia, nos hemos movido no dentro del mismo lugar del que procedemos, sino a otro espacio distinto dentro del cosmos...

Se alzó de hombros; la verdad era que hasta a él se le hacía difícil explicar cómo habían llegado a los bulevares de las afueras de París tres siglos atrás de su época actual.

A lo lejos escucharon el repique de las campanas de alguna iglesia. Malco miró al cielo, aunque le resultó difícil determinar qué hora era. Desde que habían entrado en esa dimensión, habían caminado durante bastante tiempo y, sin embargo, el día no parecía haber transcurrido. El sol seguía estacionado en lo alto del cielo.

—Tal vez sería bueno cambiarnos de ropa —comentó Akara—, así no llamaríamos tanto la atención.

—Lo malo es que no creo que nos acepten los euros. Además, no me veo con un modelito de este siglo —aseguró Lyra mirando sus viejos vaqueros, a los que les tenía mucho cariño—. Estos franceses fueron los de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Bueno, pues vestir así forma parte de la libertad y la igualdad, ¿no?

Malco se detuvo en seco al escuchar el comentario.

—¡Oh, Dios mío!

Akara y Lyra se sobresaltaron y se detuvieron mirándolo desconcertadas.

—¿Qué sucede?

—Pues que espero que no estemos precisamente en la época de la Revolución francesa, ya sabes, 1789, siglo XVIII.

—Vamos a averiguarlo —declaró con decisión su hermana.

Malco supo que Lyra tenía la intención de preguntar y la detuvo.

—Será mejor que vaya yo, al fin y al cabo no resultará tan extraño que yo lleve pantalones, aunque no me lleguen por debajo de la rodilla —le explicó esbozando una media sonrisa divertida.

Su hermana lo miró de arriba abajo y se echó a reír.

—Si tú lo dices...

Malco se dirigió hacia un chiquillo de unos doce años vestido con una camisa blanca, chaqueta de paño de color marrón y unos pantalones cortos de la misma tela que la chaqueta. No parecía haber pobreza en aquel lugar, lo cual era buena señal, pues a finales del siglo XVIII había tanta pobreza entre la gente del pueblo que esa fue una de las causas de la revolución. Sin embargo, quizás se encontraban en uno de los mejores barrios de París.

El muchacho, que se había quedado mirando boquiabierto mientras Malco se acercaba, pareció reaccionar en ese momento.

—¡Ya me voy a casa! —soltó de pronto, y se dio la vuelta para marcharse corriendo.

—¡No, espera, no voy a hacerte nada! —le aseguró Malco haciendo que el chico se detuviese—. Solo quiero preguntarte en qué año nos encontramos.

El muchacho se giró despacio, aunque retrocedió un par de pasos.

—¿Año? No le entiendo, señor. Yo... —balbuceó— tengo que irme.

—Espera, por favor —le pidió tratando de tranquilizarlo—. ¿Qué rey ocupa el trono? ¿Luis XV? ¿Luis XVI?

El muchacho negó con la cabeza y contestó con solemnidad.

—El conde de Saint Germain.

IV

Tras pronunciar aquellas palabras, el muchacho echó a correr y se internó en uno de los callejones adyacentes a los bulevares dejando a Malco asombrado. Aquello no podía ser posible. Se dio la vuelta y caminó hacia donde lo esperaban Lyra y Akara, cerca de una calle lateral.

—¿Qué pasa? —le preguntaron nerviosas al ver su rostro lleno de perplejidad.

—No sé —contestó él con sinceridad—. Resulta algo raro...

—Bueno —lo interrumpió Lyra en ese momento—, no es la única cosa extraña aquí. Mira eso.

Akara y él se volvieron hacia la dirección que indicaba. Al fondo del bulevar habían aparecido cinco hombres, lo cual no hubiera resultado extraño de no ser porque no se veía ningún otro ser viviente en unas calles que antes habían rebotado de gente, y si no fuera porque vestían completamente de negro, con trajes que parecían confeccionados en neopreno, y portaban armas que nadie consideraría propias del siglo XVIII, rifles de largo alcance y pistolas automáticas.

Malco, Lyra y Akara se refugiaron un poco más en la calle lateral para no ser vistos.

—¡Buscadlos, tienen que estar por aquí cerca!

Les llegó el eco de aquella orden. Así que los buscaban. Pero ¿quiénes eran aquellos hombres y cómo podían saber que se encontraban allí?

—Psss.

Los tres se giraron sobresaltados al escuchar aquella llamada. Una muchacha les hacía señas desde el umbral de una puerta. Se acercaron a ella con cautela.

—Rápido —les indicó—, entrad aquí antes de que lleguen.

Entraron tras ella en el edificio y cerró la puerta. En el interior, el sol se filtraba por los ventanales. Les dio la sensación de haber ingresado en un museo de historia antigua, con los muebles de estilo rococó, la gran chimenea de ladrillo adornada con mármol rojo, las paredes recubiertas de grandes cuadros y valiosos tapices.

—¿Vives aquí? —le preguntó Lyra a la muchacha mientras miraba con asombro los muebles y la decoración.

A Malco le entraron ganas de reír. Aquella habitación debía de parecerle bastante arcaica a su hermana, sobre todo comparada con su propia habitación llena de pósteres de sus cantantes y actores favoritos.

—Sí, con mis padres —dijo la muchacha, luego les guiñó un ojo—, pero ahora no se encuentran en casa.

—Tal vez vuelvan pronto y te metamos en un problema —comentó Malco.

La joven negó con la cabeza. Ataviada con aquel abultado vestido de escote cuadrado, lleno de brocados y adornos, parecía un personaje escapado de un cuadro de Velázquez.

—Nadie sale después de las campanadas de la iglesia de *Saint Etienne du Mont*.

—¿Por qué? —preguntó Malco extrañado.

—Marcan el final de la jornada. Cuando suenan, los llamados centinelas de la noche, un cuerpo de guardia especial, vigilan las calles para asegurarse de que todo el mundo se halla en sus casas y no se altera el orden.

—Esos centinelas —quiso saber—, ¿de dónde vienen?

—Del palacio del conde.

—¿El conde? —lo interrogaron al mismo tiempo Akara y Lyra sorprendidas.

—No me ha dado tiempo a decíroslo antes —se excusó él—, pero no estamos en París.

—Claro que estamos en París —lo contradijo la joven.

—Sí —convino él mientras Akara y Lyra miraban de uno a otro sin comprender—, pero no en el siglo XVIII.

—¿Qué es un siglo? —preguntó de pronto la muchacha.

Lyra la miró sorprendida.

—Perdona, pero ¿no sabes lo que es un siglo?

La joven negó con la cabeza. Se sentó en un diván de color azul con

bordados en plata y paseó su mirada sobre ellos.

—No. He visto vuestro extraño vestuario y he supuesto que veníais de otro lugar. Siempre he sentido curiosidad por saber qué hay fuera de París.

—Pues sí —admitió Malco—, venimos de un lugar muy lejano.

—No entiendo nada —replicó Lyra.

—Bueno, trataré de explicároslo desde el principio —dijo él—, pero dudo que nuestra amiga comprenda algo.

—Mi nombre es Louise.

Hizo una graciosa reverencia con la cabeza a la que ninguno de los tres respondió, sorprendidos como estaban.

—Malco —lo llamó su hermana dejándose caer con poca elegancia sobre otro de los divanes de la sala—, cuéntanos pronto lo que sucede antes de que empiece a creer que estoy loca.

Louise invitó con un gesto a Akara para que se acomodase junto a ella en el diván. Malco se quedó de pie frente a ellas, como un profesor delante de sus más atentos alumnos.

—Bien —empezó sin saber muy bien cómo explicar su teoría—. Creo que estamos en una dimensión atemporal.

Lyra y Akara abrieron los ojos asombradas, mientras que Louise puso cara de incompreensión.

—Pero ¿cómo puede...?

Él interrumpió a Akara.

—Os habréis fijado que el sol no ha descendido nada a pesar del largo trecho de camino que hemos recorrido —explicó. Cuando las dos asintieron, prosiguió—. Y Louise nos ha dicho que las campanadas de la iglesia marcan el final de la jornada, porque aquí nunca se hace de noche. No existe el tiempo.

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó Lyra.

—Sí, y creo saber la causa —respondió—. El conde de Saint Germain.

Louise abrió mucho los ojos y comenzó a parlotear mostrándose enfurruñada.

—No comprendo todo lo que has dicho antes, pero estoy segura de que el conde no ha hecho nada malo —espetó molesta—. Es una buena persona y nos trata bien.

De repente se detuvo sorprendida y se cubrió la boca con la mano. Bajó la cabeza con recato mientras sus mejillas se sonrojaban y se quedó mirando

fijamente las manos sobre su regazo, como si se avergonzase de algo.

—Os pido disculpas —les dijo con un hilo de voz—. Una dama no debe alzar nunca la voz ni hablar cuando no se le ha preguntado. Mi madre siempre dice que soy demasiado impulsiva —añadió compungida.

Lyra y Akara miraron fascinadas a Louise y luego a Malco. Él se encogió de hombros.

—Vamos a ver —dijo Lyra exasperada—, ¿quién es ese conde?

Malco suspiró. Tendría que contarles toda la historia. Si no se equivocaba, había encontrado al ladrón de su reflejo.

—El conde de Saint Germain —comenzó a explicar— fue muchas cosas durante su vida, aventurero, político, inventor, un excepcional violinista y, también, alquimista. Vivió en el siglo XVIII, aunque nadie sabe muy bien cuándo nació. Se decía que permanecía eternamente joven. Se trataba de un hombre rico que vestía con mucha elegancia y al que le gustaba pagar con diamantes en lugar de usar dinero. Se aficionó mucho a Francia desde que fue capaz de sanar al mariscal francés Belle Isle y este lo llevó consigo a París. Visitaba esta ciudad a menudo e incluso se dice que aconsejó al rey Luis XVI sobre cómo evitar la revolución.

—No entiendo —lo interrumpió Akara—. ¿Qué tiene que ver lo que nos cuentas con esta dimensión atemporal?

—Bueno, como os he dicho, Saint Germain era alquimista y un gran violinista. Supuestamente murió en 1784, aunque dicen que fue visto en Francia varios años después. Todo esto, unido a que se decía que siempre permanecía joven, me hace suponer que encontró una puerta a esta dimensión atemporal —concluyó con un encogimiento de hombros.

—¡Por eso la juventud eterna! —exclamó Lyra con ojos brillantes—. Podía desaparecer de su mundo y volver muchos años después, incluso siglos, y seguiría manteniendo la misma edad.

—Louise —llamó Akara volviéndose hacia la muchacha—, ¿cuántos años tienes?

—¿Años? —repitió ella parpadeando repetidamente como si estuviese genuinamente sorprendida—. No sé a qué te refieres.

—Sí —dijo Lyra—, yo tengo dieciséis años y Akara diecisiete.

«Así que, efectivamente, Akara es mayor que mi hermana», pensó Malco. Centrado en sus pensamientos, no se dio cuenta de que tres pares de ojos lo miraban fijamente y a la espera.

—¿Qué? —titubeó azorado.

—Tu edad, bobo —le espetó su hermana con impaciencia.

—Ah, tengo diecinueve años.

—¿Te llamas «Bobo»? —preguntó Louise ladeando la cabeza graciosamente.

Lyra estalló en carcajadas. Malco enrojeció y fulminó a su hermana con la mirada.

—No —respondió esta con una sonrisa—, ese es solo uno de los apodos familiares con que yo lo llamo. Su nombre es Malco.

—Encantada —dijo ella tendiendo una mano para que el muchacho la besase, pero abrió los ojos un poco alarmada cuando él se la estrechó y la sacudió.

—Entonces, ¿tu edad, Louise? —insistió Akara.

Ella se encogió de hombros con elegancia.

—Todavía no sé a qué os referís. Sé que dieciséis es menos que diecisiete, y diecisiete menos que diecinueve, pero no sé qué son años.

Akara intentó explicárselo.

—Significa que Lyra nació antes que yo, por lo tanto, es más joven; y las dos nacimos antes que Malco, que es mayor que nosotras. ¿Tienes hermanos menores que tú, Louise?

—¿Hermanos? ¿Qué son hermanos?

Lyra hizo un gesto de desesperación.

—¡Dios mío!, ¿de dónde ha salido esta gente?

—Es una buena pregunta —señaló Malco—. El conde pudo haber recreado en este espacio atemporal la ciudad de París tal como él la conoció en el siglo XVIII, pero ¿de dónde sacó la gente para habitarla?

Akara abrió mucho los ojos al comprender lo que él insinuaba.

—¿Crees que son...?

Malco asintió.

—Reflejos.

—¿Quieres decir —quiso asegurarse Lyra— reflejos de personas de nuestro mundo?

—Así es —convino—, de cualquier parte de nuestro mundo, de cualquier época.

Los tres miraron a Louise, que los contemplaba a su vez fascinada y sin comprender nada.

—Louise, si alguien se encuentra en la calle después de que suenan las campanas y los centinelas dan con él, ¿qué hacen con la persona? —preguntó Malco.

—Nadie lo sabe exactamente —repuso la muchacha encogiéndose de hombros con indiferencia—, puede que los lleven al palacio.

—¿Dónde se encuentra el palacio? —volvió a preguntar él, a pesar de que creía conocer la respuesta.

—En las Tullerías, junto al Sena.

—Lo suponía.

—Entonces, ¿qué hacemos? —quiso saber Lyra—. ¿Nos dejamos capturar por esos centinelas para que nos lleven al palacio y podamos hablar con el conde?

Malco sacudió la cabeza.

—Sus armas me parecieron demasiado modernas y no estoy seguro de cómo nos recibirían. Creo que será mejor presentarnos en el palacio por nuestra cuenta.

Lyra se levantó emocionada del diván.

—¡Siempre quise conocer París!

V

Visitar la ciudad en esos momentos, teniendo a los centinelas buscándolos por todas partes, no era una buena idea. Tendrían que esperar a que el tañido de las campanas anunciase una nueva jornada. Mientras tanto, bien podían descansar y tratar de conseguir ropa nueva para pasar desapercibidos.

—Louise, ¿tendrías algo de ropa que pudieses prestarnos? —le preguntó Malco—. No podemos ir así por la calle, los centinelas nos localizarían enseguida.

—Tengo muchos vestidos para ellas, pero para ti... —consideró ella observándolo mientras se daba golpecitos sobre los labios con el dedo—. Tendría que mirar en el armario de mi padre. Lo malo es que estoy segura de que echaría en falta lo que cogiésemos. Su sastre es muy exclusivo, y mi padre es muy aficionado a sus levitas. Déjame que piense mientras les ayudo a ellas.

Salieron del salón a un vestíbulo y subieron por las escaleras que conducían al piso superior. El pasillo, adornado con mesas sobre las que descansaban finas figuras de porcelana, tenía puertas a ambos lados. Louise abrió una de ellas y entró seguida de Akara y Lyra. Malco estaba a punto de seguir las cuando Louise se plantó ante él agitando un dedo delante de su nariz.

—Oh, no, no, no. Un caballero nunca debe entrar en el dormitorio de una dama —comentó escandalizada.

Y, para su sorpresa, le cerró la puerta en las narices. Se dispuso a esperar en el pasillo murmurando entre dientes que tampoco las mujeres deberían entrar en las habitaciones de los hombres, pero su hermana lo hacía continuamente solo para cogerle sus cosas y para molestarlo. En esos momentos habría envidiado la suerte de Louise por no tener hermanos, pero no lo hacía. ¿Qué vida era la de una persona sin tiempo? Sin pasado, sin futuro,

sin historia personal. Siendo solamente un reflejo de otra persona.

Se detuvo un momento sobre ese pensamiento. Un reflejo era solamente la imagen que devolvía la proyección de la luz sobre una superficie reflectante, ¿cómo era posible entonces que aquellas personas que habían visto, que hablaban y se movían, como la misma Louise, fuesen tan solo reflejos? ¿Quién había dado vida a aquellas proyecciones de luz? Su reflejo, ¿tendría también vida propia? Un escalofrío le recorrió el cuerpo ante este pensamiento.

Escuchó las carcajadas de Lyra en el interior de la habitación y sonrió. Siempre había sido muy escandalosa al reírse. La puerta se abrió y, a pesar de lo que le había dicho antes, Louise lo invitó a entrar. No pudo hacerlo. Se quedó en el umbral de la puerta mirando atónito a las dos mujeres que tenía frente a él, y sin poder evitarlo, estalló en carcajadas. Pronto Akara y Lyra se unieron a él.

Realmente aquellos trajes ampulosos del siglo XVIII no les sentaban nada bien. Lyra llevaba un vestido verde, mientras que Akara vestía uno plateado, a juego con el color de sus ojos. Ambas portaban una falda enorme con una sobrefalda en un tono más claro y un peto bordado con seda de colores e hilos metálicos dibujando motivos florales.

—Ay —suspiró Lyra sujetándose el estómago, que le dolía a causa de la risa, y enjugándose las lágrimas—. No pienso salir con esto a la calle.

—Yo tampoco —convino Akara.

La verdad es que se veía preciosa con ese vestido, el rostro sonrosado por la risa y los ojos brillantes, pensó Malco, y muy elegante.

—Pero no podéis ir vestidas como siempre —señaló él.

—No, por eso me han hecho una sugerencia —dijo Louise, que parecía escandalizada, aunque Malco no supo si era por las carcajadas o por la sugerencia de la que hablaba—. Os llevaré al sastre de mi padre y él os confeccionará algunos trajes.

Él enarcó una ceja a modo de interrogación y Lyra chasqueó la lengua.

—Nos vestiremos de muchacho —le explicó—. Los pantalones son ceñidos, pero la levita es larga y nos cubrirá lo suficiente para no delatarnos.

A Malco le pareció buena idea.

—¿Cuánto tardará el sastre en hacer los trajes? —le preguntó a Louise.

—Suele tener siempre algunos modelos ya hechos, si alguno os queda bien, podréis llevároslo de inmediato —respondió con un encogimiento de hombros—. Si tiene que confeccionarlo, y no está demasiado ocupado, puede tardar un

día o dos.

Se quedó pensativo. Más valía que aquel sastre tuviese algún traje listo, porque no les convenía pasar demasiado tiempo en aquella dimensión atemporal. En ese momento se le ocurrió otra cuestión.

—¿Y el dinero para pagarlos?

—Louise ha dicho que ella los pagará. ¿Sabías que es hija de un marqués? —le comentó Lyra con admiración.

—¡Vaya! Bueno, eso me parece bien —repuso él mirando a la muchacha que, con aquel vestido, su cabello rubio recogido en un elaborado peinado y sus ojos azules, le recordaba a una muñeca de porcelana.

Aquel mundo le parecía al mismo tiempo fascinante y absurdo. ¿De qué servía un marquesado sin historia pasada y sin unos hijos futuros que pudiesen heredarlo, embellecerlo y gozar de él? Pero claro, no podía decir eso en voz alta y pincharle a Louise la burbuja de fantasía en la que vivía.

—Venid —les indicó Louise—. Os mostraré dónde podéis descansar. Cuando vuelvan a sonar las campanas iremos al sastre. Saldremos temprano para no encontrarnos con demasiada gente. Aquí en París los comerciantes salen casi al amanecer para pregonar sus mercancías, así que solo en esta ocasión tendréis que ataviaros con los vestidos que os probasteis. A ti —dijo volviéndose hacia Malco—, te dejaré uno de mi padre. Me servirá de excusa para justificar mi ausencia de casa y el por qué fui al sastre.

—Gracias por ayudarnos, Louise —dijo Akara.

Ella sonrió.

—Nunca he tenido amigos, me gustaría que lo fuésemos. Y ahora, seguidme. Hay muchos dormitorios para invitados en esta ala de la casa. Podéis escoger el que gustéis.

Se dirigieron hacia las habitaciones, tan amplias y excesivamente decoradas como las que habían visto antes. Escogieron dos y trataron de descansar un rato.

Malco se tumbó sobre la enorme cama y, mientras miraba el dosel adornado con cupidos y flores, fue repasando todos los datos con los que contaba hasta ese momento. Si sus conjeturas eran ciertas y Saint Germain había encontrado una puerta hacia la dimensión atemporal en la que se encontraban, recreando en ella la ciudad de París, aún quedaban por resolver algunas cosas. ¿Para qué robar los reflejos?, ¿para llenar con ellos las calles? Aquello no tenía ningún sentido, y a menos que se lo preguntase directamente a él, nunca lograría

encontrar una respuesta.

Se dio cuenta de que se había quedado dormido cuando lo despertó el sonido de las campanas de la iglesia y las voces femeninas que acompañaban el golpeteo de su puerta. La luz entraba a raudales por el ventanal. Debía resultar difícil acostumbrarse a vivir sin noches, solo con la luz del sol.

—¡Ya voy, ya voy! —se quejó con un gruñido.

—Malco —lo llamó la voz de Lyra—, si no te das prisa en salir entro yo misma y te saco a rastras.

Él escuchó el chillido escandalizado de Louise y se echó a reír. Definitivamente, muchas cosas habían cambiado con el paso del tiempo. Si Louise pudiera echar un vistazo al siglo al que pertenecían ellos, quizás se hubiera escandalizado al ver cómo vestían y actuaban las mujeres o, quién sabe, puede que hasta le pareciese bien.

Sabiendo que Lyra podía cumplir perfectamente su amenaza, se apresuró a salir de la habitación para ver una sonrisa satisfecha en los rostros de Akara y de su hermana, y un rubor en el de Louise.

—¿Qué te había dicho, Louise? —ronroneó satisfecha—. Esto nunca falla.

—Anda, déjate de tonterías —le gruñó él molesto por ser el objeto de sus burlas— y vamos con el sastre ese.

Pasó por delante de ellas y bajó las escaleras hasta el recibidor. Hasta ese momento no se había percatado de ello, pero al echar un vistazo alrededor se dio cuenta de que no había visto en la casa ningún criado ni lacayo, ni nada por el estilo, tan propios del siglo XVIII.

—¿Qué? ¿Podemos irnos ya? —preguntó Lyra entusiasmada—. Tengo ganas de ver París.

Abrió la puerta y salieron a la calle.

—Ya sabes que no es el París real —le señaló Malco.

Lyra se encogió de hombros y extendió los brazos abarcando la calle mientras giraba sobre sí misma.

—¡París es siempre París!

Recorrieron los bulevares y se adentraron con cautela por las callejuelas de la ciudad. Aunque iban vestidos al estilo del siglo, no querían despertar la atención de nadie. Louise los guio por los lugares menos concurridos, aunque se cruzaron con algunos comerciantes y señoras bien vestidas y cubiertas de joyas.

—Louise —la llamó Malco—, no he visto criados ni lacayos en la calle,

tampoco en tu casa, ¿no hay en París?

—¿Criados? —repitió ella alzando las cejas de un modo elegante—. Nunca había oído esa palabra. ¿Qué son?

—Tú, siendo hija de un marqués —trató de explicar él—, tendrás a alguien que te ayude a cuidar de la casa, la ropa, que haga los recados...

Louise abrió los ojos sorprendida.

—¿Se acostumbra así allí de donde venís?

Malco sacudió la cabeza.

—Eh, no, la verdad es que no, pero pensé que tal vez aquí sí.

—No —le aseguró dejando escapar una risa que sonaba muy musical—, aquí cada uno se ocupa de sus cosas. Cada familia se organiza para llevar adelante la casa, su trabajo, las compras.

—Perdona, Louise —interrumpió Akara—, ¿qué diferencia hay entonces entre los nobles y los comerciantes?

Louise se encogió de hombros.

—En realidad ninguna. Según me explicó mi padre, hace muchos años el conde de Saint Germain concedió títulos a diversas familias, entre ellas la mía; sin embargo, no quiso que hubiese diferencias entre los habitantes de París, así que, según nuestras leyes, todos los hombres tienen la misma dignidad, todos deben trabajar y percibir una compensación económica idéntica.

Lyra se volvió hacia su hermano y alzó una ceja a modo de interrogación. Él supo exactamente lo que ella estaba pensando, que lo que había dicho Louise era una utopía. ¿Qué tipo de mundo había creado el conde de Saint Germain?

VI

Llegaron a la tienda del sastre, situada en una calle elegante, y Louise explicó lo que querían. El pobre hombre se extrañó y mostró su desacuerdo ante la petición de ropa de muchacho para las dos damas, como se dirigió a Akara y Lyra; pero habituado a las extravagancias de los nobles y con la persuasión del dinero, cedió.

De la sastrería salieron tres muchachos y una dama francesa. Al menos así debería resultar más fácil burlar a los centinelas de la noche y poder llegar hasta el palacio. Entrar en él ya sería otra cuestión.

Louise los condujo hacia la muralla de París por la puerta de San Martín. Luego enfilaron la calle que llevaba el mismo nombre mientras observaban los comercios y la gente que pasaba. Había algo que le resultaba extraño a Malco en todo aquello que veían, pero no sabía decir exactamente qué era.

La calle de San Martín los condujo a la Plaza de la *Grève*, en la margen derecha del Sena. La plaza no era otra cosa que un arenal que se extendía hasta el río, donde había un muelle con algunos barcos. Malco miró con curiosidad aquel lugar que, en el París real, había sido escenario de tantas ejecuciones de la nobleza. Se preguntó qué pensaría Louise si conociese la verdadera historia de París.

—Tengo que dejaros aquí —les dijo ella en ese momento—. Mis padres habrán regresado a la casa y se preguntarán dónde estoy. Si seguís el cauce del río llegaréis al Palacio de las Tullerías pasando por el Palacio del Louvre.

—¿El Palacio? —inquirió Lyra sorprendida—. ¿Pero el Louvre no es un museo?

Malco sacudió la cabeza.

—Lo es en el París que tú conoces, pero en la antigüedad los reyes de

Francia vivieron en él hasta que Luis XIV trasladó la corte a Versalles. Después, y hasta la revolución francesa, fue la sede formal del gobierno. A partir de 1789 quedó convertido en museo.

Louise los miró sin comprender nada de lo que decían. Akara cogió a Malco del brazo para llamar su atención.

—Será mejor que dejéis las explicaciones para después —le susurró señalando con un gesto de la cabeza a algunas personas que se habían detenido al escuchar los comentarios de Malco.

—Sí, claro —aceptó girándose hacia Louise—. Gracias por traernos hasta aquí y por tu ayuda. Espero que volvamos a vernos.

Louise se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—¡Todo es posible en París!

Agitó una mano mientras se alejaba y se perdía entre la gente.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Akara.

—Podríamos ver Notre Dame —propuso Lyra con los ojos brillantes de emoción mientras señalaba al otro lado del puente que había junto al muelle de la Plaza de la *Grève*—. Mira, desde aquí se ven las torres.

—Lyra, no hemos venido de turismo —se quejó Malco.

—Ya lo sé —repuso ella con un mohín de fastidio—, y puede que este no sea el París real, pero no negarás que lo han reproducido muy bien.

Tuvo que darle la razón. Realmente el conde de Saint Germain había realizado un trabajo excelente. ¿Cómo habría hecho para construirla? ¿Se habría traído arquitectos del verdadero París? Tenía muchas preguntas que hacerle al conde cuando lo encontrasen. Aún no tenía muy claro cómo los recibiría este, pero al menos, por lo que sabía de él, nunca había sido considerado un asesino.

—Está bien —aceptó Malco—, visitaremos Notre Dame y luego iremos al palacio.

—¡Sí! —exclamaron las dos muchachas excitadas.

Aquello de que a las mujeres les encantaba viajar a París era muy real en el caso de su hermana y de Akara, que caminaron hacia el puente a toda prisa para llegar hasta la catedral. Malco suspiró. Al menos no se encontraban en el París actual, centro de la moda, o le hubieran hecho recorrer todas las tiendas de ropa y complementos.

Avanzó y cruzó con ellas el puente. Debajo de ellos, algunas barcazas y barcos de buen tamaño surcaban el Sena. El nombre de uno de ellos, que

navegaba en dirección al Palacio de las Tullerías, le llamó la atención. El *Mary Celeste*. Le recordó otro barco de igual nombre que terminó envuelto en un misterio. ¿Quizás el conde había tenido también algo que ver con ese misterio?

Akara y Lyra se detuvieron contemplando boquiabiertas las dos torres cuadradas y el inmenso rosetón de la fachada principal de la catedral. Resultaba un espectáculo impresionante, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba solamente de una reproducción de la verdadera catedral de París.

—¡Es increíble! —comentó Akara con los ojos grises brillando de placer.

—Sí, lo es —admitió Malco.

No podía estar más de acuerdo con Akara. Aquel monumento que se alzaba imponente ante la vista, con sus torres de casi setenta metros de altura, era una copia perfecta de la verdadera Notre Dame.

Lyra, fascinada, seguía contemplando la fachada sin poder hablar. Se giró hacia Malco y Akara para insistir en que entrasen en el interior, y de pronto su rostro palideció mientras abría mucho los ojos. Ellos se giraron para ver lo que había alterado tanto a Lyra. Siete hombres, vestidos completamente de negro, se acercaban; eran los centinelas de la noche, y venían armados. Malco pensó que no tenían grandes oportunidades de escapar, pero al menos lo intentarían.

—¡Corred! —les gritó a las muchachas.

Corrieron hacia la catedral y doblaron la esquina hacia la izquierda, en dirección al puente que conducía hacia la calle de *Saint Jacques*. Les quedaba un buen trecho hasta alcanzar el puente y mucha gente paseaba por allí. Malco pensó que si a ellos les entorpecían el paso, también lo harían con los centinelas; sin embargo, no fue así, pues la gente se apartaba al paso de los hombres de negro que conseguían avanzar más deprisa que ellos.

—¡No os detengáis! —les ordenó a las muchachas—. ¡Dirigíos hacia el puente!

—Por suerte —comentó Akara entre jadeos— no tenemos que correr con esos vestidos del siglo XVIII.

Malco escuchó la carcajada de Lyra. Al menos ellas no estaban demasiado preocupadas por si los capturaban, lo cual era bueno. No quería tener que lidiar con dos mujeres histéricas. Su hermana no tendía hacia el histerismo, precisamente, pero no conocía bien a Akara, aunque parecía que ella tampoco. Bien, mejor así, porque acababa de ver al otro lado del puente más centinelas.

O se dejaban capturar o se arrojaban al Sena. No tenían más opciones. Se detuvieron jadeantes a mitad del puente.

—Parece que veremos a Saint Germain antes de lo previsto.

Malco esbozó una mueca ante el comentario de Lyra.

—No es lo que yo hubiera querido, pero sí —convino—, eso parece. A menos que queráis daros un baño en el río.

—Bueno, no se trata precisamente del sueño de mi vida —respondió Akara poco entusiasmada—, ni aunque estuviésemos en el mismísimo París real.

Los centinelas se acercaron con cautela desde los dos lados del puente. Uno de los siete hombres que los habían perseguido se adelantó, un chico alto, de cabello negro y ojos del mismo color, que debía de tener la misma edad de Malco o unos pocos años más.

—Vaya —dijo Akara esbozando una pícaro sonrisa al ver al atractivo muchacho que se acercaba—, si lo llego a saber me detengo antes.

Aquel comentario molestó a Malco. ¿Acaso a las chicas les bastaba con ver unos buenos músculos y una cara pasable para suspirar? De todas formas, a él no tenía por qué importarle lo que pensara Akara, pensó enfadado consigo mismo. Ni que estuviera celoso, ¡si acababa de conocerla!

—No os haremos daño —les dijo el muchacho deteniéndose a una distancia prudente—, pero es mejor que no os resistáis.

—¿Qué queréis? —le espetó Malco dejando salir algo de su rabia en el tono duro de su voz—. No hemos hecho nada.

El muchacho alzó una ceja ante su actitud defensiva.

—Solo somos turistas —añadió Akara tratando de aplacar los ánimos.

El chico le dirigió una media sonrisa mientras la miraba de arriba abajo. Malco sintió que se le contraía el estómago de rabia al ver aquello y se metió las manos en los bolsillos para evitar hacer alguna tontería como lanzarse a golpear a aquel centinela.

—Esa es la cuestión —repuso el muchacho—. Aquí no hay turistas.

—Bueno, ¿y no puede haber una primera vez? —replicó Lyra con una dulzura engañosa.

La sonrisa de él se amplió.

—Quiero decir que aquí no existen otros países de donde puedan llegar turistas, salvo, claro está, que procedan de otra dimensión...

«Así que conoce la verdad», se dijo Malco.

—Comprenderás entonces que deseemos ver al conde de Saint Germain —

replicó—.

El centinela asintió con la cabeza.

—Y él desea conoceros a vosotros; de hecho, os esperaba. Aunque no esperábamos a dos hermosas mujeres —admitió al tiempo que se inclinaba ante ellas y las recorría con mirada divertida— ...vestidas de muchachos.

Akara y Lyra sonrieron, y Malco apretó los dientes.

—Entonces, ¿qué? —le espetó—, ¿nos vas a llevar con el conde o no?

Sabía que su voz sonaba irritada, pero no le importó. Definitivamente aquel tipo no le caía bien, y parecía ser que era mutuo, pues el centinela lo miró fríamente antes de ignorarlo por completo y dirigirse a Akara y Lyra haciendo una reverencia.

—Mi nombre es Armand, capitán de la guardia del conde de Saint Germain, los centinelas de la noche. Si estas hermosas damas me dicen sus nombres, con gusto las acompañaré hasta el palacio del conde.

—Yo me llamo Akara.

—Yo soy Lyra —se presento esta—, y él es mi hermano Malco.

Armand tomó la mano de Akara y la besó, luego hizo lo mismo con Lyra, comportándose como un perfecto caballero del siglo XVIII.

—Realmente es un placer —les aseguró con una sonrisa mientras ignoraba por completo a Malco—. Si me acompañáis, os mostraré el camino.

VII

Los centinelas les hicieron atravesar de nuevo la explanada frente a la fachada oeste de Notre Dame. Cruzaron el puente y los condujeron calle arriba hacia las Tullerías. Pasaron junto al Louvre y llegaron a los jardines del palacio.

Caminaban por grandes avenidas llenas de árboles, cipreses, arces y olmos. Había varias estatuas y fuentes; flores de diferentes tipos, especialmente tulipanes y claveles; y algunos estanques. El lugar era realmente bonito, lástima que no tuvieran mucho tiempo para admirarlo. Parecía que sus captores tenían prisa por llevarlos al palacio.

La construcción de este era imponente. Una fachada de casi doscientos cincuenta metros de largas y estrechas galerías, de edificios altos con amplios tejados. Una copia perfecta del palacio que Catalina de Medici mandó construir en París alrededor del año 1564 y que permaneció casi igual, salvo algunas ampliaciones, hasta el siglo XIX. Malco pensó que uno podía sentirse perfectamente en el siglo XVIII si miraba alrededor, excepto por las ropas de los centinelas, demasiado modernas, y a las que todavía no encontraba sentido.

Entraron por una puerta lateral que conducía a un patio. Malco creyó que los conducirían directamente a ver al conde, pero pronto se dio cuenta de que se había equivocado. Tras varias vueltas de pasillos y bajar escaleras, finalmente terminaron por acomodarlos en una celda húmeda y con poca luz.

—Vuestra estancia aquí será provisional —les explicó Armand, aunque parecía muy satisfecho consigo mismo—. Se trata tan solo de una medida de precaución mientras verificamos con el conde cuál será vuestro destino.

—¡No tenéis derecho a encerrarnos! —le espetó Lyra furiosa resistiéndose a que la metieran en aquel agujero.

Podría encontrar miles de razones en su defensa, pero estaba claro que las leyes que ellos conocían no tenían nada que ver con las leyes del conde. Al menos eso supuso cuando vio sonreír a Armand sin mostrar ni una pizca de arrepentimiento.

El muchacho inclinó la cabeza en una sencilla reverencia y se marchó dejándolos allí.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Lyra entre exasperada e incrédula—. ¿En serio nos va a dejar aquí encerrados?

—Pues parece que sí —le respondió Malco con una sonrisa, satisfecho de que el encanto de Armand hubiese desaparecido tras su encierro.

—¿Cuánto tiempo crees que llevamos aquí? —le preguntó Akara.

—¿En esta realidad? —inquirió Malco. Luego se encogió de hombros—. Es difícil saberlo. Ten en cuenta que el tiempo es una categoría creada por el hombre para marcar los cambios en el desarrollo de la humanidad. En este espacio atemporal no se dan cambios, por lo que nuestras categorías de tiempo no sirven para nada.

—Pues yo llevo aquí como unos tres días.

La voz que surgió de la oscuridad, desde el fondo de la celda, los sorprendió a todos. Una figura se levantó y avanzó hacia la escasa claridad que proporcionaba la luz de una antorcha colgada en el pasillo de la prisión. Un chico alto, de pelo castaño y expresivos ojos azules, les sonrió.

—¿Tres días? —le preguntó Lyra algo desconcertada.

Él se encogió de hombros.

—Eso creo. He visto pasar las horas en mi reloj. Cuando se supone que debería empezar la noche, coincidía con el tañer de las campanas, así que he podido contar ese tiempo.

Malco miró su propio reloj. Si lo que el muchacho decía era cierto, debían de llevar día y medio fuera de casa.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —quiso saber Akara.

—¿De dónde venís vosotros? —preguntó él a su vez—. Por lo poco que pude ver antes de que me encerraran, las mujeres no visten así por aquí —dijo señalando los trajes de campesino que llevaban Lyra y Akara—. Por cierto, me llamo Almer.

—Yo soy Lyra, ella es Akara y él mi hermano Malco. ¿Qué haces aquí?

—Pues me trajeron los mismos tipos modernos que a vosotros.

—Los centinelas —aclaró Malco—, pero ¿dónde te encontraron?

—La verdad, todo esto me resulta algo extraño. No tengo recuerdos anteriores; quiero decir, de antes de que me encontrasen los centinelas esos. Solo sé que de repente me encontré en un lugar extraño, rodeado de gente que no vestía como yo —dijo señalando su propia ropa. Almer llevaba unos vaqueros y una camisa azul—. Entonces sonó una especie de alarma y aparecieron esos tipos de negro. Me apresaron y me trajeron hasta aquí sin decirme una palabra.

—¿Y no recuerdas nada de tu vida anterior? —le preguntó Lyra.

Almer negó con la cabeza.

—La verdad es que no.

—Pero sí recuerdas tu nombre —le señaló ella.

Almer esbozó una amplia sonrisa.

—No lo recordaba, pero venía grabado en mi violín.

Señaló el instrumento que descansaba sobre un banco detrás de él y los ojos de Lyra se iluminaron. A ella le encantaba la música y también tocaba ese instrumento.

—¡Tocas el violín! ¡Yo también!

—Seguro que lo tocas mejor que yo, porque tan solo recuerdo una melodía —repuso pesaroso—. No sé si aprendí más y también las he olvidado, o si realmente mi repertorio se reduce a una sola canción.

—Qué bien que trajiste el violín contigo —comentó Lyra arrastrando a Almer hacia el banco donde descansaba el instrumento—. ¿Puedes tocar algo?

Akara y Malco se miraron e intercambiaron una sonrisa. Al menos ahora Lyra estaría demasiado ocupada para pensar en su encierro.

—¿Qué crees que nos harán? —le preguntó Akara al tiempo que una suave melodía comenzaba a sonar de fondo.

—No lo sé. Supongo que todo dependerá del conde, de si nos considera unos intrusos y una amenaza para el mundo que ha creado aquí o no.

—¡Malco, Akara! —los llamó Lyra excitada—, ¡venid a ver esto!

La melodía se interrumpió y Malco gruñó para sus adentros. Lo que menos tenía en ese momento eran ganas de escuchar un concierto privado de violín.

—Lyra... —comenzó a protestar, pero se interrumpió al ver que Akara ya se dirigía hacia ellos. Suspiró resignado y la siguió.

—Vuelve a tocar, Almer —le pidió Lyra.

—Bueno, ya os dije que es la única melodía que me sé —comentó en tono de excusa.

La música sonó de nuevo, suavemente.

—¡Mirad! —les pidió Lyra mostrando un entusiasmo que a Malco se le antojó exagerado, aunque reconoció parte de las cuatro estaciones de Vivaldi en una buena interpretación—. ¿No os dais cuenta? —insistió ella.

—¿Qué? —preguntó Malco volviendo su mirada hacia Akara.

Al menos ella se veía tan perdida como él. Miró de nuevo a su hermana. Lyra puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza con impaciencia.

—Mirad el violín. ¿No notáis nada raro?

Almer detuvo el arco sobre las cuerdas y miró a Lyra mientras arqueaba una ceja a modo de interrogación. Malco fijó la vista en el violín que Almer sostenía contra su hombro derecho, y algo despertó su atención. Él también había recibido de niño clases de violín, así que adoptó la postura como si fuera a tocarlo. En ese momento comprendió. Almer se encontraba justo frente a él, sosteniendo el instrumento como si fuera... ¡un reflejo!

Akara abrió mucho los ojos. Había llegado a la misma conclusión al verlos uno frente al otro.

—¿No podría ser zurdo? —inquirió ella dudosa.

Lyra negó con la cabeza.

—Ya lo he comprobado.

—Por eso no tiene recuerdos —comentó Malco.

Almer bajó el violín y dirigió su mirada con nerviosismo hacia cada uno de los presentes.

—¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó algo desconcertado.

—¿Quién se lo cuenta? —inquirió Akara al mismo tiempo que sus ojos se dirigían hacia Malco.

Él percibió también la mirada que le dirigía su hermana y, dando un suspiro, coligió que le tocaba encargarse de darle la noticia a Almer.

Le explicó la situación lo mejor que pudo.

—Así que la melodía que estaba tocando debió de abrir en aquel momento una puerta a esta dimensión y aparecí aquí —concluyó Almer—, ¿no es así?

Malco asintió.

—Así es. ¿Había algún espejo en el lugar donde apareciste?

Almer sonrió divertido.

—Sí, y no te imaginas el revuelo que se armó. De pronto me encontré tocando el violín mientras me contemplaba en el enorme espejo de una estancia de la catedral de Notre Dame.

—Pues sí que debiste sorprender a la gente —le dijo Lyra con una sonrisa bailando también en sus labios.

Los dos se quedaron mirando. Malco frunció el ceño preocupado, luego suspiró. Esperaba que su hermana fuese sensata y no olvidase que aquel chico, que ahora se encontraba ante ellos en carne y hueso, no era más que el reflejo en el espejo de otro chico, mucho más real, que habitaba en otra dimensión, y que no tenía ni idea de que ella existía.

—Bueno —dijo interrumpiendo aquella mirada—, al menos sabemos que hay una puerta de salida de esta dimensión en Notre Dame, y que tú conoces la melodía que sirve de llave para abrirla.

—¿Y no podríamos escapar? —preguntó Akara.

—¿Sin hablar con el conde? —quiso aclarar él.

Akara asintió. Sus ojos grisáceos mostraban un velo de inquietud.

—Podrías manipular la cerradura y sacarnos de aquí —comentó—. No sé, tengo un mal presentimiento sobre lo de quedarnos.

—Pero hemos venido hasta aquí para averiguar lo que está sucediendo —se quejó Lyra—. No podemos marcharnos ahora.

—¿Y si luego nos resulta imposible marcharnos? —preguntó Akara visiblemente nerviosa—. Ahora podríamos...

La interrumpió el eco de unos pasos resonando en el corredor.

VIII

La luz de la antorcha iluminó el rostro de Armand. El hombre que lo acompañaba se adelantó y abrió la celda.

—Seréis huéspedes del conde; pero antes tendréis que vestiros adecuadamente. Os hemos preparado algunas ropas...

—No pienso ponerme nada que pertenezca a este lugar —dijo con firmeza Akara—, y mucho menos ropas de mujer.

Armand le sonrió.

—La verdad es que tú te ves bien incluso vestida así —la lisonjeó.

A Malco le molestó bastante el frívolo comentario, pero se calmó al ver que Akara no sonría.

—No hace falta que nos deis trajes nuevos —le espetó con sequedad—, podemos usar nuestras propias ropas.

—¿Vuestras ropas? —preguntó Armand con curiosidad. Lyra le mostró un pequeño saco en el que habían colocado sus pertenencias antes de abandonar la sastrería—. Ya veo. Bien, entonces, acompañadme.

—Él viene con nosotros —dijo Malco señalando a Almer.

No estaba dispuesto a dejar atrás la única posibilidad que tenían de escapar de aquella dimensión. Armand alzó una ceja interrogante.

—¿Por qué? —preguntó con recelo.

—Porque es uno de nosotros.

—No creo que...

—Si no viene él —intervino Lyra desafiante—, nosotros tampoco iremos.

Conociendo la testarudez de su hermana, Malco sabía que no se irían de allí sin Almer. Armand los miró con desconfianza, pero al final cedió.

—Muy bien. Seguidme.

Salieron de la celda y atravesaron el estrecho pasaje que conducía a la puerta de salida. Recorrieron de nuevo pasillos y escaleras hasta llegar a un ala en la que había dispuestas varias habitaciones a ambos lados del corredor. Armand se detuvo y abrió una de las puertas.

—Aquí pueden quedarse las damas. Los caballeros se alojarán en el dormitorio de enfrente —explicó. Luego tomó la mano de Akara y la besó antes de hacerla entrar en el cuarto seguida de Lyra. Armand cerró la puerta y se volvió hacia Almer y Malco menos sonriente—. Vosotros por aquí.

La habitación que les mostró, amplia y espaciosa, estaba decorada al gusto francés. Tenía grandes ventanales por los que entraba la luz a raudales. Desde ellos podían contemplarse los jardines de palacio.

—¿Cuándo nos recibirá el conde? —quiso saber Malco.

—Cuando tenga ocasión —le respondió con frialdad el muchacho ahora que ya no necesitaba mostrarse encantador—. Mientras tanto podréis disfrutar del palacio y de sus jardines.

—¿Como prisioneros? —preguntó con ironía.

Armand le devolvió una mirada arrogante.

—Como invitados —le espetó con dureza, luego esbozó una media sonrisa desdeñosa mientras añadía—, eso sí, os recomiendo que no salgáis de los límites del palacio, especialmente cuando hayan sonado las campanas. No quisiera tener que trataros de forma distinta.

Realizó una leve inclinación de cabeza y cerró la puerta tras de sí.

—Bueno, Almer —dijo Malco con un matiz burlón—, ahora tendrás más tiempo para aprender a tocar el violín.

Almer lo miró sin comprender. Malco meneó la cabeza. Sabía que su sentido del humor no era especialmente bueno, pero aquel muchacho, siendo solo un reflejo, carecía por completo de él. Resultaría interesante convivir con alguien así. Se preguntó si también su propio reflejo andaría perdido por los suburbios de aquel falso París, sin recuerdos propios, sin saber qué hacía allí.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones. Abrió y dejó pasar a Lyra y Akara que entraron en la habitación.

—Bueno —dijo su hermana echando un vistazo a la habitación—, es parecida a la nuestra solo que menos...

Hizo un gesto con las manos intentando encontrar la palabra adecuada.

—Cursi —completó Akara—, recargada, anticuada...

—Eso mismo.

Lyra sonrió e hizo una reverencia burlona que Akara respondió con gracia, como si de dos marquesas o duquesas se tratase, aunque volvían a llevar vaqueros y camiseta, y el pelo les caía suelto por los hombros.

Almer miraba fijamente a Lyra, casi como si la viese por primera vez.

—¿Almer? —lo llamó Malco.

—Estás... muy bien —comentó este con un titubeo sin apartar la vista de Lyra. Ella le devolvió una sonrisa y él se apresuró a añadir—; quiero decir estáis, las dos, eso.

Otro dato más. Los reflejos no solo no tenían sentido del humor, sino que no sabían ligar. Malco movió la cabeza con pesar. Ya resultaba bastante duro que a él no se le diera bien en la vida real, dada su tendencia a la introversión y a que andaba en busca de la chica adecuada; pero pensar que ni siquiera otra parte de sí mismo, aunque solo fuera su reflejo, no tenía grandes oportunidades en otra dimensión, era para deprimirse. De pronto sintió una mano cálida posarse sobre su brazo.

—¿Te encuentras bien?

Él se volvió hacia Akara. Encontró fascinantes aquellos ojos grises que ahora lo contemplaban con preocupación. Bueno, a lo mejor, después de todo, sí que tenía una oportunidad.

—Sí, gracias —le respondió con una sonrisa—. Bueno, me cambio y vamos a dar una vuelta, ¿os parece?

—Toma, Malco —le dijo Lyra lanzándole el saco de ropa—. He vuelto a poner dentro los trajes que nos dio el sastre por si volvemos a necesitarlos.

Él asintió con la cabeza. Sacó sus cosas y se puso detrás del biombo que había en la habitación mientras escuchaba a Almer hablar emocionado porque vestían como él, lo que significaba que debían de provenir del mismo lugar, cosa que podría ser cierta o no. En algún momento tendría que explicarle que tanto los chicos como las chicas en la actualidad vestían más o menos igual en todas partes del mundo, escuchaban más o menos la misma música y hacían las mismas cosas. En ese sentido, el descubrimiento de este París del siglo XVIII resultaba una experiencia absolutamente nueva.

Dejó la ropa de campesino sobre uno de los divanes que había en la habitación y se dirigió hacia la puerta mientras les daba explicaciones.

—Armand ha dicho que podemos vagar por el palacio y por los jardines, pero no ir más allá, así que aprovecharemos para conocer bien este museo, sus salidas y entradas, y ver qué posibilidades tenemos de escapar.

—No os hará falta escapar —les aseguró Armand, con quien se encontraron de frente nada más abrir la puerta. Malco maldijo para sus adentros por no tener cuidado. Armand continuó—, el conde os dejará marchar cuando sea el momento. Y ahora, si me permitís, os haré de guía.

Salieron todos al pasillo. Armand se acercó a Akara y le ofreció el brazo, según la costumbre de épocas pasadas. Ella sonrió y negó con la cabeza, pero se puso a su lado y caminaron juntos. Sin saber muy bien por qué, Malco se sintió molesto. ¿Por qué las mujeres tenían que ser tan románticas? Ciertamente París era un lugar romántico, y un joven francés galante, aún más. Escuchó la risa musical de Akara y rechinó los dientes. No se consideraba un romántico, sino más bien una persona práctica, pero no por eso menos capaz de sentir algo especial por alguien. Metió las manos en los bolsillos y avanzó hasta colocarse junto a ellos. Lyra y Almer caminaban detrás.

Descendieron unas escaleras y llegaron al piso principal. Armand abrió una de las puertas del pasillo central y los hizo entrar.

—Esta habitación es conocida como *la salle des Machines*.

Contemplaron asombrados el fabuloso teatro que se extendía ante sus ojos. El techo y las paredes se encontraban revestidos de madera. Enormes lámparas de cristal colgaban del techo. Filas de asientos forrados de rojo terciopelo se disponían frente al escenario, y había palcos destinados sin duda a los más ilustres de la aristocracia.

—Es un teatro muy hermoso —le dijo Akara—, ¿por qué lo llamáis la sala de las máquinas?

—Además de obras de teatro, aquí se representan obras de ballet y ópera, muchas de ellas con efectos especiales —explicó él—. El teatro contiene la complicada maquinaria necesaria para la producción de estas obras, por eso se le conoce con ese nombre.

Salieron de la sala y continuaron adelante girando hacia otra galería. Armand les mostró el inmenso salón de baile, algunas salas de recibimiento y la biblioteca, que contenía volúmenes de distintas épocas, anteriores al siglo XVIII e incluso algunas de la actualidad, cosa que los sorprendió.

Siguieron avanzando mientras contemplaban las pinturas que adornaban las paredes de los pasillos, y las sillas y mesas de estilo Luis XIV. Al girar hacia otra de las galerías, se detuvieron asombrados. Se hallaban en un largo corredor. El lado derecho estaba cubierto por grandes ventanales por los que entraba la luz del sol; el lado izquierdo lo formaban una serie de inmensos

espejos.

—Esta es la galería de los espejos —explicó Armand—. No se encuentra en el plano original del palacio de las Tullerías del verdadero París, sino en el palacio de Versalles; pero al conde le gustó y quiso construir una igual en este lugar.

—¿Entonces tú sabes la verdad sobre esta ciudad? —le preguntó Malco.

—¿Qué no se trata verdaderamente de París y que la época en la que vivimos hace muchos siglos que acabó? —lo interpeló con una sonrisa desdeñosa, luego añadió con orgullo—, soy el capitán de los centinelas de la noche...

Aquella actitud de superioridad fastidió a Malco. Lyra se acercó a él como si fuera a tratar de calmarlo, pero en cambio le susurró al oído.

—¿Crees que son puertas?

Él miró atentamente los espejos. Se acercó a uno, sorprendido de encontrar su propia imagen reflejada en él, y colocó la mano sobre la superficie fría. Aplicó sus conocimientos de alquimia y supo que en aquellos espejos se había producido una alteración de las moléculas. Se volvió hacia su hermana y asintió con la cabeza.

Allí tenían varias posibilidades para escapar, pero ¿a dónde conduciría cada una de aquellas puertas?

IX

Armand los invitó a seguir adelante. Finalmente se detuvo ante una doble puerta de madera de roble. Llamó y esperó una respuesta. Del interior les llegó claramente el sonido de una voz profunda.

—¡Adelante!

Abrió la puerta y les indicó que entrasen. Malco creyó que entraría en una sala de recibimiento, pero se trataba más bien de un despacho de trabajo. Los muebles eran cómodos y modernos, y él se preguntó cómo habrían llegado hasta allí.

Detrás del amplio escritorio, sobre una silla negra de piel, se hallaba sentado un hombre joven, de unos treinta y cinco o cuarenta años, vestido con levita y peluca blanca. Tenía los ojos castaños y una nariz afilada.

Cuando entraron no levantó la vista de los papeles en los que se hallaba concentrado, así que aprovecharon para echar un vistazo alrededor. Aquel lugar contrastaba enormemente con la grandiosidad del estilo que habían visto hasta ese momento. Había un armario con estantes llenos de carpetas y libros modernos, y, junto a él, un archivero. La alfombra y las cortinas tenían vivos colores. En un rincón, junto a un mueble bar, habían colocado unos sillones alrededor de una pequeña mesa redonda.

—Señor, los hechiceros.

Malco se giró hacia Armand sorprendido por aquella presentación. De modo que sabían quiénes eran ellos.

—Sí, gracias, Armand. Puedes marcharte.

Armand salió y cerró la puerta tras de sí. El conde alzó la cabeza y se reclinó en la silla mientras pasaba la mirada de uno a otro. Después de un rato de silencio Malco se cansó.

—Usted nos ha traído hasta aquí —afirmó.

El hombre sonrió.

—Sí, y veo que no me he equivocado al hacerlo. Pero, permitidme presentarme —dijo levantándose y rodeando el escritorio para acercarse a ellos—. Soy el conde de Saint Germain, a vuestro servicio —se presentó efectuando una elegante reverencia.

—Yo soy Malco —respondió él, luego señaló a los demás—, mi hermana Lyra, Akara y Almer.

—Unas damas muy hermosas —comentó el conde con apreciación. Se acercó a Lyra y Akara, e inclinándose, tomó sus manos y las besó.

Malco se cansó de tanta galantería.

—¿Por qué robó mi reflejo? —le preguntó directamente.

—Robar, mi querido muchacho, es un término muy poco agradable. Digamos, mejor, que lo tomé prestado —lo corrigió. Con un gesto los invitó a acomodarse en los sillones—. ¿Algo de beber?

—Supongo que no tendrá coca cola... —insinuó Malco con una sonrisa.

—Ah, un gran invento esa bebida —convino él.

Abrió el mueble bar y ante los ojos asombrados de todos aparecieron botellas con todo tipo de bebidas y licores, y, cómo no, algunas eran del mejor champán francés de 1700.

Malco no pudo dejar de mirar con curiosidad a aquel hombre de porte elegante y noble, con sus calzas de ante marrón, su levita verde y su peluca del siglo XVIII. ¿Realmente había vivido tanto tiempo, desde antes de la revolución francesa hasta la era de los ordenadores, los móviles y la coca cola? Casi trescientos años. Una fuente de conocimientos antiguos y modernos, de vivencias históricas importantes, y todo ¿para qué? ¿De qué podía servirle todo aquello en ese paraíso atemporal en el que vivía? Allí no había cambios de estaciones, ni noche ni día. Un mundo estático en el que nada cambiaba ni las personas envejecían. Malco pensó que él no cambiaría su caótico mundo de estudiante de alquimia por una vida así. Prefería las emociones y sorpresas, buenas o malas, que podía depararle cada nuevo día; el crecer y madurar con las experiencias de la vida; el saber que era posible cambiar cuando se habían cometido errores y que siempre había algo nuevo que aprender.

La voz de su hermana interrumpió sus pensamientos.

—¿Por qué vive aquí? —le preguntó al conde abriendo los brazos y señalando a su alrededor—. ¿Por qué se retiró a esta dimensión sin tiempo?

—Una excelente pregunta, jovencita —reconoció él y alzó su copa hacia Lyra a modo de brindis—. Me ayudará también a responder a las dudas de tu hermano.

—¿Cuánto tiempo hace que descubrió la puerta a esta realidad? —añadió Malco a las preguntas de su hermana.

El conde se sentó en un sillón y cruzó las piernas poniéndose cómodo mientras saboreaba su champán.

—Tiempo... Una palabra de la que ya casi no recuerdo su significado —comentó con la mirada perdida en el líquido pajizo—. Para los que vivís inmersos en él, a veces os resulta agobiante; siempre os falta tiempo para hacer cosas, siempre necesitáis más, y sin embargo, a veces los hombres no aprovechan bien el tiempo del que disponen.

—Y usted encontró una manera de aprovecharlo —afirmó Malco.

El conde lo miró y esbozó una sonrisa.

—Siendo un alquimista como yo, tú deberías comprenderlo.

—Usted nos buscó y nos trajo a propósito —lo acusó—, sabía que vendríamos.

Él negó con la cabeza.

—En realidad, no estaba seguro de si lo haríais. Los jóvenes de hoy a veces prefieren no dar respuesta a su curiosidad si eso les implica demasiado esfuerzo. Desde luego, no esperaba que vinieses acompañado, pero me alegro. Una bella mujer es siempre un regalo para la vista, no digamos ya dos mujeres hermosas.

Malco echó un vistazo a Akara y a Lyra. Las dos tenían una media sonrisa en su rostro. Parecía que no les desagradaba aquel galanteo pomposo y aquellos modales refinados. Suspiró un tanto desanimado. Esperaba que las palabras del carismático conde no hiciesen olvidar a su hermana y a Akara por qué se encontraban allí.

—Entonces, ¿para qué nos trajo? —volvió a preguntar él.

El conde meneó la cabeza.

—Un joven práctico, por lo que veo. Bien, eso es bueno —admitió mientras dejaba la copa sobre la mesilla y cruzaba las manos sobre su regazo arrellanándose en el sillón—; es una larga historia. Será mejor que empecemos por el principio.

—¿Realmente vivió usted en el siglo XVIII, en nuestro siglo XVIII? —lo interrogó Lyra.

—Así es. Para ser más exactos, nací a finales del siglo XVII en un lugar cerca de los montes Cárpatos. Mis padres pertenecían a la realeza y recibí una educación acorde con mi rango. Aprendí otras lenguas y recibí conocimientos de música, convirtiéndome en compositor y —añadió desviando su mirada hacia el instrumento que Almer sostenía en sus manos— me volví un virtuoso del violín. Me dediqué a viajar por el mundo y fui recibido en muchas de las cortes europeas. Asistía a los eventos más selectos de la aristocracia y fui consejero de reyes, especialmente en la corte francesa.

El conde quedó complacido al ver que los cuatro muchachos lo observaban asombrados. En sus ojos percibía el brillo de la admiración. Luego prosiguió.

—Uno de mis viajes fue al Tíbet, donde pasé algunas temporadas aprendiendo los secretos de la alquimia. Y fueron precisamente estos conocimientos, combinados con mi habilidad para la música, los que me llevaron a descubrir, cuando contaba treinta y cinco años, la puerta a esta dimensión. Tardé bastante en comprender qué era, pero al final vi con claridad que había hecho el descubrimiento más grande de la historia.

—No se trataba solo de una dimensión atemporal, ¿verdad? —señaló Malco—. Se cree que el universo es tridimensional, y usted había descubierto un espacio vacío de conexión entre las diversas dimensiones temporales.

El conde asintió complacido.

—Exacto. Podía pasar de una dimensión a otra, de una época a otra sin que afectase a mi propio cuerpo o a mi edad. Eso me permitió adquirir conocimientos sobre acontecimientos del futuro que quise compartir con reyes y gobernantes para evitar guerras y desastres históricos, como la Revolución francesa, pero no me escucharon.

Meneó la cabeza con tristeza.

—Por eso —intervino Akara—, decidió recrear aquí su propio París.

—Así fue. Creé un lugar para la paz y la tranquilidad, porque ya conocía todos los errores que la humanidad había cometido y cometería a lo largo de su historia.

—Y llenó la ciudad —dijo Lyra— con los reflejos de personas que pertenecen a otras dimensiones, porque no tienen recuerdos. Sus únicos recuerdos serían los de esta vida y esta dimensión. Pero ¿cómo consigue que una imagen se transforme en una persona viva?

—Es una de las potencialidades de este espacio atemporal, junto con un poco de ayuda de la alquimia perfeccionada por siglos de conocimientos.

—Todo esto me parece bien —comentó Malco—, pero aún no nos ha explicado por qué nos ha traído hasta aquí.

El conde se levantó y se dirigió hacia una puerta que había al fondo de la habitación.

—Venid. Quiero mostraros algo.

Se levantaron y lo siguieron. La puerta que atravesaron daba a una galería por cuyas ventanas entraba el sol. Resultaba difícil saber cuánto tiempo había transcurrido desde que habían salido de la celda, pues el sol se mantenía siempre en el mismo lugar.

Akara caminaba al lado de Malco.

—¿Para qué crees que nos ha hecho venir? —le susurró.

—No lo sé. El conde posee conocimientos de todas las épocas, ha hecho realidad el mito de la fuente de la eterna juventud y ha creado un mundo perfecto —comentó sacudiendo la cabeza pensativo—. No comprendo qué puede desear un hombre que, aparentemente, lo tiene todo.

X

Cuando llegaron al fondo de la galería, el conde giró hacia la izquierda y se detuvo. Se hallaban en otro pasillo amplio que terminaba en un gran ventanal con salida a un balcón.

—Estas son mis estancias privadas —les explicó—. Aquí podéis contemplar mi colección de arte.

De las paredes de la galería colgaban cuadros de todos los tamaños pintados en estilos muy diversos. Tenían la sensación de haber entrado en una verdadera pinacoteca.

—¡No puede ser! —exclamó Akara sorprendida contemplando uno de los cuadros. Miró al conde y vio que este sonreía—. Este cuadro...

Los demás se acercaron a mirar. El lienzo mostraba un pequeño barco en medio del mar agitado por la fuerza de las olas y varios hombres dentro de él. Aparecía muy marcado el uso de la técnica del claroscuro.

—Se trata de *La tempestad en el mar de Galilea* de Rembrandt —confirmó el conde a la pregunta implícita de Akara.

—Pero ese cuadro fue ro...

—Extraído —la interrumpió el conde antes de que dijese la palabra— del museo Gardner de Boston.

—¿Tiene también los demás? —quiso saber Akara.

—¿A qué te refieres con los demás? —preguntó Lyra.

Malco tampoco sabía de qué hablaban. Akara les explicó a qué se referían.

—El dieciocho de marzo de 1990 robaron del museo Gardner de Boston trece obras de arte. Fue considerado como el robo del siglo y como un gran misterio sin resolver. Dos supuestos policías entraron en el museo. Sin usar la fuerza, maniataron a los guardias de seguridad, escogieron trece entre las

obras más importantes y se las llevaron sin dejar rastro. Nunca se encontraron las pinturas y no fueron vendidas en el mercado negro. Simplemente desaparecieron.

—No desaparecieron —la contradijo el conde señalando las paredes del pasillo—, vinieron a parar a mi colección privada. Pensé que aquí estarían más cuidadas y serían más apreciadas. ¿Qué mejor lugar que este para un Vermeer, un Rembrandt o un Manet?

—¿Fue usted quien los robó? —preguntó Lyra abriendo mucho los ojos.

El conde hizo un gesto desechando las implicaciones de la pregunta.

—Digamos que los tomé prestados, y no, no fui yo personalmente quien los cogió, sino algunos de mis colaboradores personales.

—¿Pueden los reflejos transformarse en personas normales en el mundo real? —quiso saber Almer interviniendo por primera vez.

El conde sacudió la cabeza.

—No puede haber dos personas iguales ocupando el mismo espacio temporal. Los reflejos desaparecen. Una vez que atraviesan la puerta vuelven a ser solo eso, reflejos de imágenes.

Lyra dirigió a Almer una mirada de tristeza. Malco se preguntó si Almer tendría ese mismo sentimiento; si había en él esa capacidad de sentir, de experimentar, de gozar como cualquier otro ser humano real.

—Entonces, ¿quién le ayudó? —inquirió Akara— ¿Hay aquí otras personas del mundo real?

Akara cruzó su mirada con la de Malco y este comprendió su preocupación, que el conde los hubiese hecho traer para colaborar con él en algún asunto poco claro.

—Esta historia probablemente no la conozcáis, pues sucedió en una época muy remota —comenzó el conde a modo de respuesta—. En 1872 hice un nuevo viaje al mundo real; solía hacerlos para adquirir cosas nuevas y actualizar mis conocimientos. En esa ocasión, la puerta que se abrió hacia una dimensión temporal me colocó en el camarote de un barco, un bergantín goleta, el *Mary Celeste*, que navegaba por el océano Atlántico.

—¡Claro! —exclamó Malco sorprendido—, ¡de eso me sonaba el nombre del barco que vi en el Sena!

El conde sonrió.

—Sí, tuve que prometerle al capitán Briggs otro barco igual.

—No comprendo —interrumpió Lyra—, ¿qué fue lo que pasó?

—En realidad fue muy sencillo —respondió el conde—. El capitán viajaba junto con su esposa y su hija Sofia, de dos años, y una tripulación de siete hombres. Les ofrecí la eterna juventud, riquezas y una vida tranquila, y abandonaron el barco dejándolo a la deriva en el océano. Para el mundo siempre quedará como un misterio lo que fue de aquella tripulación desaparecida; para mí han resultado valiosos colaboradores. Con algunos conocimientos de hipnosis y alquimia...

Se encogió de hombros.

—Le han ayudado a la obtención de obras de arte —concluyó Akara por él— y de otras cosas, supongo.

—De usted se dicen muchas cosas en nuestro mundo —le dijo Malco al conde—, y se han creado muchas leyendas en torno a su persona. Entre ellas la de que usted prefería pagar sus deudas con diamantes, en lugar de con dinero. ¿Quizás sus colaboradores tuvieron algo que ver con otro de los misterios sin resolver de nuestra historia, el robo del centro de diamantes de Amberes en febrero de 2003? —insinuó con sarcasmo.

El conde se echó a reír y el sonido de sus carcajadas reverberó en el pasillo.

—En esa sustracción sí tuve que participar yo directamente, ¿qué podían saber unos simples marineros de diamantes? —comentó. Avanzó por la galería y lo siguieron—. Debo reconocer que se trataba de un lugar muy protegido y con mucha seguridad. El hombre al que contraté era un escéptico respecto a la posibilidad de que pudiéramos entrar y superar los detectores de calor infrarrojos, el radar *doppler*, el campo magnético y el resto de los sistemas de seguridad. Sin embargo, para un hombre como yo, cuyos conocimientos van más allá de los siglos de historia que han transcurrido, aquello no resultaba imposible. Y lo hicimos.

—¿Por qué? —quiso saber Malco. Aunque le resultaba fascinante la narración del conde, no terminaba de aceptar lo que había hecho. Le parecía que aquel hombre podía ser capaz de cualquier cosa con tal de conseguir sus objetivos—. ¿Por qué robar los diamantes, los cuadros y todo lo demás que haya podido coger?

—Para ofrecer una vida mejor a mi gente —dijo simplemente—, a mi pueblo.

Llegaron al fondo de la galería. El conde abrió el ventanal y salió al balcón. Malco sintió el aire fresco en la cara y respiró profundamente.

—¿Repartió los diamantes entre la gente? —preguntó Akara con escepticismo.

Saint Germain giró la cabeza y los miró con seriedad, luego volvió su mirada sobre París. Desde el balcón podía contemplarse toda la ciudad, el Louvre, el Sena, las torres de Notre Dame. Echaba de menos la torre Eiffel, pero el conde había sido fiel al París del siglo XVIII, y esa torre había sido construida entre 1887 y 1889.

—He vivido mucho y he visto muchas cosas —declaró—, las suficientes para saber que la guerra y las revoluciones no traen beneficios a los pueblos, sino miseria y odio. Aprendí de lo que vi, y no quise que se repitiese en esta nueva ciudad que creé.

—Por eso no hay clases sociales —concluyó Lyra—, para que no sucediese lo que en la Revolución francesa.

—Así es —confirmó él—. Aquí todos los hombres son iguales, tienen el mismo estatus social. No son más por tener un título o no tenerlo, la aristocracia no tiene privilegios. Vivimos una gran hermandad en la que todos poseen los mismos derechos y obligaciones; todos trabajan y reciben la misma compensación económica. Existen las mismas posibilidades de formación para todas las personas, tanto en el campo intelectual como en el cultivo de las artes.

—Un mundo perfecto —comentó Malco—, y utópico —añadió.

El conde esbozó una sonrisa triste.

—Las cosas han funcionado bien y todo ha seguido el curso que tracé desde que pensé en crear este mundo. Sin embargo, no tomé en cuenta un factor: la libertad humana. La capacidad que tiene el ser humano de elegir, de decidir por sí mismo, de rechazar lo que no le gusta o cree que se le ha impuesto. Tampoco consideré otra cosa, que el hombre necesita tener un sentido en su vida.

—A nadie le gusta la rutina —convino Lyra—, ver pasar la monotonía de los días sin que haya nada nuevo, retos, oportunidades, nuevas experiencias. Aquí no existe nada de eso.

El conde asintió.

—Y no solo eso. Además, aquí no existe el tiempo, no pasan los días y las noches, sino que todo es un continuo, como una rueda que no tiene fin. La gente puede proponerse retos como adquirir nuevos conocimientos en arte, en música, en todo lo que les ofrecemos, pero...

Malco comprendió a dónde quería llegar el conde.

—Pero esta gente no envejece, permanece siempre igual, con lo que llega un momento en que alcanzan todos los conocimientos y ya no tienen nada más por delante sino la misma vida de siempre —concluyó.

Saint Germain lo miró fijamente y asintió.

—Veo que comprendes la situación. La gente ha comenzado a inquietarse, a sentirse insatisfecha. El descontento del pueblo motivó en parte, junto con otros factores, la Revolución francesa. No quiero otra revolución en París.

—¿Por qué nos ha traído aquí? —volvió a preguntarle, consciente de que ahora podría entender la respuesta.

—Porque necesitaba a alguien con conocimientos de magia que pudiera conseguirme el conjuro que preciso para que exista el tiempo en esta dimensión.

—¿Quiere decir —preguntó Akara sorprendida— que quiere que haya día y noche, que pasen las estaciones y que la gente envejezca?

El conde asintió.

—Sí. Así se acabará la insatisfacción en la gente, porque tendrán un tiempo limitado para aprender, para gozar de las cosas que les ofrece la vida; porque podrán atesorar recuerdos y hacer nuevas amistades, ya que las personas cambiarán.

—¿Significa eso que ahora las personas no cambian? —preguntó Almer.

—Exactamente. Cuando un niño nace, se queda para siempre como un bebé. La población no se renueva, por eso no hay ideas nuevas y nadie puede aprender de otros, porque todos tienen las mismas experiencias.

XI

—Este mundo me parece tremendamente aburrido.

El conde sonrió ante la espontaneidad de Lyra.

—Pero eso lo vais a cambiar vosotros —comentó con vivacidad—, para eso os traje hasta aquí.

—¿Y qué sucederá si no queremos participar en esto? —preguntó Malco frunciendo el ceño.

El conde se volvió hacia París y abarcó con el brazo extendido toda la ciudad.

—Dispondréis de mucho tiempo para conocer París y habituaros a vivir aquí.

—Lo que significa —repuso Lyra enfadada— que no nos dejará salir de este lugar.

El conde se encogió de hombros con indiferencia.

—Digamos que seríais mis huéspedes permanentes.

—Ha dicho que tenemos que conseguir un conjuro del tiempo —le dijo Malco. De repente se levantó una brisa fresca y un escalofrío le recorrió la espalda. Aquello le pareció un mal presagio, de todos modos continuó preguntando—, ¿quién lo tiene? o ¿dónde podemos conseguirlo?

—En 1533, Nicolás Flamel, un gran alquimista, se hizo con un grimorio, un libro de conocimientos mágicos escrito en forma cabalística —explicó el conde—. Dicen que tardó casi veintiún años en descifrarlo, pero al final lo logró; sin embargo, no pudo hacer uso de todos los conjuros que contenía. A la muerte de Flamel, el grimorio pasó a otras manos y viajó desde Francia por toda Europa hasta que desapareció.

—Si desapareció, ¿cómo pretende que lo encontremos? —inquirió Akara.

—Su rastro se perdió en el siglo XVIII, pero sí sé dónde se encontraba en 1645, en el condado de Essex, en Inglaterra. Tendréis que viajar allí y buscar a una mujer llamada Arienne. Ella posee el grimorio.

El conde abandonó el balcón y los invitó con un gesto a entrar de nuevo en la galería. Recorrieron en silencio el pasillo hasta llegar al despacho mientras le daban vueltas a lo que supondría hacer ese viaje en el tiempo.

—¿Por qué esa fecha y ese lugar? —quiso saber Lyra—. ¿Por qué no ir directamente con Nicolás Flamel?

—Porque él no puso por escrito lo que había descifrado de los conjuros. Tal vez Arienne logró penetrar el sentido de los mismos y os podrá explicar cómo realizar el conjuro relativo al tiempo —respondió Saint Germain, luego dirigió la mirada hacia la pared donde colgaba un pequeño reloj—. Se ha hecho tarde, podremos seguir hablando de los detalles de vuestro viaje durante la cena. Armand os mostrará el camino al comedor.

Como si lo hubiese conjurado, la puerta del despacho se abrió y apareció Armand.

—Acompañadme, por favor —les dijo.

Ellos lo siguieron dejando al conde sentado detrás de su escritorio. Cuando la puerta se cerró, Malco sintió como si le quitasen un peso de encima. Le pareció haber estado inmerso en una historia fantástica, de esas que solo ocurrían en las novelas, y sin embargo, podía mirar a su alrededor, las salas, la decoración de las galerías, y todo seguía siendo real.

Miró a los demás. Almer observaba todas las cosas con curiosidad; al no tener recuerdos, todo resultaba nuevo para él. Lyra caminaba pensativa, con el ceño fruncido. Reconocía bien esa expresión, trataba de recordar alguna cosa. Akara, en cambio, charlaba con Armand. Verla sonreír así le produjo una sensación desagradable en el pecho. Intentó sacudírsela de encima, pero no pudo, así que metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros. Ya pasaría.

Cuando llegaron a un recibidor en el que había varias puertas y unas escaleras que daban acceso al piso superior, vio cómo Armand le susurraba algo al oído a Akara y luego se marchaba por una de las galerías laterales.

—Malco —lo llamó ella—, la cena será aquí.

Akara señaló la puerta que quedaba a su izquierda. La abrieron y entraron a una sala amplia. En el centro, sobre una hermosa alfombra, había una larga mesa de madera rodeada por doce sillas revestidas de seda y terciopelo.

Sobre la pared del fondo colgaba un tapiz que representaba una merienda campestre, y en cada esquina de la habitación había un biombo.

—¿Os habéis fijado que no hay espejos en ninguna de las habitaciones y pasillos por los que hemos pasado excepto en aquella galería que visitamos? —señaló Almer.

Malco sonrió ante la observación del muchacho; para ser un simple reflejo, resultaba bastante perspicaz.

—Supongo que será para evitar que aparezcan sujetos indeseados en lugares indebidos —repuso Akara.

—Bueno, ¿qué pensáis de todo lo que ha dicho el conde y de lo que nos ha pedido? —les preguntó Malco.

—La verdad es que no tenemos muchas opciones, ¿no? —dijo Lyra—. O hacemos lo que nos pide, o nos quedamos aquí eternamente, a menos que lográsemos escapar.

—Si pudiésemos llegar a Notre Dame, creo que podría abrir de nuevo la puerta a la dimensión de la que vine —dijo Almer.

Malco negó con la cabeza.

—No creo que llegemos ni siquiera a los jardines si el conde no quiere, y menos en la situación en la que nos encontramos —le dijo—. Como dice Lyra, no tenemos muchas opciones.

—Entonces, tendremos que ir en busca de esa mujer —concluyó Akara.

Malco asintió y miró a los demás para ver si estaban de acuerdo. Su hermana seguía pensativa.

—¿Qué sucede, Lyra?

Ella lo miró y sacudió la cabeza.

—Nada concreto, es solo que la fecha de la época a la que tenemos que viajar me suena mucho, pero no recuerdo dónde la he escuchado. Ya me vendrá —repuso encogiéndose de hombros.

La puerta se abrió en ese momento y apareció Saint Germain seguido de Armand. El conde se había cambiado de ropa para la cena, tal como era costumbre en el siglo XVIII. Llevaba una casaca en tafetán de seda de color azul con bordados de oro sobre una camisa blanca con volantes, y unos pantalones negros que se ajustaban por debajo de la rodilla. Medias blancas y zapatos de tacón con hebilla dorada.

—Perfecto —dijo al verlos allí reunidos—, podemos comenzar con la cena.

Se dirigió hacia la cabecera e hizo que Akara se sentase a su derecha y Lyra

a su izquierda. Almer se colocó junto a Lyra y, antes de que Malco alcanzase la silla, Armand se situó al lado de Akara. Malco apretó la mandíbula y fue a sentarse junto a Almer.

La cena, servida en esta ocasión por lacayos, resultó exquisita. Saint Germain continuó narrando historias de sus viajes por otras épocas y respondiendo a sus preguntas. Finalmente, al terminar los distintos platos, sirvieron licor.

—Bien —dijo el conde—, ha llegado la hora de hablar de vuestro viaje.

—¿Cuándo partiremos? —indagó Malco.

—Creo que será necesario que adquiráis vestimentas nuevas. No podéis presentaros en la Inglaterra del siglo XVII con esos ropajes que usáis. Eso nos llevará algún tiempo; cuando lo tengáis todo podréis viajar.

—¿Tendremos que buscar a Arienne o sabe en qué parte del condado de Essex se encuentra? —quiso saber Akara.

Si había que buscarla, tardarían mucho tiempo en recorrer todo el condado.

—Sé que podréis encontrarla en la ciudad de Colchester, pero una vez allí tendréis que buscar dónde vive y convencerla de que os dé el grimorio.

—¿Y en caso de que no quiera dárnoslo? —preguntó ella.

El conde fijó la mirada el líquido ambarino que había en su copa mientras lo hacía girar.

—Tendréis que tomarlo prestado.

Malco hizo una mueca de disgusto al comprender lo que sus palabras significaban.

—Nos meteremos en problemas —le dijo.

—Oh, no te preocupes por eso —repuso el conde haciendo un gesto con la mano para restarle importancia a su preocupación—, Armand os acompañará.

Conocer ese dato puso de muy mal humor a Malco. No tenía bastante con aguantar a ese tipo ahí, sino que encima tenía que viajar con ellos, como si él no fuera capaz de solucionar sus propios problemas y de cuidar de su hermana y su amiga.

Miró de reojo a Akara y descubrió que tenía sus ojos grises fijos en él y sonreía. Sabía que no podía leerle el pensamiento, pero sintió que el color le subía al rostro.

—¿Cómo es ese libro que debemos traer? —preguntó Almer.

—¿El grimorio? Es un libro grande y antiguo, con tapas de fino cobre, grabado con letras y figuras extrañas —explicó el conde—. Seguramente

cualquiera de las dos damas aquí presentes podría descifrarlo, ya que la numerología es una rama de la cabalística. Sin duda sabréis cuál es el libro en cuanto lo veáis. Cuando lo tengáis, regresaréis por la misma puerta por la que entraréis en esa época.

—¿Y qué sucederá con nosotros una vez que el libro esté en sus manos? —preguntó Malco. En su tono dejó traslucir cierta desconfianza.

El conde se volvió a mirarlo con los ojos entrecerrados mientras parecía reflexionar su respuesta. Luego se encogió de hombros y respondió.

—Me ayudaréis a sellar todas las puertas de acceso a otras dimensiones. Yo envejeceré, y llegará un día en que por fin descansaré en paz. No pasaré mis conocimientos a ningún sucesor, dejaré que cada uno aprenda lo que el tiempo y la vida les quiera enseñar. Una vez cerradas las puertas, entonces podréis volver a vuestra época y yo sellaré la última salida. ¿Algo más que deseéis saber antes de retirarnos?

—¿A qué fecha dijo que debíamos viajar? —inquirió Lyra con un tono filosófico.

El conde titubeó por primera vez, reacio a contestar. Aquello le pareció extraño a Malco, y miró a su hermana que observaba atentamente al conde.

—A 1645 —respondió este finalmente.

—En el condado de Essex, ¿no? —espetó la muchacha.

El tono de su voz estaba cargado de ironía.

—¿Qué pasa, Lyra? —quiso saber su hermano.

Ella se volvió a mirarlo con los ojos brillantes por la ira.

—Pues que recordé dónde había escuchado antes esa fecha. Fue en una clase de historia en la escuela, en la que mencionaron lo que entre 1644 y 1646 tuvo lugar en el condado de Essex... ¡Una caza de brujas!

XII

Malco se hallaba tumbado sobre la cama sin poder dormir, dándole vueltas en la cabeza a todo lo que había dicho el conde, al viaje que debían hacer y a la noticia que les había dado Lyra sobre la época a la que debían viajar.

Se incorporó y vio que Almer dormía apaciblemente. Sin hacer ruido, se levantó, abrió la puerta y salió al pasillo. Todo parecía tranquilo y desierto, como en una tarde de verano a la hora de la siesta, aunque se suponía que era de noche puesto que habían sonado ya las campanas de la iglesia de *Saint Etienne*.

Al fondo del pasillo había un balcón. La puerta se encontraba entreabierta y las cortinas se agitaban con la brisa. Se dirigió hacia allí.

—¿Tampoco tú podías dormir?

La voz de Akara lo sobresaltó. Se encontraba recostada contra la esquina de la amplia terraza y no la había visto cuando salió al balcón.

—No —le respondió—. No puedo acostumbrarme a dormir con sol. Además, todo esto me resulta demasiado irreal.

—Pero no lo es. Estamos aquí, en un París ficticio que no pertenece a ninguna época y en el que no existe el tiempo —dijo con tristeza apoyando las manos sobre la barandilla mientras contemplaba la ciudad—. ¿Crees que volveremos?

Malco notó la preocupación en su voz. Colocó su mano sobre la de ella y se la apretó suavemente.

—Yo pienso regresar —le contestó con una sonrisa tranquilizadora—. En cuanto terminen la vacaciones me esperan de nuevo la universidad, los estudios y los exámenes.

Akara sonrió también y se volvió hacia él.

—Y supongo que te espera alguna chica también —insinuó guiñándole un ojo.

Él la miró con seriedad.

—No.

Los ojos de Akara brillaban con la luz del sol y le recordaron dos gotas de plata. Casi inconscientemente, alzó la mano y le acarició el rostro con los nudillos.

—No —volvió a repetir. Tal vez fue el romanticismo de París o la situación difícil en la que se encontraban, o quizás solo se dejó llevar por el momento, pero inclinó la cabeza y la besó suavemente. Sus labios sabían a cereza, y le recordaron su casa y su tierra—. Volveremos —le susurró.

Akara asintió con la cabeza y se recostó contra su pecho con un suspiro. Él la abrazó con fuerza. No tenía idea de lo que pasaría en el viaje ni de las dificultades con las que se encontrarían, pero por Akara y por Lyra, se juró a sí mismo que sobrevivirían y regresarían a casa.

La voz fría de Armand los sobresaltó y Malco soltó a Akara.

—Creo que sería mejor que descansarais. Cuando vuelvan a sonar las campanas tendréis muchas cosas que hacer.

Dirigió a Akara una sonrisa forzada, hizo una leve inclinación de cabeza y se marchó.

Malco supo que acababa de hacerse un enemigo, ya que no le había pasado desapercibida la mirada de odio de Armand. Akara le tocó el brazo y le sonrió.

—Me parece que estamos bastante vigilados.

—Sí —convino algo molesto por la interrupción de Armand—; no creo que salgamos de aquí sin haber conseguido antes el grimorio.

—Bueno —susurró Akara bajando la cabeza y dando un paso atrás, pues todavía permanecían muy cerca el uno del otro—, mejor me voy a descansar.

Levantó la cabeza y Malco percibió el rubor en sus mejillas haciendo que su corazón comenzase a latir con fuerza.

—Yo... —titubeó él—, creo que me quedaré un rato más aquí.

Se volvió a mirar la ciudad y dejó que el aire le refrescase el rostro mientras escuchaba los pasos de Akara al alejarse. Su vista vagó por las calles, bulevares y jardines de París. Con el sol brillando sobre los tejados, le recordaba a una bella postal. ¿De qué servía toda aquella belleza estática si no podían disfrutar de ella las futuras generaciones? Nunca le había parecido el

tiempo tan importante como en ese momento. Ir creciendo con el paso de los años, cambiando, aprendiendo cosas, viviendo nuevas experiencias, teniendo ante los ojos metas y retos, y al final, volver la vista atrás y poder decir: lo he logrado. Y sentir que la vida había valido la pena.

Qué diferente de la gente que vivía en esa ciudad. El niño seguía siendo siempre niño; el adolescente, adolescente; el adulto, adulto. Sin metas que alcanzar, sin sueños que realizar, viviendo siempre las mismas cosas conscientes de que no habría un final para ellas. ¿Quién podía querer una vida así?

Respiró profundamente. El sol continuaba ocupando el mismo lugar. No sabía si pronto llegaría la mañana y sonarían las campanas de *Saint Etienne*, pero tenía que descansar algo. Entró en la galería cerrando la puerta del balcón.

En la habitación, Almer continuaba dormido. Se acomodó sobre la cama y cerró los ojos tratando de imaginar que se hallaba en casa, en su cuarto, entre sus libros de alquimia, su ordenador, sus problemas de laboratorio y su música sonando. Poco a poco, se quedó dormido.

Despertó con el sonido de las risas de Lyra y Akara que llegaban hasta la habitación desde el pasillo. Almer no se encontraba en su cama. Malco se lavó y estiró un poco su ropa, ya que había dormido con ella puesta. Salió al pasillo y siguió el sonido de las voces que ahora sonaban más lejanas. Cuando localizó la puerta, entró en la habitación sin llamar. Dos costureras revoloteaban en torno a Lyra y Akara, y una tercera clavaba alfileres en la ropa que llevaba su hermana. Apenas entró, las costureras empezaron a hacer aspavientos escandalizadas, ya que tanto Akara como Lyra llevaban solo ropa interior, que consistía en un corsé y unas enaguas. Ambas estallaron en carcajadas cuando vieron su cara de asombro.

—*Monsieur*, usted no puede estar aquí —chilló una de las mujeres—, no es decente. Los caballeros se encuentran en la habitación contigua.

Se acercó a él y lo sacó a empujones de la estancia.

—¿Les habéis hablado de los bikinis? —les preguntó Malco a gritos antes de que la puerta se cerrara a sus espaldas con un portazo. Hasta él llegaron las carcajadas de las dos muchachas.

Entró en la habitación contigua con una sonrisa en los labios y encontró a Almer probándose ropa.

—No tengo recuerdos anteriores —le dijo este cuando lo vio entrar—, y sin

embargo, no me siento cómodo con esta ropa, prefiero la que llevaba.

Malco sonrió ante el comentario. Realmente el paso del tiempo en la historia había traído consigo muchos avances y mejoras en muchos campos.

Un sastre se le acercó mostrándole una camisa blanca y unos pantalones de media pierna. Miró con nostalgia sus vaqueros y sus zapatillas deportivas y, finalmente, asintió. El hombre esbozó una sonrisa radiante mientras le señalaba la chaqueta de paño negro a juego con los pantalones, el chaleco, las medias y el sombrero.

Malco no supo cuántos días transcurrieron hasta que finalmente los trajes quedaron listos. Estaban preparados para viajar. En esta ocasión la cena con el conde sería la última hasta su regreso, así que aprovecharon para ultimar los detalles de la partida.

Cuando retiraron los platos y copas de la mesa del comedor, el conde extendió sobre ella un mapa.

—Hay algunas cosas que debo explicaros —les comentó—. La puerta que atravesaréis en vuestro viaje, os llevará a Londres. Desde allí debéis seguir el camino de Essex hasta llegar a Colchester.

—Siempre he querido conocer Londres —dijo Lyra con una sonrisa.

—Me temo que no lo encontrarás de tu gusto —repuso el conde—. En la fecha a la que viajaréis, Londres contaba con unos doscientos cincuenta mil habitantes. La ciudad se extendía prácticamente desde la catedral de San Pablo hasta la torre de Londres en un recinto amurallado. Verás que no se parece en nada a la idea que tú tienes de Londres.

—¿Ha visitado Londres en la actualidad? —le preguntó Akara sorprendida.

El conde asintió.

—He visitado casi todas las ciudades en la actualidad y en su futuro —le aseguró, luego se quedó pensativo antes de continuar—. Cada época tiene su riqueza, pero también sus fallos.

Malco lo interrumpió, más interesado en conocer detalles del viaje que de las ciudades en el futuro.

—¿Puede mostrarnos en el mapa el camino que hemos de seguir para llegar a Colchester?

—Verás, Londres sufrió un gran incendio en 1666 —explicó—. La ciudad fue prácticamente consumida por el fuego, ya que casi todas las construcciones eran de madera. Este mapa que veis aquí es posterior a esa fecha; sin embargo, Christopher Wren, el encargado de reconstruir la ciudad después del incendio,

no hizo demasiados cambios por una cuestión de disputas legales sobre la propiedad de la tierra, así que supongo que os servirá para haceros una idea.

—¿Dónde se encuentra Colchester? —quiso saber Almer.

El conde señaló una zona al este de Londres.

—En esta parte se sitúa el condado de Essex. La pequeña ciudad de Colchester se encuentra a unos noventa kilómetros, aproximadamente, de Londres.

—Eso implica un viaje de unos tres o cuatro días a pie —supuso Malco—, más o menos.

—Podríamos ir a caballo —intervino Armand—. ¿Sabéis montar?

Malco lo miró con suspicacia.

—Yo solo monto en coche —replicó con tono seco.

Escuchó una risilla que provenía de Akara y se relajó un poco. Si iban a viajar con Armand, más le valía no echar más leña al fuego, así que admitió que no sabían montar a caballo.

—No importa —aseguró el conde—. Os dejaré suficientes libras para que podáis efectuar los gastos que consideréis necesarios. Viajaréis como burgueses, así que podréis alquilar un coche de caballos. Cuando lleguéis a Colchester, encontrad a Arienne y traed el libro.

XIII

Entraron en la galería de los espejos y el conde los condujo hasta el tercero de ellos, la puerta hacia Londres. Se colocaron frente a él y se tomaron de la mano. Almer tocaría la melodía que la abriría y saltarían hacia el pasado, casi cuatro siglos atrás con respecto a su época actual. Malco sintió un cosquilleo en el estómago.

—¿Estáis preparados? —les preguntó el conde—. Almer ya conoce la partitura que debe tocar para abrir el ingreso. Aquí tenéis la melodía que abre la puerta para vuestro regreso —dijo entregándole a Malco un papel doblado—. Recordad que tendréis que volver a Londres para regresar por la misma puerta por la que entrasteis. ¡Dios os guarde!

El conde se retiró de la galería. Almer miró a Malco esperando su señal. Él colocó su mano libre sobre la superficie del espejo y le indicó con la cabeza que comenzase a tocar. Sintió el apretón de la mano de Akara y se volvió hacia ella sonriéndole para tranquilizarla. Las notas de música fluyeron por el corredor y Malco percibió el movimiento de las moléculas en el espejo.

Poco a poco se ensanchó la abertura y fueron entrando a través de ella. Almer fue el último y la puerta se cerró tras él. Notaron de nuevo la sensación de estar flotando en la nada mientras la melodía seguía fluyendo en el espacio. Vieron a lo lejos la luz de una puerta que se abría y comenzaron a caer en el vacío.

En esta ocasión no resultó tan malo el aterrizaje. De repente se encontraron al otro lado de un espejo de cuerpo entero y rodeados por cortinas.

—¿Os encontráis bien? —susurró Malco. Había escuchado voces al otro lado de las cortinas y no quería llamar la atención.

—¿Dónde estamos? —preguntó Almer en el mismo tono.

Malco se encogió de hombros. Lyra fue más práctica; se acercó a la cortina y asomó la cabeza.

—¡Vaya! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Malco nervioso.

—Se trata de una tienda de ropa y complementos para mujer —explicó volviéndose hacia ellos—. Nos encontramos en los probadores.

—Bueno —dijo él soltando el aire que había estado conteniendo—, entonces no está tan mal.

—Pues claro que sí, tonto —lo reconvino Lyra—. Recuerda que nos hallamos en el siglo XVII; los hombres no entran en los vestuarios con las mujeres.

—¿En vuestro siglo sí? —preguntó Armand escéptico.

Lyra chasqueó la lengua con fastidio.

—Digamos que no se escandalizarían tanto como lo harán si os ven salir a vosotros de aquí —respondió Akara—. Así que tendréis que salir de uno en uno. Nosotras os avisaremos cuando no miren las dependientas.

Así lo hicieron. El primero en salir fue Armand, que enseguida se puso a mirar telas como si estuviese interesado en ellas. Luego salió Almer, con su violín bajo el brazo, seguido de Lyra. Cuando estaban a punto de salir Akara y Malco, alguien descorrió las cortinas y se encontraron frente a una de las vendedoras acompañada de una mujer ricamente vestida y enojada.

—¿Pero qué...? —tartamudeó la mujer sorprendida. Parecía a punto de armar un escándalo.

—Necesitaba un pañuelo —intervino Akara rápidamente— y mi esposo tuvo el detalle de acercarme uno mientras esperaba a que me trajesen el vestido que me probaré.

—Oh, le ruego me disculpe, señora, —se excusó la vendedora, aunque mirándolos todavía con desaprobación—, no sabía que el vestidor había sido ya ocupado. Si es tan amable de seguirme, *milady* —dijo girándose hacia la otra mujer—, la llevaré a otro lugar.

Las dos mujeres se alejaron con un revuelo de faldas y cuchicheos, y ellos aprovecharon para salir y mezclarse con la gente. Mientras se dirigían hacia la puerta, escucharon algunos comentarios sobre la extravagancia de la burguesía. Se oyó el suave sonido de unas campanitas y se encontraron en la calle.

Malco respiró profundamente y miró a Akara.

—¿Tu marido? —le preguntó moviendo las cejas con gesto burlón.

Ella sonrió.

—Las mujeres en esta época se casaban muy jóvenes —replicó—, además, ¿qué otra cosa podía decir?

—¿Qué importa eso ahora? —inquirió Armand secamente—. No sois realmente marido y mujer, así que concentrémonos en lo que tenemos que hacer.

Se dio media vuelta y se fue detrás de Almer y Lyra que habían comenzado a caminar calle abajo mientras miraban todo con asombro. Akara y Malco se encogieron de hombros y los siguieron.

—¿Qué increíble!, ¿no? —dijo Lyra fascinada con lo que veía—. Mirad, casi todas las casas son de madera, no me extraña que se hayan quemado en el gran incendio.

—En esta parte hay bastantes comercios y parece una zona respetable —comentó Almer—. ¿Dónde nos encontraremos?

—*Cheapside* —comentó Lyra.

—¿Cómo dices?

—Digo que estamos en *Cheapside*. Era uno de los principales mercados de productos en Londres. Mirad los nombres de los callejones que desembocan en esta calle, casi todos tienen el nombre de alguno de los alimentos que se vendían en estos sectores durante la época medieval.

—Entonces, ¿hacia dónde tenemos que movernos? —quiso saber Almer.

Malco lo miró y vio el violín en sus manos.

—Lo primero, vamos a conseguirte una funda para ese instrumento —le dijo—, si no, llamarás demasiado la atención. Los violines como el tuyo se crearon a inicios del siglo XVI, así que dudo mucho que alguna de estas gentes esté familiarizado con ellos. Supongo que entre todas estas tiendas habrá alguna que venda instrumentos musicales.

Cuando consiguieron lo que buscaban, enfilaron calle abajo en dirección a la torre de Londres. Según el mapa que les había enseñado el conde, cerca de ella se encontraba el camino a Essex. Mientras avanzaban, se dedicaron a observar a la gente que pasaba. La mayoría vestía según la usanza de la nobleza. Malco notó que en algunas ocasiones, al cruzarse con ellos, algunas parejas cuchicheaban, aunque solo alcanzaba a escuchar la palabra burguesía.

Cuando llegaron cerca de la explanada donde se alzaba el complejo de edificios que conformaban la torre de Londres, con su muralla alrededor y su

foso, se encontraron una gran multitud congregada allí.

—¿Qué sucede? —preguntó Akara sorprendida—. ¿Será normal que haya tanta gente en esta zona?

—Parece una revuelta —contestó Armand que sujetó con fuerza la empuñadura de su espada corta—. Debemos estar preparados.

—Armand, no queremos líos —le dijo Malco volviéndose hacia él. Este le devolvió una mirada en la que se percibía un desafío, pero no respondió nada. Malco contuvo un suspiro y prosiguió—. Hay que buscar un carruaje y marcharnos cuanto antes a Essex.

—Disculpe, señor —dijo Lyra que se había acercado a un joven caballero—, ¿podría decirme dónde podemos alquilar un carruaje?

El hombre la miró de arriba abajo y esbozó una media sonrisa mientras se quitaba el sombrero con una floritura y efectuaba una reverencia.

—Hay una casa de postas en aquella dirección —contestó señalando hacia la multitud—, donde se ven aquellos árboles, pero tendrá que atravesar todo este tumulto de personas. Será para mí un placer acompañar a una dama tan hermosa.

—Esta dama tan hermosa ya tiene acompañante —gruñó Almer tomando a Lyra del brazo y tirando de ella.

El caballero se encogió de hombros y siguió su camino.

Akara y Malco intercambiaron una mirada y sonrieron ante la puesta en escena de los celos de Almer. También su hermana sonreía tontamente mientras entrelazaba complacida su brazo con el del muchacho.

Se movieron en dirección a la casa de postas procurando rodear a la multitud; sin embargo, cada vez llegaba más gente de las calles adyacentes y pronto se vieron envueltos por el tumulto.

—¡No os separéis! —gritó Malco—. ¡Avanzad hacia la izquierda!

A su alrededor se elevaban gritos de vivas a Cromwell mientras trataban de abrirse paso entre la corriente de personas que los empujaba. Malco notó cómo la mano de Akara se desprendía de la suya alejándola junto con los demás y dejándolo solo.

—¡Malco!

Empujó para llegar hasta ellos, pero la fuerza del impulso de la gente tiraba de él hacia el centro de la multitud. Los gritos se elevaban cada vez más y la agitación crecía. De pronto la gente comenzó a volver las cabezas mientras se escuchaba a lo lejos el eco de los cascos de caballos. Se oyeron algunas

maldiciones.

—¡Las tropas del rey! —gritó a voz en cuello una mujer—. ¡Son las tropas del rey!

La gente comenzó a dispersarse corriendo en diversas direcciones provocando un auténtico caos. Solo un grupo permaneció unido para hacer frente a la guardia, y Malco se encontraba precisamente en medio de ellos. La caballería los rodeó y comenzó a obligarlos a retroceder hacia la torre de Londres. «Si acabo allí dentro, el viaje se retrasará», pensó; además, estaba convencido de que no sería nada fácil escapar de aquella prisión.

XIV

Tenía que hacer algo y rápido. Vio a lo lejos a Armand, que había sacado la espada y se dirigía a la carrera hacia los soldados. Su intento de ayudarlo, si es que eso era lo que pretendía, podía ser más perjudicial que otra cosa, ya que podía terminar en una masacre.

Miró a su alrededor pensando frenéticamente qué podía hacer. Los soldados los tenían rodeados. Él se fijó en las espadas que sujetaban, eso podía servirle. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y buscó una moneda. La libra esterlina de la época contenía bastantes gramos de plata, y eso era lo único que necesitaba, la conexión con un metal para modificar otro metal, aunque eso suponía acercarse a los soldados.

Se movió hacia ellos concentrándose en la moneda de su bolsillo, calentando las moléculas y recitando en su mente la fórmula de traspaso de las propiedades de un metal a otro objeto metálico. Las moléculas comenzaron a friccionarse y a calentarse.

De pronto, el soldado que estaba más cerca de él aulló de dolor y soltó la espada. El caballo se encabritó al sentir la agitación de su jinete y se alzó de manos; la gente gritó apartándose, temerosa de encontrarse aplastada bajo los cascos del animal. El círculo se rompió mientras los soldados reculaban. Malco aprovechó la confusión para salir de entre el gentío y correr hacia los demás haciéndole señas a Armand para que retrocediera.

—¡Vamos, hacia el otro lado! —les urgió—. ¡A la casa de postas!

Cuando llegaron a la esquina de la calle, Lyra le echó los brazos al cuello y él la abrazó para tranquilizarla.

—¡Creí que terminarías en la prisión!

Malco le sonrió débilmente, aún le latía frenéticamente el corazón. A sus

oídos llegaban los gritos de la gente y el resonar de los cascos de los caballos sobre los adoquines.

—¡Maldita sea! —le gritó Armand—, ¡has sido un estúpido al dejarte atrapar entre la gente!

—No he podido evitarlo —le respondió él con sequedad.

—¡Claro que hubieras podido si hubieras sido más listo!

—¡Guarda esa espada, Armand, y dejad de pelearos! —los interrumpió Akara—. No es momento para eso. ¡Tenemos que salir de aquí!

Malco asintió, aunque la rabia lo corroía por dentro. Sin embargo, Akara tenía razón, aquel no era momento para detenerse por una discusión. Además, él no le debía explicaciones a Armand. Vio el letrero de la casa de postas y se encaminó hacia allí sin esperar a ver si los demás lo seguían o no.

—Disculpe —dijo dirigiéndose al empleado—, deseo alquilar un carruaje.

El hombre, que se hallaba sentado frente a una ventana contemplando lo que sucedía en la plaza, se volvió hacia él y lo miró de arriba abajo mientras calibraba la calidad de sus ropas. Se llevó la pipa a la boca y aspiró soltando luego el humo lentamente.

—Bien, supongo que tiene dinero —insinuó. Malco hizo sonar la bolsa de cuero que llevaba en el bolsillo del chaleco. El hombre asintió con la cabeza—. Sin embargo, ahora mismo me resulta imposible alquilarles un carruaje, hay demasiado jaleo ahí fuera y además no dispongo de ninguno en este momento.

—¿Cuándo tendría uno disponible? —quiso saber.

—Quizás dentro de tres o cuatro días —respondió encogiéndose de hombros—. Las últimas personas que los alquilaron no especificaron cuánto tiempo tardarían en devolverlos.

—Pero tendríamos que viajar hoy —gimió Akara nerviosa.

Malco notó la preocupación en su voz y la miró, pero ella desviaba constantemente su atención desde el empleado de la casa de postas hacia el tumulto de gente frente a la torre. El hombre debió de percibir también su tono, pues preguntó.

—¿A dónde se dirigen?

—A Essex —respondió Malco—, a Colchester.

—Bueno —dijo el hombre frotándose la barbilla de su cara redonda—, si tienen prisa, tal vez puedan tomar el próximo coche de posta. Irán algo más apretados, pero al menos avanzarán en la dirección que desean.

—¿A dónde se dirige el carruaje y cuándo parte? —preguntó Armand.

El hombre extendió el brazo y señaló hacia el este.

—El próximo sale en quince minutos. Yo puedo venderles los pasajes hasta Romford; allí pueden alquilar un carruaje particular o seguir su camino en el coche de posta que desde allí realiza el resto del trayecto.

—Muy bien, que sean cinco pasajes —le dijo Malco.

—El pago es por adelantado, señor —repuso mientras extendía la mano. Tomó las monedas que Malco le dio y las guardó en su bolsillo—. Si lo desean pueden esperar en esa sala de ahí, será mucho mejor que quedarse fuera.

Todavía había mucho alboroto en la plaza. Finalmente los soldados se habían replegado, vigilando a cierta distancia, mientras los ciudadanos gritaban cada vez más fuerte el nombre de Cromwell.

—¿Qué es lo que sucede? —quiso saber Almer.

El vendedor arqueó las cejas sorprendido ante la ignorancia de lo que sucedía.

—¿Vienen de muy lejos? ¿Quizás del sur?

—Algo así —contestó Malco.

—Sí, probablemente no hayan llegado hasta allí las noticias de la última batalla.

—¿Batalla? ¿Qué batalla? —inquirió Armand.

—La del pasado 14 de junio, en Naseby. El ejército del rey Carlos I fue derrotado por las tropas parlamentarias de Cromwell —afirmó como si se sintiera orgulloso de ello—. Si quieren que les diga mi opinión, creo que esta guerra civil acabará pronto y el Parlamento terminará con el poder absoluto del rey.

El hombre asintió repetidamente con la cabeza para dar énfasis a sus palabras. Akara y Lyra abrieron los ojos asustadas.

—No tendremos problemas en el camino, ¿verdad? —preguntó Malco.

—No lo creo, señor. El condado de Essex es parlamentarista y ustedes, si me permiten el atrevimiento —dijo mientras se rascaba la cabeza pensativo—, no parecen pertenecer a la nobleza, sin ánimo de ofender —añadió.

—Es cierto, no somos nobles —le confirmó Malco—. Gracias por la información.

Se dirigieron a la sala de espera y se refugiaron allí hasta la llegada del coche de posta que no tardó en aparecer varios minutos después. Subieron al

coche y se acomodaron como pudieron, puesto que resultó ser más pequeño de lo que esperaban.

Bajo la atenta vigilancia de los soldados y arropados por las aclamaciones a Cromwell, el coche partió.

El viaje resultó bastante incómodo y lento. El coche carecía de muelles que amortiguasen los golpes del camino y el polvo entraba por las ventanillas dificultándoles la respiración, pero finalmente llegaron a Romford. Dado que aún era temprano, decidieron continuar y tomaron el siguiente coche que viajaba hasta Chelmsford.

Alcanzaron la pequeña ciudad bastante avanzada la tarde. Mientras el vehículo se dirigía hacia la casa de postas, les sorprendió ver las calles llenas de gente, algunas de ellas en corrillos, como si comentasen alguna noticia. Esperaban que no fuese nada relativo a la guerra civil. El conductor se detuvo en la casa de postas y descendieron.

Malco era consciente de cada uno de los huesos de su cuerpo, como si lo hubiesen atropellado.

—No sé qué pensáis vosotros —les dijo—, pero creo que sería bueno que pasáramos aquí la noche y terminásemos el viaje mañana.

—¿Por qué no hacer el resto del viaje hoy? —preguntó Armand en tono hosco; no parecía encontrarse de buen humor—. Cuanto antes terminemos con esto, mejor.

—Seguramente las chicas estén cansadas —replicó Malco—, y yo también. Si cogemos un coche ahora llegaremos muy entrada la noche. No conocemos el lugar ni sabemos a dónde vamos. Nos sería muy difícil encontrar alojamiento. ¿Necesitas alguna razón más? —le espetó con sequedad.

Armand entrecerró los ojos y dio un paso hacia Malco con los puños apretados. Akara se interpuso entre ambos.

—Por favor, chicos, ahora no —suplicó—. Necesitamos descansar. Malco, hay que averiguar dónde podemos pasar la noche.

Él asintió con desgana. Se estaba cansando de la actitud prepotente de Armand, aunque sabía que él también tenía parte de culpa por los celos que sentía. Akara le atraía como no lo había hecho ninguna otra muchacha hasta ese momento.

Vio al cochero que se acercaba y aprovechó para preguntarle.

—Disculpe, ¿dónde podríamos encontrar alojamiento para esta noche?

El hombre se quitó el sombrero por deferencia y se rascó la barbilla.

—Bueno, verás, hay bastantes posadas aquí en Chelmsford, pero no sé si encontrará habitaciones disponibles con todo esto de los juicios.

—¿Juicios? —repitió Lyra con voz ahogada—. ¿Qué juicios?

—Los de las brujas —aclaró el hombre—. Ese tal Matthew Hopkins, que dice tener el cargo de general cazador de brujas, ha traído algunas mujeres acusadas de brujería. Las tienen encerradas en la prisión, pero los juicios se hacen públicos, así que vienen muchos curiosos de las aldeas vecinas y hasta de Londres para verlas.

Un escalofrío recorrió la espalda de Malco. Conocía perfectamente esos hechos porque los estudiaban en la materia de historia dentro de la época oscura de la hechicería, pero nunca esperó encontrarse ahí presente. Sabía que muchas de las personas que fueron acusadas y ajusticiadas, principalmente mujeres, no tenían ni idea de brujería. La caza fue tan solo la excusa que usaron algunos para librarse de enemigos o vecinos molestos, o para conseguir lo que querían amenazando a la persona con denunciarla a las autoridades. Tendrían que ir con cuidado, especialmente cuando se encontrasen con Arienne.

—Muchas gracias —le dijo al cochero—, ya buscaremos algo.

—Las damas parecen algo cansadas —continuó el hombre—. Quizás pueden preguntar en *La rosa y la corona*. Tienen bastantes habitaciones, y no todos los aldeanos pueden permitirse pagar el precio que piden por ellas. Sigán esta calle. Antes de llegar a la plaza, a mano izquierda, se encuentra la posada. Los juicios se celebran en la plaza, así que tendrán buena visión si sus habitaciones dan a ese lado de la calle.

XV

La rosa y la corona tenía un salón central donde se hallaban reunidos algunos de los huéspedes frente a una gran chimenea que permanecía encendida a pesar de que fuera no hacía demasiado frío todavía. Un hombre bajo y de barriga prominente, ataviado con una chaqueta de paño y unos pantalones marrones del mismo tejido ceñidos con una banda negra, les salió al encuentro apenas entraron en el local.

—¿En qué puedo servirles, señores?

—Quisiéramos dos habitaciones solo para esta noche —respondió Malco.

—Que sean tres —intervino Armand—. Prefiero dormir solo.

Malco no disimuló su desagrado ante aquella sugerencia.

—Sí, creo que podré ayudarles —dijo el posadero frotándose las manos—, si pueden pagar el precio, por supuesto. Hay muchos clientes con motivo de los juicios, ya saben, y a veces el alojamiento es escaso.

Malco sacó una libra de plata y se la entregó.

—Creo que con esto será suficiente —le dijo—. Díganos dónde se encuentran las habitaciones y dónde podemos cenar algo.

El posadero, sonriendo obsequioso, guardó la moneda en su bolsillo y los condujo por las escaleras al piso superior.

—Estas habitaciones contiguas tienen vista a la plaza, desde ahí podrán seguir los juicios. La habitación individual se encuentra al fondo del pasillo. En el lado opuesto hay un comedor particular; ahí les será servida la cena en unos minutos. Si necesitan algo más los caballeros, estoy a su disposición.

El posadero hizo una venia y se marchó a ordenar la cena para los nuevos huéspedes.

Las habitaciones no estaban mal, pero Malco prefería con mucho vivir en su

propia época, con el agua corriente, la luz eléctrica, la televisión... Se preguntaba cómo podían vivir aquellas gentes sin todas esas comodidades, y cómo podían ellos quejarse de su mundo actual con todo lo que poseían. Verdaderamente allí resultaba cierto el refrán: *Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde*.

Cuando entraron en el comedor, la cena ya había sido servida. Consistía en patatas asadas, zanahorias, una salsa espesa, carne y un budín de postre.

—¿Cuándo se inventó *McDonalds*? —preguntó Lyra con un suspiro.

—Aprovecha lo que tienes, Lyra —le dijo su hermano con una sonrisa—; estás viviendo una historia que ya se ha vivido, y acumulando experiencias nuevas.

—¿Como los juicios a las brujas? —se burló Akara. Todos la miraron mientras la habitación se llenaba con un silencio pesado. Ella sacudió la cabeza apesadumbrada—. No me hagáis caso, solo estoy cansada.

Malco deseó poder acercarse a ella y abrazarla.

—No nos quedaremos para verlos —le aseguró—, partiremos temprano. Por eso será mejor que nos vayamos todos a descansar.

Se retiraron del comedor con el ánimo un poco abatido.

Cuando llegó a la habitación, Malco cayó en la cuenta de que no le había comentado al posadero la hora de su partida, así que le indicó a Almer que se fuera acomodando y bajó a hablar con el hombre para evitar problemas. Lo encontró en el salón central, donde aún quedaba un grupo de hombres fumando y charlando.

—Y yo te digo que ese Matthew Hopkins está completamente loco —dijo un joven caballero.

—Pero dicen que lo ha enviado el mismo Cromwell —le replicó otro de los presentes.

—¿Cromwell? Bah, bastante tiene con ocuparse de la guerra para tener que meterse también en estos asuntos. Ese Hopkins solo está sacándole dinero al pueblo, exigiéndoselo en pago de sus servicios. Pero dime, ¿cuántas de esas mujeres han hecho verdaderamente algo malo?

—¡Pero son brujas! —insistió otro.

—Brujas... —repitió el joven caballero chasqueando la lengua—. No son más que unas pobres mujeres. El problema real es que nos asusta todo lo que es diferente, y en nuestra sociedad actual no tenemos la libertad suficiente para expresar lo que pensamos o lo que somos.

El posadero asintió mostrándose de acuerdo con el caballero. Vio a Malco y se acercó a él.

—¿Necesitaba algo, señor?

—Solo quería preguntarle a qué hora parte mañana el primer coche hacia Colchester. Dejaremos la posada temprano para tomarlo.

—Oh, no hay problema, señor —le aseguró el hombre—. Aquí nos levantamos pronto, mis mozos no son unos holgazanes. En cualquier caso, el primer coche para Colchester parte a las diez de la mañana.

—Perfecto, gracias —le contestó. El posadero hizo ademán de volver a la conversación del grupo, pero Malco lo detuvo—. Disculpe, una cosa más.

—Sí, señor.

—¿Quién es el hombre que habla? —quiso saber.

—El caballero John Milton, señor. No es de por aquí. Vive en Londres, pero suele venir cuando hay juicios.

—¿Es el escritor de *El Paraíso perdido*? —preguntó asombrado.

El posadero se rascó la cabeza dubitativo.

—Pues no sé, señor, si ha escrito eso que usted dice, pero sí sé que ha escrito muchas cosas y que se considera a sí mismo un poeta.

—Ya, muchas gracias.

El posadero volvió a su lugar en la charla y Malco se quedó mirando a aquel hombre joven que más adelante sería considerado uno de los grandes poetas de la literatura inglesa. Milton se dio cuenta de que lo miraban y le dedicó una inclinación de cabeza a la que Malco respondió antes de darse la vuelta y subir las escaleras pensativo hacia el piso superior.

Cuando llegó arriba, vio a Akara y a Armand que salían del comedor y se detenían delante de la puerta. Armand se había acercado mucho a ella y le acariciaba la mejilla. Cuando se inclinó hacia ella, Malco entró en su habitación apretando los dientes. En el fondo sabía que no debería importarle, puesto que no había nada entre Akara y él, pero no podía evitarlo. Aquellos ojos grises le fascinaban. Le atraía su sonrisa, su forma de pensar, su inteligencia, su carácter dulce. Dejó escapar el aire que había estado reteniendo en los pulmones sin darse cuenta, y sacudió la cabeza con tristeza. Había disfrutado de la amistad y de la compañía de muchas chicas, pero nunca se había enamorado verdaderamente. Hasta ahora.

Almer había dejado encendida una vela. Malco llegó hasta la cama y se tumbó sobre ella envidiando la capacidad de su compañero de dormir en

cualquier lugar y situación. Supuso que quizás se debía a que no tenía recuerdos que lo inquietasen.

Trató de conciliar el sueño, pero no pudo. La luz de la luna entraba por el ventanal de la terraza iluminando tenuemente la habitación. Al otro lado, las calles, la plaza, permanecían en silencio; esa misma plaza que por la mañana se convertiría en un hervidero de personas a la espera de un buen espectáculo. Se levantó, corrió las cortinas y abrió las puertas para salir a la terraza. La brisa nocturna era fresca y lo sacudió un estremecimiento.

—¿Tienes frío?

La suave voz de Akara que le llegó desde la terraza vecina, a medio metro escaso de distancia, lo sorprendió. La miró y luego sacudió la cabeza negando.

—No podía dormir —le dijo.

—Yo tampoco —admitió ella con una sonrisa al recordar otra conversación parecida en el palacio del conde de Saint Germain. Luego su rostro se ensombreció—. Quisiera que esto hubiese terminado ya. Presiento... No sé, es una sensación rara. Podría usar el don de la adivinación, pero... tengo miedo. Me asusta lo que pueda encontrar.

Malco se acercó al extremo de la terraza para estar más cerca de ella.

—Dame tu mano —le pidió. Ella lo miró algo sorprendida, pero se acercó a la baranda de piedra y extendió su mano. Malco la tomó y se quedó mirando las finas líneas de su palma mientras las repasaba con el dedo—. Aquí dice que vivirás muchos años y que serás feliz.

Ella le sonrió consciente del esfuerzo de él por tranquilizarla.

—¿También dice si terminaré mi carrera en la universidad y con quién me voy a casar? —le preguntó juguetona, pero se calló de repente y sus ojos se encontraron. Luego ella retiró su mano despacio y desvió la mirada antes de preguntarle—. ¿Nos viste?

Malco no podía fingir que no sabía de qué hablaba.

—Sí —respondió.

—Armand quiere que me quede con él en París —le confió.

Él sintió de pronto un nudo en el estómago y su corazón empezó a golpear con fuerza en el pecho.

—Y tú, ¿qué quieres?

Ella levantó la mirada y se quedó contemplando las silenciosas calles.

—¿Sabes?, muchas veces he escuchado a algunas personas decir que les gustaría haber nacido en otro lugar, en otro tiempo; a otras les gustaría cambiar

su vida, lo que han vivido o lo que tienen —le dijo. Luego se alzó de hombros—. Supongo que siempre pensamos que son las circunstancias que nos rodean las que no nos permiten ser felices. Sin embargo, yo creo que el problema está en nosotros mismos, en nuestro interior, en cómo nos vemos, en cómo pensamos. Las circunstancias se nos imponen muchas veces, es verdad, pero depende de cada uno el afrontarlas de un modo o de otro, y son esas decisiones las que nos hacen felices o infelices. Armand las enfrenta casi siempre con la fuerza y la violencia.

Malco sintió que renacía en él la esperanza al oír las últimas palabras, pero permaneció en silencio, a la espera; sin embargo, Akara no añadió nada más.

—Entonces —aventuró esperanzado—, ¿no te quedarás con él?

—Me gusta mi vida tal como es —admitió—, y lo que no me guste sé que puedo cambiarlo, al fin y al cabo, el hombre ha cambiado muchas cosas a lo largo de la historia. Yo elegí la vida que estoy viviendo, bueno, la que estaba viviendo antes de meterme en este lío. Quiero llevar mis viejos vaqueros, ir a ver una película al cine por la tarde, escuchar mi música preferida y... —se le quebró la voz con los recuerdos—, y quiero que vengas aquí y me abracés.

Malco tardó unos segundos en asimilar sus últimas palabras, pero enseguida cruzó a la otra terraza y la envolvió entre sus brazos. Notó que ella temblaba.

—Todo saldrá bien, Akara —la tranquilizó acariciándole el cabello con suavidad—, ya lo verás.

Ella levantó la cabeza y lo miró. Sus ojos brillaban a la luz de la luna por las lágrimas no derramadas.

—¿Me lo prometes? —le preguntó con voz temblorosa.

Malco no alcanzó a responder. La puerta de la terraza se abrió de golpe y apareció Lyra somnolienta y bostezando.

—¿Quieres hacer el favor de besarla ya y callaros para que pueda dormir? —les gruñó antes de volver a cerrar la puerta.

Malco se giró hacia Akara. Vio que esta sonreía y le devolvió la sonrisa; luego bajó la cabeza hacia ella dispuesto a obedecer a su hermana.

XVI

Cuando salieron a la calle, a la mañana siguiente, todavía no habían dado comienzo los juicios. La gente se arremolinaba alrededor de la plaza buscando los mejores lugares para poder seguir todo el proceso desde primera fila. Un hombre explicaba a gritos lo que sucedería a continuación.

—Como sabéis, hace unos años se prohibió en toda Inglaterra torturar a los prisioneros para que declarasen, así que solo se procederá al interrogatorio. Después, el propio señor Hopkins realizará la prueba de la aguja para buscar la marca del diablo en las acusadas...

Malco se acercó a Akara.

—No lo escuches —le susurró al oído mientras la tomaba de la mano y tiraba de ella calle abajo para alejarse de aquel lugar.

Llegaron apenas unos minutos antes de que partiera el coche. Compraron los pasajes y subieron. Tenían por delante un trayecto de casi cuarenta kilómetros en un incómodo carruaje, pero al menos esa noche dormirían en Colchester.

El viaje fue más breve de lo que habían previsto. Eran cerca de las dos de la tarde cuando entraron en la pequeña población. Las casas, construidas en madera o en piedra encalada entramada con gruesas vigas de madera, con los techos altos que descendían en pendiente abrupta y las ventanas constituidas por pequeños paneles de cristal, parecían haber salido de las páginas de un cuento.

El carruaje se detuvo y descendieron. La gente se detenía y los miraba con curiosidad. No se les había ocurrido que quizás iban a necesitar una excusa para justificar el que cinco extraños bien vestidos se instalasen en aquel apacible y diminuto lugar. Malco pensó que tendría que inventarse algo.

—Disculpe —dijo dirigiéndose al conductor que se encontraba todavía en

el pescante para llevar los caballos hasta las cuadras—, ¿hay algún lugar por aquí cerca donde podamos comer?

El hombre extendió la mano para señalar una dirección.

—Sigan más adelante por esta calle y a la derecha encontrarán *El león rojo*. La comida es pasable y tienen buena cerveza —respondió sujetando con fuerza las riendas de los animales.

—¿Y sabe dónde podría encontrar una casa para alquilar? —añadió.

El hombre se volvió hacia el grupo de viajeros estudiándolos.

—¿Van a quedarse a vivir aquí? —preguntó con suspicacia. Luego se encogió de hombros al darse cuenta de que el asunto no era de su incumbencia, y volvió de nuevo la atención a los caballos antes de contestar—. Pueden probar suerte en el barrio holandés, siempre suele haber casas disponibles desde que llegaron esos tejedores con sus familias.

Malco agradeció al cochero con una buena propina. Acababa de proporcionarles la excusa que necesitaban para encontrarse en Colchester, estarían interesados en abrir una fábrica de tejidos en alguna aldea cercana a Londres.

Les explicó a los demás el plan mientras comían en la taberna.

—¿Y cómo vamos a hacer para encontrar a Arienne? —le preguntó Lyra.

—Tendremos que dividirnos. Creo que será más fácil para vosotras, que podéis introducirnos entre los grupos de mujeres. Estaría mal visto que nosotros preguntásemos directamente por una mujer.

—¿Alguna idea de cómo es Arienne? —quiso saber Almer.

Malco negó con la cabeza y miró a Armand. Este se encogió de hombros.

—El conde no dijo nada al respecto. De cualquier forma, espero que su nombre no sea demasiado común y que no haya muchas Arienne en Colchester.

—¿Y qué haremos una vez que la encontremos? —inquirió Akara.

Malco la miró pensativo. No tenía una respuesta concreta para aquella pregunta.

—Supongo que conocerla, saber más de ella para ver qué podemos ofrecerle.

—¿Ofrecerle? No hemos venido a ofrecerle nada, más bien a llevarnos algo —repuso Armand irritado—; no sé si lo has comprendido.

—Armand —intervino Akara conciliadora para evitar llamar la atención de los parroquianos de la taberna—, no podemos simplemente llegar y arrebatarse el grimorio. Tenemos que hablar con ella.

—¡Bah! No sé por qué me molesto en que comprendáis cuál es el modo más rápido de hacer las cosas.

—Y también el que más problemas puede traernos —replicó furioso Malco.

Armand se levantó bruscamente del banco y apoyó las palmas de las manos sobre la mesa inclinándose hacia él.

—¡No eres más que un cobarde! —siseó entre dientes—. ¡Solo buscas evitar problemas, no los enfrentas!

La mano de Akara se posó sobre el brazo de Malco deteniéndolo en el momento en que intentaba levantarse. Armand, que vio aquel gesto, golpeó con rabia la superficie rugosa de la mesa de madera y abandonó la taberna.

—Caray, ¡qué genio! —comentó Lyra.

—Sí, y no nos traerá nada bueno —admitió Malco meneando la cabeza.

—Bueno, entonces cuanto antes terminemos con este asunto, mejor —señaló Almer—. Akara y Lyra pueden averiguar dónde suelen reunirse las mujeres. Seguramente habrá un lugar donde laven la ropa y esas cosas, ¿no? Mientras tanto, Malco y yo nos dedicaremos a las tabernas —declaró con una sonrisa pícaro—, allí suelen hablar de muchas cosas y podremos obtener información.

Lyra se volvió hacia él observándolo con los ojos entrecerrados.

—¿Y tú cómo sabes tanto? Pensé que no tenías recuerdos.

—Veo y aprendo —le contestó.

—¿Ah, sí? —inquirió—. ¿Y qué otras cosas has aprendido?

Almer se alzó de hombros y luego clavó sus ojos azules en Lyra.

—Esto no lo he aprendido, pero he descubierto que tengo sentimientos, y emociones —le comentó en voz baja y sin dejar de mirarla mientras se sonrojaba—, como los de cualquier hombre por una mujer.

—Ejem, esto... —interrumpió Malco temeroso de que Almer se le declarase a su hermana allí mismo—, creo que será mejor que vayamos a buscar una casa para vivir durante el tiempo que permanezcamos aquí.

Se volvió hacia Lyra y vio que esta articulaba una palabra en silencio. Le leyó los labios en los que se deletreaba a la perfección la palabra *idiota*. Él sonrió.

XVII

No les costó alquilar una casa en el barrio holandés. Los tejedores holandeses se habían instalado allí hacía más de cien años, y habían prosperado con sus comercios de venta de lana permitiéndoles traer a sus familias. Después, cuando la persecución a los protestantes terminó en Flandes, algunos regresaron a su país, pero la mayoría permaneció allí.

Había varias casas vacías. Escogieron una sencilla y agradable en la calle *Northgate*, donde todavía podían verse restos de una antigua muralla romana.

—Espero que Armand sepa dónde encontrarnos —comentó Akara con preocupación.

—No te preocupes; no tendremos la suerte de que se pierda —replicó Malco con sequedad. Estaba enfadado con Armand por su actitud y molesto por los celos que le despertaba la preocupación de Akara por él. Sacudió la cabeza contrariado—. Lo siento, es que...

Ella tomó su mano; la tibieza de su piel lo reconfortó.

—Lo sé —le aseguró ella acariciándole con el pulgar el dorso de la mano—. Quisiera que ya se hubiera acabado todo esto y poder estar en casa. Sentir que pertenezco a un lugar, a una época; ver las cosas de siempre, la misma gente. No poder hacerlo me inquieta, pero ya estamos aquí. El último paso antes de volver a casa.

Se puso de puntillas y lo besó suavemente en los labios, como una caricia. Cuando estaba con ella, a Malco le parecía que ya se encontraba en casa.

—Bueno —dijo Lyra acercándose a ellos—, creo que Akara y yo iremos al mercado, así compraremos algunas cosas para comer durante estos días y, de paso, preguntaremos por Arienne.

—Muy bien. Almer y yo recorreremos las tabernas más concurridas. Al

caer la tarde nos encontraremos aquí —les dijo— y veremos qué información hemos obtenido.

Todos se mostraron conformes y salieron de la casa. Dejaron atrás el barrio holandés y se separaron. Almer y Malco se internaron por las callejuelas de la ciudad en busca de las tabernas más concurridas. Llegaron a la calle principal y se dirigieron hacia el este. Se detuvieron casi en cada garito que encontraron, escuchando atentamente las conversaciones y preguntando discretamente.

Después de un largo recorrido y muchas paradas, se hallaban casi a las afueras de la ciudad, cerca del río Colne. Delante de ellos quedaba solo una escasa hilera de casitas modestas y la última taberna a la que entraron. Malco sentía que apestaban a sudor y a alcohol, a pesar de que ni Almer ni él habían bebido demasiado, ya que habrían acabado completamente borrachos dada la cantidad de tabernas que habían visitado.

Se encontraban cansados y algo desesperados, cuando escucharon una conversación.

—Esa Arienne sí que sabe hacer las cosas bien; es una verdadera bruja — comentó jocosamente un hombre bajito y musculoso que tenía la nariz torcida.

Su compañero estalló en carcajadas.

—Ya te lo decía yo —le respondió palmeándole la espalda—. ¡Eh, tabernero, otras dos pintas aquí! ¿Y tú qué miras? —le espetó groseramente a Malco al ver que lo miraba fijamente.

—Perdone —le dijo él—. He oído su conversación y me gustaría conocer a esa Arienne, si es posible.

El hombre bajito le dio un codazo en las costillas al otro.

—Eh, Tom, el tipo este quiere conocer a nuestra Arienne.

—Ya lo he oído, Will, y no es nuestra, sino mía —le replicó mirándolo con el ceño fruncido e inclinándose hacia él—, ¿te queda claro?

El tal Will retrocedió un paso y asintió.

—No quiero quedármela —les aseguró Malco intentando evitar problemas—, solo quiero conocerla y hablar con ella.

—¿Quedártela? —repitió Tom volviendo a estallar en carcajadas—. Por supuesto que no, muchacho, o tendría que partirte esa bonita cara que tienes. Veamos, ¿cuánto ofreces?

—Una libra.

—Que sean tres y te llevo con ella.

—Hecho —convino Malco sin inquietarse al ver que Tom alzaba las cejas en un gesto de burla.

No iba a ponerse a discutir por dinero cuando tenía lo que quería al alcance de la mano. Sacó las tres monedas y se las dio. Tom se levantó y se dirigió hacia la puerta esperando que Almer y él lo siguiesen. Salieron de la taberna y el hombre los condujo hasta un sucio callejón.

—Es la tercera puerta del lado derecho —les indicó—. Dile que te manda Tom.

Se marchó silbando, dejándolos a la entrada del callejón. La casa que había indicado parecía bastante vieja y descuidada. No estaba seguro de que alguien pudiese vivir allí. Malco se temió que les hubiesen tomado el pelo y robado el dinero. Pero no tenían nada que perder, así que se acercaron a la casa y llamó.

Después de unos minutos la puerta se abrió y apareció una mujer mayor con el pelo sucio y desgreñado. Vestía una falda amplia que en algún momento había sido de color marrón, y una blusa blanca sobre la que se había echado un chal negro bastante desgastado también.

—¿Qué quieren? —preguntó hoscamente mirándolos de arriba abajo.

Malco vio que le faltaban varios dientes.

—¿Arienne? —tanteó algo nervioso—. Nos manda Tom.

Ella resopló desdeñosa, pero luego se apartó para franquearles la entrada.

—Entrad. Primer piso a la derecha.

Malco se alegró de que aquella no fuese Arienne. Subieron la escalera y llamaron a la puerta. Respondió desde dentro la voz dulce de una mujer.

—¡Está abierto!

Giró el pomo y entraron. La habitación era pequeña y estaba decorada con un pésimo gusto en tonos rojos brillantes y chillones. Echada sobre un diván descansaba una mujer bastante ligera de ropa. Debía rondar los cuarenta años y llevaba los dedos cubiertos de anillos. Malco escuchó que Almer tragaba saliva y tosía. Sin recuerdos, aquello también era una experiencia nueva para él.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —ronroneó ella—. Dos guapos mozuelos.

Se levantó lentamente, y con movimientos casi felinos se acercó a ellos.

—¿Eres Arienne? —preguntó Malco.

—Sí, cariño, ¿qué puedo hacer por vosotros? —preguntó mientras pasaba al lado de Almer y le soplabla en la oreja. Almer dio un respingo. Luego lo rodeó

por detrás, como si lo inspeccionara, y se colocó delante de Malco—. Sé hacer muchas cosas que pueden agradaros —le dijo provocativamente deslizando una uña por su pecho.

Malco se quedó algo desconcertado. No se le había ocurrido que el grimorio pudiese tenerlo una prostituta, aunque resultaba claro que ese era el oficio de Arienne.

—Queremos un libro que tienes —le dijo apartando la mano de su pecho.

—¿Un libro? —repuso ella asombrada. Luego frunció el ceño. Se alejó unos pasos y se llevó las manos a las caderas mirándolos con los ojos entrecerrados—. ¿Es una de las bromas de Tom?

Malco negó con la cabeza.

—No. Estamos buscando un libro que te entregaron hace tiempo.

—No tengo ningún libro, ¿o acaso ves tú alguno por aquí? —le espetó. La voz sedosa se había transformado en una cuchilla afilada—. ¡Maldito sea Tom! ¡Os ha mandado para burlaros de mí otra vez!

—De verdad que no —intervino Almer—. Hemos venido...

Pero Arienne no escuchaba, parecía una bomba a punto de estallar.

—¡Él sabe que ni siquiera sé leer! —repuso jadeando hecha una furia, haciendo que sus rebosantes pechos subiesen y bajasen a un ritmo desigual—. ¡Fuera de aquí, bastardos!

Tomó un cepillo para el pelo y se los arrojó con fuerza. Malco se agachó a tiempo y el objeto se estrelló contra la pared. Cogió a Almer del brazo y lo empujó rápidamente hacia fuera de la habitación cerrando la puerta tras de sí justo cuando otro objeto chocaba contra esta y se escuchaba el sonido de la porcelana al hacerse añicos.

Abandonaron la casa a toda prisa y se dirigieron de nuevo hacia la calle principal. No merecía la pena encararse con el tal Tom. Volverían a la casa para ver si las chicas habían tenido mejor suerte que ellos.

Malco suspiró. Aquella búsqueda no iba a resultar nada fácil.

—Nos equivocamos de persona —señaló.

—Ya me di cuenta. Pero ¿no había dicho ese tal Will que Arienne era una verdadera bruja? —le preguntó Almer con el ceño fruncido.

Malco sonrió.

—Sí, pero lo decía en sentido figurado —le dijo. Vio la cara de interrogación de Almer y se apresuró a continuar—. Forma parte de los recuerdos que no tienes, y no creo que sea el momento de que hagas recuerdos

nuevos sobre este asunto. Mejor olvídate de ello.

Almer pareció a punto de protestar, pero luego se encogió de hombros y no preguntó nada más.

Cuando llegaron a la casa, en el barrio holandés, los asaltó el aroma de la cena. Las chicas habían puesto los cubiertos sobre la mesa y, de alguna forma, habían logrado encender también la chimenea.

—¿Ha regresado Armand? —preguntó Malco dejándose caer sobre uno de los divanes. Vio que Akara negaba con la cabeza y notó la preocupación en su rostro, pero lo dejó pasar—. Bueno, nosotros no tuvimos suerte en nuestra búsqueda. Encontramos una Arienne —dijo esbozando una sonrisa ante el recuerdo—, pero resultó ser una prostituta. Así que estamos como al principio. Y vosotras, ¿qué tal?

Lyra esbozó una amplia sonrisa de satisfacción.

—Nosotras sí que encontramos a la verdadera Arienne.

XVIII

Malco se incorporó en el diván arqueando las cejas sorprendido. ¿Cómo era posible que la hubiesen encontrado tan pronto?

—¿Dónde la habéis visto? ¿Habéis hablado con ella?

Akara negó con la cabeza.

—Supimos de ella por unas mujeres del mercado. Una de ellas tenía un hijo enfermo, con fiebre alta, y la otra le recomendó que fuese a ver a Arienne para que le diese algún remedio. Cuando le preguntamos sobre ella, desconfiaron de nosotras y no quisieron darnos ninguna información.

—Parece ser —continuó Lyra— que es herbolaria y ayuda mucho a las mujeres cuando tienen algún familiar enfermo. La aprecian bastante y tienen miedo de atraer la atención de los cazadores de brujas.

—Entonces —quiso saber Almer—, ¿seguimos sin saber nada?

Lyra sonrió.

—Claro que no. Seguimos a la mujer que tenía el hijo enfermo hasta la casa de Arienne. Esperamos hasta que la mujer salió y vimos cómo escondía unas hierbas en su cesta. No tocamos a la puerta para no llamar la atención; además, creíamos que sería mejor si fuéramos todos durante la noche.

—Muy bien, entonces iremos después de cenar —declaró Malco.

—Sí —convino Almer—, me muero de hambre.

—Y apestas a cerveza —le replicó Lyra arrugando la nariz. Almer le sonrió feliz y la siguió al comedor.

Malco sacudió la cabeza con pesar al verlos alejarse.

—¿Qué te preocupa? —quiso saber Akara.

Le cogió la mano y quiso avanzar con él hacia el comedor, pero Malco la detuvo.

—Me preocupa Lyra.

—¿Por qué? —le preguntó ella algo sorprendida.

—Porque se ha enamorado de Almer, y él solo existe en esta realidad, pero no en la de ella. ¿Qué pasará cuando regresemos? Almer no podrá venir con nosotros y Lyra sufrirá.

Akara le apretó la mano suavemente.

—Malco, el amor no se planea, solo surge, y va cambiando y madurando con el tiempo. No puedes evitar lo que pasa entre ellos.

—Pero...

Ella lo interrumpió poniendo un dedo sobre sus labios.

—Cuando llegue el momento sufrirán los dos, pero también tendrán recuerdos hermosos. Creo que el amor, cuando es verdadero, cambia a las personas.

—¿Qué sientes tú por mí?

«¡Maldita sea!», pensó. La pregunta le había salido sin pensar y se arrepintió al instante. Ella tenía su propia vida, sus amigos; se habían conocido en unas circunstancias bastante inverosímiles, tal vez aquello no estaba destinado a durar.

—¿Venís o qué? —los llamó Lyra asomándose por la puerta del comedor—. Os estamos esperando. Cuanto antes vayamos a ver a Arienne, mejor.

—Sí, ya vamos —respondió Malco aliviado por aquella interrupción.

Se encaminaron en silencio hacia el comedor y la pregunta quedó sin respuesta.

Armand no había llegado aún cuando terminaron de cenar, por lo que se fueron sin él. Recorrieron la calle de *Northgate* hasta llegar a lo que parecía un parque. Más allá, iluminada por antorchas, se veía una fortaleza.

En las calles desiertas reinaba un silencio casi sepulcral.

—Hay que rodear el castillo —musitó Lyra— y tomar la primera calle a la derecha.

Avanzaron en silencio hasta llegar al lugar. Se trataba de un barrio pobre, casi a las afueras de Colchester. Más allá de las últimas casas solo se veía la oscuridad del bosque y se escuchaba cercano el rumor de un río. Lyra los condujo hasta la puerta de una pequeña casa de madera. De las ventanas escapaba el tenue resplandor de unas velas. Llamaron a la puerta. Desde dentro les llegó el ruido del entrecuchar de unas vasijas y el rumor de pasos precipitados. Alguien abrió la puerta tan solo el espacio suficiente para

asomar la cabeza.

Era una mujer joven, de espesa cabellera negra y ojos que parecían negros en la penumbra.

—¿Quiénes son? ¿Qué desean? —preguntó dejando traslucir el temblor en su voz.

—¿Eres Arienne? —le preguntó Lyra—. Solo deseamos hablar contigo.

—¿De qué? —inquirió ella desconfiada aunque algo más tranquila al ver que se trataba de muchachos jóvenes—. Estas no son horas para venir a hablar.

—No tienes nada que temer de nosotros —le aseguró Akara—. Buscamos un libro antiguo que creemos que tienes tú. No queremos causarte problemas. ¿Podemos entrar?

—¿Por qué creen que yo tengo ese libro? —preguntó asustada de nuevo—. Solo soy una pobre campesina.

Intentó cerrar la puerta, pero Malco apoyó su mano sobre ella para impedirsele.

—Espera, por favor. Necesitamos ese libro y estamos dispuestos a pagarte. Mira.

Sacó una moneda del bolsillo y extendió la mano para que la viera. Luego se concentró en el metal e hizo que la moneda se elevase sobre la palma de su mano. La mujer abrió los ojos asombrada y lo miró fijamente.

—Somos como tú —le dijo Lyra—, por eso necesitamos tu ayuda.

Arienne miró a ambos lados de la calle, que se encontraba desierta, y se apartó para dejarlos entrar.

La pequeña sala, aunque austera, era confortable y estaba caldeada por un fuego que ardía en la chimenea donde hervía una olla que desprendía un olor aromático a hierbas. Sobre una vieja mesa de madera descansaban vasijas de barro y otros utensilios. Había un armario con frascos y bolsas que contenían hierbas y algunas semillas.

—¿Cómo me habéis encontrado? —les preguntó mientras hacía un gesto con la mano invitándolos a sentarse.

—Escuchamos a unas mujeres hablar de ti en el mercado y las seguimos hasta aquí —respondió Lyra.

Ella asintió con la cabeza.

—Me dedico a hacer remedios medicinales y los vendo, con eso gano lo suficiente para vivir. Ahora mismo estaba cocinando un poco de té —explicó.

Llenó unas tazas del líquido de la olla y se las ofreció. Olía bien—. Hasta ahora no he tenido problemas con nadie y creo que las mujeres me aprecian, pero no se puede estar segura en estos tiempos. Han acusado a demasiadas mujeres de brujería por venganza o por cualquier otro motivo. No estáis seguros aquí... —afirmó. Se detuvo un momento y luego fijó su mirada en Malco—, ¿cómo hiciste eso?

Él le sonrió. No podía exponerle la relación de la alquimia con la química y la física tal como la había estudiado en la universidad.

—Es complicado de explicar —respondió encogiéndose de hombros. Luego se centró en el tema que les interesaba—. Arienne, el libro que buscamos es muy antiguo; es grueso y las tapas son de cobre con figuras y dibujos extraños.

Ella esbozó una sonrisa y asintió.

—Esperad un momento.

Desapareció por una puerta que había en la estancia y que seguramente comunicaba con su habitación. Regresó a los pocos minutos con un grueso paquete envuelto en tela. Lo colocó sobre la mesa y lo desenvolvió.

—¡El grimorio de Flamel! —exclamó Lyra maravillada.

Tenían ante sus ojos un antiguo volumen que contenía muchos de los secretos de la ciencia. Arienne lo abrió con delicadeza. Las hojas habían sido confeccionadas en un material extraño, no parecía pergamino ni papel. En cada una habían grabado unas letras coloreadas que podían leerse con claridad. La escritura era parecida al latín. Había también unos dibujos extraños al lado de los cuales alguien había escrito algunas palabras con tinta.

—Este libro perteneció a mi abuela —les explicó—. De ella aprendí todo lo que sé sobre herboristería.

Akara siguió con el dedo algunas de las palabras escritas con tinta.

—Son recetas de remedios medicinales.

Arienne asintió con la cabeza.

—Mi abuela las sacó de este libro y las volvió a escribir de forma que yo pudiera comprenderlas. Las otras letras no sé leerlas, aunque en las páginas finales mi abuela dejó escritos también otros conjuros que se encuentran en este mismo libro.

Malco echó un vistazo a las páginas de las que hablaba y encontró allí transcrito el conjuro de la reversión del tiempo junto a otros hechizos muy interesantes.

—Arienne, ¿nos dejarías llevarnos este libro?

Ella acarició con suavidad las hojas antiguas. En su expresión había una sombra de duda.

—Es muy importante para nosotros —insistió Akara—, lo necesitamos para regresar a nuestra casa. Podrías copiar las recetas de tu abuela, así no las perderías. Además, te pagaríamos bien por el libro.

—No sé escribir —respondió con un susurro de voz.

—Yo lo haré por ti —le aseguró Akara—. Mañana vendré temprano, para que no me vea nadie, y copiaré lo que tu abuela escribió, luego me llevaré el libro. ¿Te parece bien?

Arienne se quedó pensativa mientras todos la observaban expectantes en silencio.

—Ese libro puede volverse un problema para mí en estos tiempos —dijo por fin—; aunque me resulta muy querido, solo las recetas me son realmente útiles —admitió. Luego paseó nerviosa su mirada de uno a otro antes de añadir—, nadie sabrá que han estado aquí ni que se han llevado este libro, ¿verdad?

—Nadie lo sabrá —le aseguró Malco—; te lo prometo.

Ella cerró el grimorio y lo envolvió de nuevo en la tela.

—Entonces mañana os lo entregaré —les dijo esbozando una sonrisa.

Ellos se levantaron también sonrientes, con la seguridad de que ya estaban un paso más cerca de casa.

—Toma —le dijo Malco ofreciéndole cinco libras de plata—, esto es por el libro.

Ella abrió los ojos asombrada.

—¡Es mucho dinero, señor!

—Ese libro lo vale —le respondió.

Y era cierto. Nada podía valer tanto como la sonrisa que iluminó el rostro de Arienne mientras apretaba las monedas contra su pecho, ni como la posibilidad de volver a casa.

XIX

Salieron de nuevo al silencio de la noche y pronto dejaron atrás la casa de Arienne. Internándose por callejones y callejas, regresaron otra vez al barrio holandés. En la ventana del salón se veía luz, seguramente había llegado Armand.

Lo encontraron en el salón, recostado en un diván con una copa de vino en la mano.

—¿Cómo entraste en la casa? —le preguntó Malco.

—Unos trucos que aprendí —repuso lentamente tomando un sorbo del rojizo líquido—. ¿La habéis encontrado?

—Sí.

—¿Y os ha entregado el libro?

—No —respondió Akara—, pero...

—Me lo supuse —la interrumpió él levantándose del sillón y depositando la copa sobre una mesilla. Luego miró a Malco—. Es mejor hacer las cosas a mi manera, porque tú no las haces muy bien. No sé por qué te buscó Saint Germain; realmente no te necesitaba. Mandarme a mí solo hubiera sido suficiente.

Tras esto abandonó el salón en medio de un tenso silencio. Malco apretó los puños mientras notaba cómo la rabia le roía las entrañas. Respiró hondo para calmarse. Por la mañana le demostraría que se había equivocado, cuando tuviese el libro en sus manos y estuviesen camino de Londres.

—No le hagas caso —le dijo Lyra acercándose a él—, mañana todo habrá terminado. Akara y yo compramos algo de ropa, os la hemos dejado en la habitación. Llevamos demasiado tiempo utilizando lo mismo —comentó arrugando la nariz al contemplar su propio vestido.

Malco le pasó el brazo por los hombros y la besó en la mejilla agradeciéndole su apoyo. Ella sonrió y le devolvió el beso.

—Me voy a acostar —dijo Akara—. Mañana quiero salir temprano hacia la casa de Arienne. Creo que habremos terminado con todo alrededor de las diez, pero pasamos más bien hacia las once para estar más seguros.

Malco asintió con la cabeza.

—Desde allí partiremos directamente para Londres —les dijo él—. Nosotros nos ocuparemos de preparar las cosas.

Una vez que concretaron todos los detalles, se retiraron a las habitaciones. A pesar del cansancio, a Malco le costó de nuevo conciliar el sueño. Por una vez, Almer tampoco parecía poder dormir.

—¿Cuánto crees que tardaréis en regresar a casa? —le preguntó.

—No lo sé —respondió con sinceridad mientras trataba de escudriñar en la penumbra la silueta de su compañero—. Supongo que no tardaremos mucho en sellar las puertas.

—Me gusta tu hermana... —soltó Almer de improviso. Malco permaneció en silencio a la espera de que continuase. Después de un momento prosiguió —, pero solo soy el reflejo de otro. Espero que en el mundo real no sea un tipo como Armand, sé que a Lyra no le gustaría.

Malco pensó en ello. Un espejo reflejaba solo el exterior de la persona, sin embargo, de un modo u otro, también proyectaba el interior o aquello que se pretendía esconder. Era posible ensayar ante el espejo una sonrisa aunque por dentro nos sintiésemos tristes; se podía practicar una imagen de tipo duro, de indiferencia, aun cuando por dentro nos sintiésemos inseguros o temerosos. Malco se preguntó cuál era el *yo* real, ¿la persona misma o la del espejo?

El silencio se extendió y supo que Almer aguardaba alguna respuesta. Recordó lo que Akara le había dicho una vez.

—Almer, aprovecha el tiempo que pases con Lyra y hazla feliz. Cuando llegue el día en que tengáis que separaros, al menos los dos tendréis buenos recuerdos y, quién sabe, quizás os encontréis en el mundo real y esos recuerdos puedan uniros.

Escuchó el suspiro de Almer, pero no comentó nada más. Malco se volvió hacia el ventanal de la terraza; en unas cuantas horas más amanecería. Le había preguntado a Akara qué sentía por él, pero él no le había dicho lo que sentía por ella. Se preguntó si no trataba a veces a las demás personas como si fueran su reflejo en el espejo, esperando que le mostrasen lo que quería ver y le

dijesen lo que quería oír, pero sin abrir él mismo su interior ni mostrarse tal cual era. Pensó que le gustaría que su yo real y su yo del espejo fueran uno mismo. Con esta idea en la mente, cerró los ojos y se quedó dormido.

Cuando los abrió de nuevo, la luz entraba a raudales por el ventanal. Saltó de la cama pensando que quizás se le había hecho demasiado tarde, ya que Almer no se encontraba en la habitación. Se vistió rápidamente y bajó al comedor. Alguien había dejado el desayuno preparado sobre la mesa, pero no se veía a nadie por ninguna parte.

Se dirigió hacia la cocina que también se encontraba vacía. Regresó al comedor preguntándose dónde podían estar todos. Luego se encogió de hombros. Si habían salido, no tardarían en volver. Se sentó para dar buena cuenta del desayuno al notar que se encontraba realmente hambriento, pero los ruidos de las carretas y las voces que llegaban desde la calle lo distrajeron. Se asomó a la ventana y vio a Armand al otro lado de la avenida. Discutía con un joven que llevaba el cabello castaño largo y suelto sobre los hombros. La barba y el bigote contrastaban con la palidez de su rostro. Vestía todo de negro excepto por un enorme cuello blanco que sobresalía sobre su chaqueta de paño. Armand le entregó entonces una bolsa pequeña que el hombre sopesó antes de hacer una reverencia y alejarse.

Malco se dirigió hacia la entrada de la casa con la intención de interceptarlo cuando entrase y preguntarle con quién hablaba, sin embargo, al pasar por delante de la puerta del salón, que se hallaba entreabierta, escuchó la risa de su hermana. Asomó la cabeza y descubrió a Almer besándola. Carraspeó para llamar su atención; al fin y al cabo, tenía que cumplir con su papel de hermano mayor. Los dos se separaron y se volvieron a mirarlo con una sonrisa boba en los labios. Él sacudió la cabeza y no pudo evitar sonreír también.

—Hay mucho que hacer y tenemos poco tiempo —les dijo—. Lyra, recoge todas nuestras cosas. Almer, ¿puedes encargarte de conseguir un carruaje, por favor? En cuanto esté en la puerta nos iremos.

Ambos asintieron. Almer salió, pero Lyra se detuvo a su lado.

—¡Eres un aguafiestas, hermanito!

—Lo sé —le respondió con una sonrisa cariñosa. Luego se puso serio—. Espero que sepas lo que haces.

Lyra lo miró también con seriedad y asintió.

—No es lo que hubiera querido, pero tampoco he podido evitarlo, ¿sabes?

Uno no escoge de quién enamorarse, simplemente sucede.

Malco la miró con atención. En ese momento le pareció más madura. Tal vez esa aventura los había cambiado a todos un poco, pero era su hermana y la quería.

—No quiero que sufras.

Lyra le acarició la mejilla con cariño.

—Cuando llegue ese momento estarás a mi lado, ¿verdad?

—Siempre —le aseguró—, para eso están los hermanos, ¿no?

Armand cruzó el pasillo en ese momento y Malco lo llamó.

—¿Qué quieres? —inquirió Armand.

Esa mañana parecía más tranquilo y muy satisfecho consigo mismo. Aquella actitud hizo recelar a Malco y despertó en él la alarma.

—¿Con quién hablabas? —quiso saber.

—Eso no es de tu incumbencia; así que si no tienes nada más que decirme, tengo asuntos que atender.

Malco no deseaba discutir otra vez, por lo que prefirió no insistir.

—Hoy nos marchamos a Londres —le comentó—. Almer ha ido a conseguir un carruaje, después iremos a casa de Arienne a por el grimorio.

—Pareces estar muy seguro de que te lo dará —repuso Armand tensando el cuerpo.

—Ayer no nos lo pudo entregar porque había unas anotaciones escritas en él que no quería perder —le explicó con paciencia—. Como no sabe escribir, Akara le prometió que se las copiaría y fue esta mañana a su casa para hacerlo; cuando hayan terminado, podremos llevarnos el libro.

Armand palideció antes de estallar.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me dijiste eso ayer? —gritó furioso.

Malco no supo si lo que veía en sus ojos era furia o miedo. Un escalofrío le atravesó la espalda.

—¿Porque no me diste tiempo para explicaciones! —le espetó él molesto, pero vio el rostro crispado de Armand y se alarmó—. ¿Qué pasa? ¿Qué has hecho?

Armand se pasó la mano por el cabello en un gesto nervioso que manifestaba su alteración. Luego, tomó aire para intentar calmarse antes de responder.

—El joven con el que hablaba, era Matthew Hopkins. Hice un trato con él. Se quedaba con Arienne y yo con el libro.

Lyra soltó un grito y se cubrió la boca con la mano. Malco sintió que el corazón se le detenía en el pecho y la sangre se le agolpaba en la cabeza. Arienne, Akara...

—¡Maldito bastardo! ¿Cómo has podido venderla así? —le gritó dejando escapar su rabia y su miedo. Sin poder contenerse, lo golpeó con el puño y Armand se tambaleó. Lo agarró por las solapas y lo sacudió—. ¡Si le ha pasado algo a Akara, te juro que te mato!

—¡Malco! —lo llamó Lyra.

Mientras se dirigía hacia la puerta se volvió hacia su hermana.

—En cuanto llegue Almer, id a la casa de Arienne —le ordenó.

Salió a la calle y corrió con todas sus fuerzas a pesar de que la gente lo miraba como si hubiera perdido el juicio. No tardó en divisar las casitas donde habían estado la noche anterior. La puerta de Arienne se encontraba cerrada. La aporreó con fuerza mientras gritaba sin importarle si llamaba o no la atención.

—¡Akara!

Escuchó pasos en el interior y sintió que el alivio lo invadía cuando la puerta se abrió. Arienne lo hizo pasar al interior de un tirón antes de cerrar inmediatamente. Con el rostro blanco y los ojos agrandados por el terror, se echó en sus brazos y se puso a llorar.

—Él... vino... —explicó entre hipidos.

—Tranquila, Arienne —le dijo tratando de calmarla aunque a él le temblaban las manos y la voz—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde se encuentra Akara?

—Se la ha... llevado —balbuceó secándose las lágrimas—. Akara le dijo que era yo... y... y a mí me dejó.

—¿A dónde se la ha llevado? —le preguntó. Ella sacudió la cabeza confundida. Malco insistió—. Piensa un poco, Arienne, ¿dónde puede haber ido?

—Supongo... que a la prisión de Chelmsford.

Escucharon el ruido de un carruaje que se detenía ante la casa y poco después llamaron a la puerta. Cuando la abrió, Lyra se encontraba en el vano, retorciéndose las manos nerviosa. Miró a la llorosa Arienne y después volvió su mirada hacia él.

—¿Y Akara?

Notó la preocupación en su voz.

—Se la han llevado a Chelmsford.

Lyra palideció y Almer, que se encontraba ya junto a ella, la abrazó. Malco se volvió hacia Arienne que en ese momento se acercaba a él con un bulto en las manos.

—Me pidió que te entregase esto —le dijo ofreciéndole el grimorio—. Lo siento, yo...

Se le cortó la voz y unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No, Arienne —le dijo poniendo una mano sobre su hombro—, no ha sido culpa tuya. No te preocupes, Akara estará bien —le aseguró y rezó para sus adentros porque fuese cierto—. Gracias por el libro. ¿Estarás bien?

Ella asintió con la cabeza.

—Las mujeres me protegerán. Id con Akara.

—Cuídate.

Salieron de la casa y Malco le entregó el paquete a Lyra después de ayudarla a subir al carruaje.

—Encárgate tú del libro. No lo pierdas de vista en ningún momento —le dijo. Luego subió al pescante donde Armand sujetaba las riendas. Su rostro era sombrío y aún se veía pálido. Malco lo miró—. ¡Nos vamos a Chelmsford!

XX

Llegaron a Chelmsford antes del mediodía. Durante el trayecto había estado dándole vueltas al problema de cómo rescatar a Akara de la prisión. No tenía ni idea de cuánta seguridad había, en qué celda se encontraría o qué oportunidades habría de sacarla de allí, así que tendría que esperar a trazar un plan hasta que obtuviese algo más de información.

Dejaron el carruaje en la casa de postas y se dirigieron a *La rosa y la corona*. Allí podrían comer y quizás averiguar algo sobre la prisión. Malco estaba decidido a lograr que le permitiesen una visita. Necesitaba verla y asegurarle que la sacaría de allí.

—Voy a ir a la prisión a ver a Akara —les dijo mientras aguardaban a que les sirviesen la comida. Se hallaban en el comedor de la posada, donde había reunidas varias personas comiendo y conversando en voz baja.

—Yo iré contigo —declaró Armand.

Malco lo miró con recelo.

—No nos dejarán entrar a los dos, Armand.

—Quiero hablar con Hopkins —insistió.

—Ya has causado suficientes problemas, ¿no te parece? —le espetó secamente—. Será mejor que no intervengas de nuevo.

Armand se levantó.

—¡Haré lo que me dé la gana, maldita sea! Yo la he metido en esto y yo la sacaré.

Malco tiró de su brazo y lo volvió a sentar, consciente de que algunas miradas se habían vuelto hacia ellos.

—¡Si armas jaleo y te meten en prisión a ti también, no podré sacaros a los dos! —gruñó en voz baja—, ¿es que no lo comprendes?

—¿Y cómo piensas sacarla a ella, eh? —le preguntó inclinándose hacia delante de tal modo que Malco pudo leer la amenaza en sus ojos.

Él bajó la voz casi hasta un susurro antes de responder.

—¡Con la magia!

Armand lo miró fijamente, en silencio; luego se dejó caer lentamente sobre su asiento con aspecto derrotado mientras se pasaba la mano por el rostro en un gesto de impotencia.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó ya más calmado.

Malco respiró aliviado. Si Armand permanecía quieto tendrían más probabilidades de éxito o menos oportunidades de encontrar problemas.

—Averigua todo lo que puedas sobre la prisión —le pidió—; cuántos guardias hay, cada cuánto tiempo cambian los turnos, toda la información posible. Tú eres bueno para eso —le dijo—. Cuando lo sepamos, trazaremos un plan.

Armand asintió. Sin esperar a que trajesen la comida, se levantó y se marchó de la posada.

—¿Crees que hará lo que le has pedido? —preguntó Almer.

—Eso espero.

—¿Cómo piensas sacarla de ahí? —quiso saber Lyra.

—Dependerá de la información que traiga Armand, pero puedo manipular las cerraduras de las puertas —le explicó—. Lo que necesitaría es una oportunidad en la que no hubiese guardias.

—Pero si no hay guardias vigilando no te dejarán permanecer allí —replicó Almer con lógica.

El posadero se acercó y guardaron silencio.

—Es un placer volver a verlos, señores, señora. Espero que la comida sea de su gusto —comentó en tono servil mientras depositaba la comida sobre la mesa.

—Todo está muy bien, gracias —le aseguró Malco deseando que se marchara.

Pero el posadero titubeó antes de alejarse; en su rostro se notaba la indecisión. Finalmente se atrevió a hablar.

—Por si le interesa, señor, el caballero por el que me preguntó en la ocasión anterior se encuentra otra vez entre nosotros, tal vez desee escucharlo.

—Lo tendré en cuenta —le dijo Malco—, muchas gracias.

Le entregó una moneda para que los dejase tranquilos. El hombre hizo una

reverencia y se alejó.

—¿De qué caballero hablaba? —preguntó Lyra curiosa.

Malco esbozó una media sonrisa al recordarlo.

—Cuando estuvimos aquí hace unos días, había un hombre en el salón central exponiendo sus teorías a todos los que quisieran escucharlo. Me llamó la atención porque defendía a las mujeres a las que acusaban de brujería y parecía no estar muy de acuerdo con las ideas y las acciones de Hopkins. Pregunté al posadero de quién se trataba.

—¿Y? —quiso saber Almer.

—Tú no lo conoces, pero Lyra tal vez sepa de quién se trata: John Milton.

—¿Por qué me suena tanto? —inquirió ella arrugando el entrecejo mientras intentaba dar con la respuesta.

—Si prestases un poco más de atención en clases te acordarías —comentó con una sonrisa burlona—, porque lo has estudiado en literatura. Se trata de uno de los poetas más insignes de Inglaterra. Escribió muchos ensayos y un libro que, aunque él no lo sepa todavía, se hará famoso, *El Paraíso perdido*.

Lyra abrió los ojos asombrada.

—¿En serio lo viste? ¿A ese John Milton? —preguntó. Malco asintió y ella sacudió la cabeza con incredulidad—. Me parece increíble —repuso—, quizás nos hemos cruzado con filósofos, escritores o pintores famosos de esta época y ni nos hemos enterado.

—Piensa que muchas veces es el tiempo lo que da la fama a un hombre o a una mujer —le recordó él.

—El tiempo es más importante de lo que parece —reflexionó Almer en voz alta.

Lyra lo miró con cariño y le cogió la mano. Quizás ambos estaban pensando que era tiempo, precisamente, lo que a ellos les faltaba. Tiempo para conocerse mejor, para estar juntos, para charlar, para compartir momentos y emociones. Ese tiempo que haría consolidar el verdadero amor.

Malco pensó en Akara y en cuánto deseaba pasar ese tiempo con ella. Lo sobresaltó la voz de Armand a su lado. No se había percatado del momento en el que había vuelto a entrar en la posada.

—Tengo lo que me pediste —le dijo—. Los guardias son cinco en cada turno y cambian cada seis horas. Solo hay dos momentos en que los prisioneros se quedan sin vigilancia, durante la comida y la cena, aunque durante el tiempo de esta última, Hopkins suele bajar a interrogar a los presos.

Malco permaneció en silencio reflexionando unos minutos.

—Bien —dijo finalmente—. La sacaremos durante la cena. Armand, quiero que tengas el carruaje preparado en la avenida principal dos calles más abajo de la prisión, no queremos levantar sospechas. Lyra, tú te quedarás en el carruaje, Almer vendrá conmigo.

—La cena de los guardias solo dura quince minutos —le señaló Armand—. Ese es el tiempo de que dispondrás.

No era demasiado, pero tendría que bastar. Se volvió a mirarlo.

—Gracias.

Armand se quedó serio y le devolvió la mirada durante unos largos minutos en los que se prolongó el silencio. En su cuerpo se percibía una tensión contenida.

—Lo siento —soltó finalmente—, lo he echado todo a perder.

Malco sabía que le había costado un gran esfuerzo reconocer su error.

—Ahora ya no importa —le aseguró—. La sacaremos de ahí y volveremos a casa. Voy a decirle a Akara el plan.

Armand asintió rígidamente.

Después de comer, Malco salió a la calle y se dirigió hacia la cárcel situada cerca de la posada, en la plaza donde se habían celebrado los juicios por brujería. El edificio, construido en piedra, era bastante sórdido. Un guardia lo detuvo en la puerta.

—¿Qué quiere? —le preguntó en tono brusco y poco amigable.

—Tengo interés en visitar a uno de los prisioneros—le dijo mientras sacaba una moneda de la bolsa haciéndola tintinear, tal y como había visto hacer en las películas. Si no supiera que todo aquello era peligroso, se habría echado a reír.

El guardia tomó la moneda que Malco le ofrecía, pero miró la bolsa con codicia.

—No sé si será posible, señor —respondió lamiéndose los labios.

Sacó otra libra de plata. El guardia la hizo cambiar rápidamente de mano, y abrió la puerta. Cruzó el patio y entró en el edificio que constituía propiamente la prisión. Se encontró en una antesala poco iluminada y bastante sucia que daba a un corredor. Escuchó el rumor de unos pasos y el tintineo de las llaves al entrecrochar. Por el pasillo se fue acercando la luz que proyectaba una antorcha.

—¿Quién anda ahí? —espetó una voz ronca y cavernosa.

Cuando se acercó, Malco pudo ver al guardia. Era un hombretón maloliente que llevaba una camisa sucia, arremangada y abierta en el pecho, y unos pantalones marrones hasta media pierna, con unas medias rotas y zapatos viejos.

Habiendo aprendido del anterior encuentro con el otro guardia, esta vez no sacó la bolsa de monedas, simplemente tomó una libra de plata y se la puso delante al hombre.

—Quiero ver a uno de los prisioneros —declaró con su mejor tono de arrogancia.

El carcelero lo miró con suspicacia, pero finalmente se encogió de hombros, tomó la moneda y la mordió para asegurarse de que no era falsa antes de metérsela al bolsillo.

—¿A quién? —le preguntó con brusquedad mientras se giraba de nuevo hacia el pasillo por el que había llegado.

—Una mujer. Una joven a la que han traído esta mañana.

—¡Ah, la bruja del pelo negro! —comentó el hombre con una sonrisa de complicidad—. Venga por aquí. Muchas veces aparecen caballeros como usted que pagan bien por dejarles ver un momento de cerca a alguna de esas mujeres. Todos tienen curiosidad por saber cómo son, aunque puedo asegurarle que esta es la más bonita que hemos tenido por aquí.

Malco tuvo que contenerse para no golpear al hombre, aunque de poco le hubiera servido ya que este lo superaba en altura y kilos. Se esforzó por calmarse mientras recorrían el estrecho corredor. Tenía miedo de que hubiesen encerrado a Akara en las mazmorras del subsuelo, pero el hombre pasó de largo las escaleras que conducían al piso inferior y continuó avanzando por el pasillo, que cada vez se tornaba más oscuro y más húmedo.

XXI

Se detuvieron frente a una puerta de madera cerrada con un candado de hierro. El hombre abrió la ventanilla que había en la parte superior y echó un vistazo.

—Esta es —le dijo mientras giraba la llave en la cerradura y se hacía a un lado para dejarle entrar—. Tiene cinco minutos.

La puerta se cerró detrás de él con un golpe seco. En aquella brumosa oscuridad pudo ver a Akara que, de pie sobre un banco, agarraba firmemente los gruesos barrotes del estrecho ventanuco de la celda mientras tendía su rostro a los débiles rayos de sol. No volvió la cabeza cuando escuchó la puerta cerrarse, pero ante el silencio que siguió, se giró lentamente y se quedó mirándolo con sus enormes ojos grises. Se veía pálida y asustada. Malco abrió los brazos y ella corrió hacia ellos en busca de refugio. La abrazó con fuerza, deseando borrar esas últimas horas, y cuando ella alzó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas, la besó con desesperación.

—¡Malco! —susurró ella apoyándose sobre él.

—Shhhh. No tenemos mucho tiempo. Voy a sacarte de aquí, ¿me oyes? Al atardecer, los guardias se reúnen para cenar y nadie vigila las celdas. Entonces vendré a sacarte de aquí y nos marcharemos a Londres —explicó bajando la voz al escuchar los pesados pasos del carcelero que se acercaba—, ¿me has comprendido?

Ella asintió.

—Malco, sobre la pregunta que me hiciste el otro día...

Él volvió a besarla para silenciarla. Esta vez sería él quien hablase primero.

—Me gustas, Akara, mucho —le confesó acariciándole el rostro—, y creo

que me he enamorado de ti. Al menos sé que quiero pasar mi tiempo contigo, conocerte mejor, que compartamos cosas juntos, tal vez, incluso, una vida juntos.

Escucharon el ruido metálico de la llave al entrar en la cerradura y la puerta de la celda se abrió con un chirrido.

—¡Ya es tiempo! —le espetó secamente el hombre—. ¡Tiene que marcharse!

Malco se separó renuente de ella, pero, aunque seguía pálida, Akara permanecía tranquila e incluso le sonrió. Él se dirigió hacia la puerta hostigado por la dura mirada del carcelero.

—¡Malco! —lo llamó ella justo antes de que saliera—. ¡Yo también quiero todo eso contigo!

No pudo evitar sonreír. Salió de la prisión y regresó a la posada. Tenía otro asunto importante que resolver antes de poner en marcha el plan. Necesitaba a alguien que distrajese convenientemente a Matthew Hopkins para que no llegase a la prisión, y sabía quién podía ser ese hombre.

Entró en *La rosa y la corona* y se dirigió al salón central en busca de Milton. Por suerte se encontraba solo, sentado frente a la chimenea mientras fumaba su pipa. Malco tomó uno de los taburetes de madera y se sentó a su lado.

—Necesito su ayuda —le soltó.

El hombre no pareció alarmarse ante aquel asalto, sino que permaneció imperturbable. Le dirigió una mirada durante un breve momento y luego la volvió de nuevo hacia el fuego.

—¿Por qué querría ayudar a alguien a quien no conozco de nada?

—Porque necesito volver a mi época, al siglo XXI... —le soltó de pronto, aun corriendo el riesgo de que lo tomase por loco.

Milton no dijo nada, ni siquiera apartó la mirada del fuego, pero Malco notó en la tensión de su cuerpo que había despertado su interés. No perdía nada por intentarlo, así que le contó toda la historia, desde el robo de su reflejo del espejo hasta la captura de Akara. En medio del silencio del salón, solo se escuchaba el crepitar del fuego.

—Todo lo que me ha contado me resulta muy interesante, pero ¿cómo puedo saber que se trata de la verdad? —inquirió—. Puede que usted sea un visionario, mi joven amigo, un loco o tal vez simplemente un hombre en busca de notoriedad. Yo soy escéptico por naturaleza.

Malco se quedó pensando un momento en algo que pudiese serle de ayuda antes de responder.

—En 1667 publicará usted un poema narrativo titulado *El Paraíso perdido*, una epopeya acerca del tema bíblico sobre la caída de Adán y Eva. Ese libro, junto con otros muchos de sus escritos, harán de usted una de las figuras más importantes de la literatura inglesa.

Hubo un instante de silencio. Luego Milton asintió despacio.

—Ese poema es solo un proyecto en mi cabeza; ni siquiera he tenido tiempo de ponerlo por escrito, y, por supuesto, no lo he compartido con nadie.

Malco suspiró aliviado, al menos ahora lo creería.

—Entonces comprenderá que todo lo que le he dicho es cierto y que necesito su ayuda para rescatar a mi amiga.

—Si quiere mi opinión —le dijo él estirando las piernas hacia el fuego—, las mujeres no valen la pena.

—Pues para mí esta lo vale todo —declaró Malco convencido.

Ante aquella declaración, Milton se volvió a mirarlo por primera vez.

—Un joven de ideas firmes —señaló—, eso me gusta.

—¿Me ayudará entonces? —quiso saber. No podía esperar más tiempo, necesitaba una respuesta ya—. Puedo ofrecerle dinero.

El hombre hizo un gesto con la mano desechando el ofrecimiento.

—No me interesa el dinero. Me basta con saber que mi talento será reconocido y mis ideas publicadas y leídas —dijo con orgullo—. Le confieso que no tenía pensado poner ese título a mi libro, pero me gusta, *El Paraíso perdido*. Sí, suena bien, creo que lo adoptaré —le comentó con una sonrisa complacida—. Y ahora, joven, ¿cómo puedo ayudarle?

Malco se removió inquieto. Esperaba que Milton no se echase para atrás al saber en qué consistía su ayuda.

—Se trata de algo sencillo —comenzó—. Quiero entrar en la prisión mientras los guardias toman su cena y no hay vigilancia, sin embargo, Matthew Hopkins suele acudir a esa hora a las celdas para interrogar a los prisioneros. Necesito que lo entretenga todo el tiempo que pueda.

Milton esbozó una media sonrisa irónica.

—Hace tiempo que tenía ganas de exponerle algunas de mis ideas a ese caballero —admitió—. No me gusta demasiado su forma de pensar ni su arrogancia. Le ayudaré —aceptó—; sin embargo, dependerá de usted el que su plan funcione.

—Funcionará —le aseguró Malco al tiempo que se levantaba—. Ha sido un placer conocerlo en persona.

Extendió su mano hacia Milton. El hombre la miró primero con curiosidad y luego se la estrechó con firmeza. Malco le dirigió una venia y se fue en busca de los demás. Tenía que contarles el plan y preparar todo para su realización. Los encontró sentados todavía en el comedor de la posada, aunque en ese momento el lugar se encontraba más vacío que durante la comida.

Lyra esperó con impaciencia a que se acomodara su hermano antes de preguntar.

—¿Cómo se encuentra Akara?

—Está bien. Sabe que la sacaremos de allí al anochecer.

—¿Cómo lo harás? —le preguntó Armand. Estaba reclinado contra la pared, limpiando su espada.

—Milton entretendrá a Hopkins —le explicó.

Lyra agrandó los ojos sorprendida.

—¿Has conseguido que Milton, el gran poeta, te ayude? ¿Cómo lo has hecho?

—Le he dado ideas para algunos de sus libros —le respondió él con sarcasmo, por lo que se ganó una mirada cargada de escepticismo y un buen pellizco. Malco se frotó el brazo adolorido y continuó—. Bien, mientras los guardias cenan entraré en la prisión y Almer vigilará fuera por si hay problemas. Una vez que saquemos a Akara, correremos hacia el carruaje y partiremos hacia Londres.

—No me parece un buen plan —dijo Armand sacudiendo la cabeza—, hay muchas cosas que pueden salir mal. Es demasiado simple.

—Lo sé —admitió él—, pero también hay muchas posibilidades de que salga bien, y yo pienso apostar por ello.

Armand se quedó mirando fijamente la hoja bruñida de su espada y Malco temió que estuviese planeando utilizarla para abrirse paso hasta la celda de Akara, pero finalmente vio que asentía y se tranquilizó.

El posadero se acercó trayendo en la mano una vela que dejó sobre la mesa.

—Está atardeciendo y la luz es escasa —dijo a modo de excusa—. ¿Desearán algo para cenar?

—Sí, traiga cualquier cosa, por favor.

El hombre cogió las monedas que Malco le ofrecía y salió de la estancia.

—Si no os marcháis ahora perderéis la oportunidad —le dijo Armand.

Sabía que aquello era cierto. Miró a su hermana y ella lo animó con una sonrisa.

—Muy bien. Vámonos, Almer, y los demás, estad preparados.

Dejaron la posada y se dirigieron hacia la prisión. La noche extendía poco a poco su manto sobre el firmamento y las calles se encontraban prácticamente vacías. Cuando llegaron a la plaza, Malco detuvo a Almer.

—¿Qué sucede? —quiso saber.

Malco maldijo para sus adentros. Había un guardia apostado en la entrada de la prisión, y él se había olvidado de ese detalle.

—El guardia de la entrada —le explicó—, no había contado con él. Tendrás que distraerlo mientras yo busco un lugar por donde saltar el muro.

—Eso nos retrasará —comentó Almer sacudiendo la cabeza.

—Lo sé, pero no podemos hacer otra cosa. El problema lo tendremos cuando salgamos.

Almer asintió. Luego le dio una palmada en la espalda.

—Yo me encargaré del guardia; tú saca a Akara de ahí.

Malco se alejó hacia el callejón que formaba el muro de la prisión con algunas casas. El muro no era demasiado alto, por lo que no resultaría difícil saltarlo. Cogió impulso y se encaramó sobre él de un salto. Desde su posición pudo ver a Almer hablando animadamente con el guardia. Rogó para que este no pudiera verlo también a él.

Se dejó caer en el interior del patio y corrió a refugiarse en la oscuridad que proyectaba la pared del edificio. Sabía que la ventana de Akara era la tercera. No contaba con el tiempo suficiente para entrar por la puerta principal, llegar hasta la celda y abrirla.

—Akara —llamó en voz baja— ¡Akara!

—¡Malco!

—No puedo entrar por la puerta, no hay tiempo —le explicó—. Voy a tratar de derretir los barrotes. Tendrás que salir por la ventana. ¿Podrás hacerlo?

—Creo que sí —respondió ella con voz temblorosa.

—Voy a calentar el hierro. Envuélvete las manos con algo y empuja las barras hasta que se muevan.

Malco cogió una de las monedas y se concentró en calentarla y traspasar el calor a los barrotes que quedaban muy por encima de su cabeza. Las moléculas se agitaron y sintió el calor fluir. Vio las manos de Akara sacudir las barras.

—¡Todavía no se mueven! —le susurró con angustia.

El hierro era demasiado grueso para calentarse rápidamente y el tiempo pasaba sin que lograra nada. «Tiene que haber algo que pueda hacer», pensó con desesperación. Lleno de frustración, golpeó la pared con el puño. Algo de arenilla se desprendió con el golpe. Entonces se le ocurrió.

—¡Suelta los barrotes, Akara!

Colocó las palmas de la mano sobre la pared y recitó la fórmula de traspaso de propiedades para convertir los barrotes en arena. Poco a poco las barras fueron desapareciendo convertidas en fina arenilla.

Escuchó ruidos en la celda y supuso que Akara estaba colocando algún objeto con el que encaramarse al alféizar de la ventana. Poco después vio asomar su cabeza. Sacó medio cuerpo y una pierna hasta terminar a horcajadas, algo encogida, pues la ventana no era demasiado alta. Miró hacia abajo; había poco más de dos metros de altura. Con algo de dificultad se descolgó poco a poco y Malco alzó los brazos para ayudarla a bajar hasta que pudo, aliviado, estrecharla entre sus brazos.

XXII

Ya solo les quedaba salir del recinto de la prisión. Con un gesto le indicó a Akara que no se moviese y él avanzó hasta la esquina del edificio desde donde podía ver la entrada principal. Afortunadamente, Almer seguía conversando con el guardia.

Regresó junto a Akara.

—¿Y ahora cómo saldremos de aquí? —le preguntó ella en un susurro.

—Tendremos que saltar el muro. Te ayudaré a subir primero y luego lo haré yo.

Con la espalda pegada a la pared, se alejaron todo lo que pudieron de la entrada principal para quedar lejos de la vista del guardia. Desde el interior de la prisión llegaron a sus oídos las carcajadas de los carceleros. Seguramente la cena había terminado ya y pronto comenzarían con las rondas de vigilancia. Si no encontraban a Akara darían la alarma.

Cruzaron rápidamente el espacio que los separaba del muro y Malco juntó las manos para darle impulso a Akara. Cuando estuvo segura al otro lado, saltó él. Una vez juntos, se acercaron hasta la salida del callejón que daba a la plaza y se detuvieron para hacerle señas a Almer. En cuanto él los vio, se despidió del guardia como si fuesen viejos amigos, y se encaminó hacia ellos.

Justo en ese momento, desde el otro lado de la plaza, dos hombres se dirigían hacia la prisión, Milton y Hopkins. Este último se quedó mirándolos. Al reconocer a Akara gritó y echó a correr hacia ellos alertando al guardia de la puerta. Malco alcanzó a ver la sonrisa satisfecha de Milton antes de girarse y echar a correr junto a los demás hacia el carruaje. Esperaba que Hopkins tardase en organizarse y conseguir caballos para perseguirlos.

Armand se encontraba en su puesto y con el carruaje listo. En cuanto los vio

correr hacia él comprendió lo que sucedía, y apenas cerraron la puerta del coche, puso en marcha el carruaje bruscamente. ¡Por fin iban camino de Londres!

—¡Akara! —gritó Lyra abrazándola emocionada—. ¡Lo habéis conseguido!

—Yo me merezco otro abrazo —señaló Almer sonriente—, entretener a ese hombre ha sido un trabajo pesado, créeme.

Lyra se rio y lo abrazó también. Akara se acurrucó contra Malco. Por fin la pesadilla llegaba a su fin. Con suerte, sacarían ventaja suficiente para que pudiesen despistarlos por las calles de Londres y alcanzar la tienda de la modista. Lamentablemente, no fue así. Cuando iban a medio camino, subiendo por una pequeña colina, pudieron ver a lo lejos el polvo que levantaban los caballos de sus perseguidores.

—¡Armand! —le gritó sacando la cabeza por la ventanilla—, ¡más deprisa o nos darán alcance antes de llegar a Londres!

Él asintió. Azuzó los caballos y el carruaje se bamboleó. Dentro tuvieron que sujetarse firmemente y aguantar los golpes provocados por las sacudidas del vehículo.

Aunque Hopkins y los guardias acortaron la distancia, el carruaje logró entrar en Londres antes de que les diesen alcance. Había anochecido y las calles se hallaban iluminadas con la tenue luz de las antorchas.

El coche avanzó por la calle de la torre hasta el cruce que conducía a *Cheapside*. Al doblar la esquina escucharon mucho más cerca el eco de los cascos de los caballos de sus perseguidores.

—¡Nos van a alcanzar! —comentó Akara nerviosa.

—No, no lo harán, tranquila —le dijo Malco. Luego se volvió hacia su hermana—. Lyra, ¿recuerdas dónde se encontraba la tienda?

Ella negó con la cabeza.

—No muy bien, pero puedo usar la numerología.

Se concentró y conjuró los sonidos que flotaban en el espacio hasta dar con los que se correspondían con el negocio de la modista. Luego los transformó en coordenadas.

—¿Dónde tengo que detenerme? —les gritó Armand desde el pescante.

Malco miró nervioso a Lyra que todavía permanecía con los ojos cerrados.

—¡El treinta y tres! —dijo de pronto—. ¡Es el número treinta y tres!

Él se lo comunicó a Armand y el carruaje se detuvo bruscamente unos metros más allá, precisamente ante la puerta de la modista. Bajaron del

carruaje precipitadamente. Lyra llevaba en los brazos el grimorio. Envuelto en una tela que lo protegía y con tapas de cobre, a Malco le pareció un buen instrumento con el que romper el cristal de la puerta para poder entrar, y así lo hizo. La luz era escasa en el interior del edificio.

—¡Han entrado allí, señor!

La voz del guardia sonó clara. No tenían demasiado tiempo.

—¡Aquí! —les indicó Akara descorriendo la cortina de uno de los vestidores. Un haz de luz de la calle se reflejó en la superficie del espejo.

Entraron en el estrecho espacio y se colocaron delante. Almer sacó el violín y comenzó a tocar una melodía. Llegó hasta sus oídos el relincho de los caballos y el sonido de las botas al golpear contra los adoquines mientras ellos cruzaban la puerta a otra dimensión y se perdían en la nada del espacio atemporal.

Cuando salieron al otro lado, los recibió el sonido de las campanas de la iglesia de *Saint Etienne*. Se encontraban en la galería de los espejos, en el palacio del conde.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Lyra emocionada mientras repartía abrazos a todo el mundo.

—Ahora solo nos queda volver a casa —dijo Akara con una amplia sonrisa.

Malco sacudió la cabeza, aunque también sonreía. Armand era el único que permanecía serio.

—Será mejor que vayamos en busca del conde —les comentó. Echó a andar por el pasillo y todos lo siguieron.

El conde se encontraba en su estudio privado. Al oír que se abría la puerta, alzó la cabeza. Pareció contento de verlos. Se levantó y se acercó a saludarlos.

—¡Magnífico, aquí estáis de nuevo! ¿Lo habéis traído? —inquirió con los ojos brillantes.

Lyra le entregó el paquete envuelto. El conde retiró la tela y exclamó admirado al ver la cubierta del grimorio, sus tapas de cobre decoradas en oro. Pasó los dedos sobre ellas con reverencia. Sin embargo, no abrió el libro, sino que volvió a cubrirlo con el paño.

—¿Cuándo podremos volver a casa? —preguntó Malco.

—Oh, pronto, pronto —dijo agitando la mano restándole importancia a la pregunta—. Quizás en un par de días o tres.

Malco negó con la cabeza.

—Hoy mismo —acotó tajante. Ya habían permanecido fuera demasiado tiempo y necesitaban volver a tomar contacto con la propia realidad.

El conde se sentó en el sillón, detrás de su escritorio, y se reclinó en él mientras miraba fijamente a Malco.

—Sería demasiado pronto —admitió preocupado—. Hay que preparar a la gente... y necesito ver el conjuro, estudiarlo.

—Creo que usted ya conoce muy bien ese conjuro —le replicó convencido—. Tuvo ocasión de verlo en otro momento, cuando encontró el libro por primera vez, o no hubiera sabido que existía. En cuanto a la gente, estoy seguro de que ha estado preparándola ya desde hace tiempo.

—Tiempo... —repitió el conde. Sonrió con tristeza y suspiró—, parece que no podemos prescindir de esa palabra. Tienes razón, muchacho, podríais marcharos hoy, cuando haya realizado el conjuro, es solo que...

—Que al realizar el conjuro, el tiempo entrará en esta dimensión —intervino Akara— y usted tiene miedo de envejecer.

Él la miró con aprobación y esbozó una media sonrisa.

—He vivido tantos siglos... —dijo encogiéndose de hombros— y sin embargo, no sé lo que significa envejecer, ni lo que se experimenta, y sí, supongo que tengo miedo —admitió.

Permanecieron todos en silencio. ¿Qué podían decirle a este hombre que había visto y vivido tantas cosas y ahora quedaría encerrado, atrapado en aquel pequeño mundo? Sentado en aquel sillón, parecía cansado y algo más viejo.

—Creo que tiene suerte —dijo Almer de pronto. Todos se volvieron hacia él un tanto sorprendidos, pero él prosiguió—. A mí me gustaría poder ver el paso del tiempo, los cambios en las personas, construir la historia de mi propio país. Me gustaría poder envejecer junto a las personas que quiero —dijo mirando a Lyra, cuyos ojos brillaban con lágrimas contenidas—, gozar de la vida y aprender de mis errores, pero solo soy un reflejo. Ese tiempo que para mí no existe, usted lo tiene por delante, mucho o poco da igual, aprovéchelo.

Saint Germain se quedó mirando fijamente a Almer. Se levantó del sillón y se dirigió hacia él con la mano extendida. Almer se la estrechó.

—Gracias —le dijo el conde con sinceridad—. En poco tiempo has comprendido una de las lecciones más valiosas de la vida que yo no he sabido apreciar en casi cuatro siglos de existencia. Bien —asintió—, entonces

celebraremos vuestro regreso con una gran cena, y después, sellaremos las puertas. Os espero dentro de unos minutos en el comedor.

Salieron del despacho y Armand los condujo hacia sus habitaciones. Al entrar vieron sobre la cama sus vaqueros y su camiseta. Malco se los puso y sintió que volvía a ser él mismo. También Almer se cambió de ropa.

—Almer —lo llamó Malco—, lo que le dijiste al conde...

Él se encogió de hombros.

—Solo dije la verdad, él tiene mucha suerte.

—¿No has pensado que podrías quedarte aquí y tener una vida?

Almer se volvió hacia él y se quedó mirándolo con tristeza en su mirada azul.

—¿Una vida sin Lyra? ¿Sin su sonrisa, sin su presencia? —preguntó en voz baja. Sacudió la cabeza negando—. ¿Sabes? He reflexionado mucho sobre ello, y creo que, cuando se ama de verdad, a veces hay que dejar marchar a la persona amada, aunque nos duela. Quiero que Lyra sea feliz, y solo lo será en su propio mundo. Yo la llevaré a él; seré yo quien le proporcione esa felicidad. Eso me basta.

Una llamada a la puerta los interrumpió. Alguien la abrió y Akara asomó la cabeza.

—¿Estáis listos? —quiso saber—. Lyra y yo bajamos ya al comedor.

Malco miró a Almer y este asintió.

—Claro —le dijo a Akara—, vamos con vosotras.

XXIII

El conde se encontraba ya en la sala. Sobre la mesa habían colocado bandejas con deliciosos manjares: carnes, aves y pescado; diversas verduras, patatas; salsas de todo tipo y exquisitos vinos franceses.

La cena transcurrió agradablemente mientras le contaban al conde todas las aventuras que habían vivido en Inglaterra.

—Lo que no comprendo —dijo el conde perplejo—, es cómo esa muchacha pudo entregaros sin más algo tan valioso como ese libro.

—Desconocía su valor —repuso Akara—. Arienne no podía leer el grimorio, para ella solo tenía un valor sentimental, ya que lo había heredado de su abuela, y lo máspreciado para ella eran sus anotaciones. También sabía que ese libro podía traerle problemas, por eso lo escondía. Así que solucionamos su problema al ofrecerle copiar las anotaciones de su abuela y librarle del grimorio.

—Entiendo... pues brindemos por ella —dijo elevando su copa.

Todos alzaron las suyas y brindaron por Arienne; gracias a ella podrían volver a casa.

—Bien, creo que debería explicarnos qué tenemos que hacer ahora para sellar las puertas —le pidió Malco.

El conde asintió.

—Pasemos al salón —les sugirió.

Se levantó y todos lo siguieron hasta la habitación contigua donde se acomodaron en los modernos sillones. Nada en aquella estancia recordaba al siglo XVIII. El conde trajo el grimorio y se sentó junto a ellos.

—¿Viene escrito en ese libro cómo cerrar los portales? —preguntó Lyra.

—Así es —admitió él—. Todas las puertas a otras dimensiones se

encuentran en la galería de los espejos. El último espejo conecta con vuestro mundo, será también el último en cerrarse.

Abrió el libro y fue buscando entre sus páginas.

—Si puede cerrar el último portal solo, ¿por qué no puede hacer lo mismo con los demás? —inquirió Malco—. ¿Para qué nos necesita?

—Las puertas deben cerrarse en las dos dimensiones que conectan, para eso se necesitan dos alquimistas, uno a cada lado. Mientras yo cierro cada una de las de la galería, tú vincularás tu mente a la puerta interior y la cerraremos al mismo tiempo. Para el último portal, tú te encontrarás del otro lado de la puerta...

—¿Qué hay que hacer para cerrar las puertas? —preguntó Almer.

—Te dejaré la partitura de música que corresponde a cada puerta. Mientras haces sonar la melodía, Malco y yo iniciaremos el conjuro —dijo señalando una de las páginas del libro— hasta que queden selladas.

—¿Cuándo empezaremos? —quiso saber este.

—Cuando nos encontremos todos en la galería —respondió el conde—. Os espero allí cuando estéis preparados.

Saint Germain se levantó dejándolos solos en el salón. Había llegado el momento de las despedidas. Almer se puso de pie también.

—Voy a buscar el violín.

—Te acompaño —dijo Lyra sabiendo que tampoco a ellos les quedaba mucho tiempo juntos.

Quedaron en el salón Armand, Akara y Malco. Suponiendo que ella querría despedirse de Armand, Malco abandonó la habitación y deambuló por los pasillos. Se asomó a una de las ventanas desde la que se veían los jardines. Todo se veía verde y lleno de flores. Se preguntó qué sucedería cuando entrase el tiempo en aquel lugar, cuando se sucediesen las estaciones, la noche y el día. Imaginó que aquel París cambiaría poco a poco. ¿Llegaría a ser como el verdadero París? Supuso que no. Habría otros genios, otros grandes pintores, otros personajes importantes, y crearían una historia nueva.

Se dio la vuelta y volvió a pasar por delante del salón para encaminarse hacia la galería de los espejos.

—Akara, quédate aquí, conmigo —escuchó que le decía Armand—. Tendrás todo lo que quieras, te haré feliz...

Malco no pudo evitar que se le encogiese el estómago. ¿Y si Akara decidía quedarse? Continuó caminando mientras acudían a su mente las palabras de

Almer, «*a veces hay que dejar marchar a la persona amada*». A pesar de saber que tenía razón, no pudo evitar que un dolor profundo se instalase en su pecho.

Cuando llegó a la galería, el conde ya se encontraba allí, junto a Lyra y Almer. Saint Germain le hizo señas para que se acercase y le mostró el conjuro que él trató de memorizar, aunque tenía la mente en otro lado. Akara y Armand no llegaban.

—Creo que podemos empezar a sellar las puertas —le dijo el conde—.

Había diez en total. Lyra sostenía la partitura mientras Almer hacía sonar la melodía en su violín. Al abrirse la primera puerta, Malco conectó su mente, a través de la superficie del espejo, con la puerta del otro lado mientras él y el conde pronunciaban al unísono el conjuro del cierre. Percibió que las moléculas se difuminaban y se mezclaban entre sí alterando la superficie y sellando el portal.

Hicieron lo mismo con el resto hasta llegar a la última puerta, la que los llevaría a casa. Malco se volvió hacia los demás. Akara y Armand seguían sin aparecer. Lyra lo miró con preocupación y él le sonrió pesaroso intentando olvidar el dolor que sentía allí donde debería estar su corazón, aunque parecía que se lo hubieran arrancado.

—¿Y Akara? —le preguntó Lyra—. ¿No habría que ir a buscarla?

Él negó con la cabeza.

—Ella sabe dónde estamos. Si quiere venir, vendrá.

Justo en ese momento se escucharon unos pasos. Akara y Armand entraron cogidos de la mano y se detuvieron al inicio de la galería. Malco contuvo el aliento.

Akara lo miró y luego se giró hacia Armand para besarlo en la mejilla. Él soltó su mano y la dejó marchar. Sus ojos se clavaron en los de Malco y le dedicó una leve inclinación de cabeza antes de abandonar la galería.

Ella se acercó a Malco con una sonrisa y lo tomó de la mano. Él soltó el aire que había estado reteniendo y su corazón volvió a latir con normalidad mientras le devolvía la sonrisa.

—¿Estáis preparados? —les preguntó el conde. Al ver que todos asentían, prosiguió—. Debo deciros que ha sido un placer conoceros y que os agradezco inmensamente lo que habéis hecho por mí y por mi pueblo. Siento mucho —dijo girándose hacia Malco— haberte robado el reflejo, pero espero que nunca olvidéis el tiempo que vivisteis aquí en París.

—No lo olvidaremos —le aseguró él estrechándole la mano—. Y ahora, ¡volvamos a casa!

Almer comenzó a tocar la melodía. Las notas flotaron en el aire y el portal se abrió sumergiéndolos en el espacio infinito y atemporal que conectaba las dos dimensiones.

Cuando empezó a abrirse la puerta hacia su propio mundo, la figura de Almer comenzó a difuminarse poco a poco. Lyra lo vio y ahogó un sollozo. Él le sonrió con tristeza cuando ella se acercó para besarlo mientras las lágrimas descendían por sus mejillas, hasta que su imagen finalmente desapareció.

Atravesaron la puerta cuando las últimas notas del violín se fundieron con el silencio. Malco colocó la mano sobre la superficie del espejo y pronunció el conjuro por última vez. La puerta se selló. El silencio los envolvió como si todavía se encontrasen en otra dimensión. Sin embargo, se hallaban en una sala amplia, sin muebles, excepto por unas cuantas sillas que había junto a una de las paredes y por el enorme espejo que ocupaba el frontal de la habitación.

—Creo que estamos en la escuela de música —dijo Akara.

Malco no le respondió. Tenía la mirada clavada en Lyra que contemplaba fijamente el espejo. Podía ver su rostro inexpresivo, con sus ojos tristes, como si todavía viese a Almer.

—Lyra...

Una voz alegre lo interrumpió.

—Hola, ¿puedo ayudarlos en algo?

Una voz que les resultó muy conocida. El espejo que tenían delante les devolvía reflejada la imagen de Almer. Lyra también lo vio y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa. Un nuevo brillo de comprensión se reflejó en sus ojos redondeados. Se volvió hacia el recién llegado con una mirada cargada de ternura.

—Estábamos solo mirando —le dijo con voz algo temblorosa mientras se acercaba a él—. Veo que tocas el violín.

El chico miró el instrumento que tenía en la mano y se encogió de hombros.

—Sí, ensayaba un rato y... —se interrumpió para mirarla fijamente—. Perdona, pero ¿no nos conocemos? —le preguntó esbozando una amplia sonrisa—, ya sé que puede sonar a tópico, pero tu cara me resulta muy familiar.

—Quizás nos hemos visto antes en la escuela, yo también toco el violín. Me llamo Lyra.

—Almer —se presentó él mientras contemplaba embobado la sonrisa de ella—. ¿Es posible que hayamos coincidido en alguna clase? Es que es como si...

Malco miró a Akara y vio que sonreía. La tomó de la mano y tiró de ella para sacarla fuera de aquella sala mientras Lyra y Almer continuaban hablando.

Salieron a la calle. Estaba atardeciendo y en el cielo ya asomaba alguna estrella. Tenían frente a ellos las tiendas de moda, los restaurantes y cafeterías de siempre, los bancos, el tráfico insoportable con los coches pitando todo el tiempo, los peatones que caminaban deprisa de vuelta a sus hogares. Se encontraban en casa.

Aspiraron profundamente el aire del atardecer. Malco no sabía si funcionaría el conjuro en el París del conde y si entraría el tiempo en él, pero en su mundo la vida seguía su curso. Los minutos y segundos continuaban pasando en el reloj, pero todavía tenían tiempo. Tiempo para aprender nuevas cosas, para vivir nuevas experiencias, para conocer gente, para cambiar ellos mismos y el mundo que los rodeaba; tiempo para mejorar y para pedir perdón.

Se volvió hacia Akara, cuyos ojos grises le sonreían llenos de felicidad. Sin poder evitarlo, la tomó en sus brazos y la besó sintiéndose más vivo que nunca. Tenían por delante tiempo para amarse y para envejecer juntos. Un día mirarían hacia atrás, hacia lo que acababan de vivir, y tal vez les parecería solo un sueño, pero uno que había valido la pena vivir.

—¿Te apetecería ir a *McDonalds*? —le preguntó a Akara.

Ella le sonrió.

—¿Y después un helado?

Malco le devolvió la sonrisa.

—Hay que aprovechar lo bueno que tiene cada siglo, ¿no? —replicó él guiñándole un ojo.

Ambos estallaron en carcajadas mientras se sumergían en la corriente humana que avanzaba por las calles.

Un verano tranquilo, eso había pensado al inicio de las vacaciones, recordó Malco con ironía.

Sin duda, un verano inolvidable.

Marta Luján. Su pasión por escribir llevó a Marta Luján a estudiar un Máster en Edición. Durante varios años vivió en el extranjero donde colaboró con varias editoriales en la publicación de libros e impartió talleres de escritura. Actualmente dedica sus conocimientos y creatividad a la publicación de sus propios libros con los que busca que sus lectores vivan apasionadas aventuras junto a los protagonistas, conozcan mundos diferentes y experimenten nuevas sensaciones que los lleven a reflexionar y a gozar con la lectura.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Marta Luján

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-79-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial